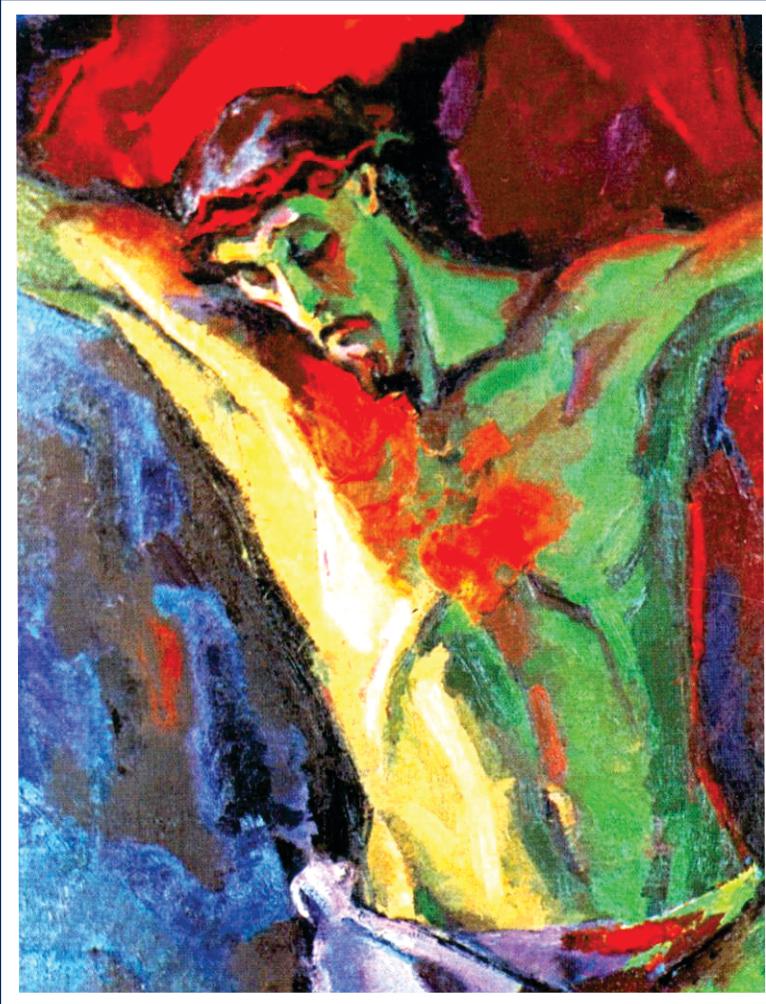


La Contemplación
para alcanzar
Amor a Jesús
en los escritos de San Ignacio



Juan Manuel García de Alba S. J.

**La contemplación
para alcanzar
Amor a JESÚS**

en los escritos de San Ignacio

**La contemplación
para alcanzar
Amor a JESÚS
en los escritos de San Ignacio**

Juan Manuel García de Alba S. J.



Ediciones Puente Grande

Imagen de Portada:

Fratel Venzo S.J.
Cristo Crocifisso
(Olio su compensato)

D.R. © 2019, Juan Manuel García de Alba, S.J.
Av La Paz 2435.
Tél. 36 30 10 93
C.P. 44100, Guadalajara, Jalisco.

D.R. © 2019, Casa de Ejercicios Espirituales
Puente Grande
Fracc. Puente Viejo
Puente Grande, Jalisco,
México. Tel. 37 35 03 13

Impreso y hecho en México
Printer and made in México

A todos aquellos que a partir de los Ejercicios han encontrado una forma concreta de amar, servir y seguir a Jesús en los demás, particularmente en los más necesitados.

Censor:

Leopoldo Leonardo Núñez Hinojosa S.J.

Aprobación del Prepósito Provincial

José Francisco Magaña Aviña S.J.

19 de septiembre de 2018.

INDICE

PRESENTACIÓN INTRODUCCIÓN

CAPITULO I

LA CRISTOLOGÍA DE SAN IGNACIO	21
Títulos de Jesús en los Ejercicios	28
Sentido cristocéntrico del Plan Salvífico Universal	29
Jesucristo Creador	30
Creador providente	30
La Creación es parte de un todo	31
Contemplar para amar a Jesús	34
Estructura de la Contemplación para Alcanzar Amor	37
Paralelismo entre el Principio y Fundamento y la Contemplación	38
Jesús resucitado y la Contemplación para Alcanzar Amor	39
Jesús, objeto de Fe	46
La redacción de la Contemplación para Alcanzar Amor	47
El lugar para la Contemplación	49
La vida “en Cristo” y la Contemplación para Alcanzar Amor	51

CAPITULO II

SOBRE EL TÍTULO	55
La Contemplación	55
Como recapitulación en los Ejercicios	56
Significado de la palabra alcanzar	57
La materia de la Contemplación	58
Contemplar en la fe	60
Significado o interpretación	60
La finalidad de la Contemplación para Alcanzar Amor a Jesús	62

PARA AMAR A JESÚS

CAPITULO III

PRIMERA ADVERTENCIA	69
El amor expresado más en obras que en palabras	71
El cumplimiento de la voluntad divina como manifestación del amor a Jesucristo	72

CAPITULO IV

SEGUNDA ADVERTENCIA	75
La amistad es un vínculo	76
La relación interpersonal con Jesucristo y connotaciones trinitarias	81
El “Magis” en el amor a Jesucristo	84

CAPITULO V

LA COMPOSICIÓN DE LUGAR	89
-------------------------	----

CAPITULO VI

LA PETICIÓN	93
Conocimiento interno para el amor y el servicio	94
Dar gusto a Cristo	100

CAPITULO VII

PRIMER PUNTO	105
Estructura del primer punto	106
Unidad del amor, en la Historia de la Salvación, y pluralidad de los dones	107
Jesús Creador	108
Los beneficios recibidos de creación	109
La preexistencia de Jesucristo	112
La unidad personal de Jesús contemplada en los Ejercicios	116
Dones particulares	120
Lo que el Señor ha hecho y padecido	122
Los beneficios recibidos de redención	125
El plan de Dios, “La Ordenación Divina”	130

INDICE

La respuesta como entrega personal	131
Total entrega	134
Jesucristo, recompensa plena	143
La gracia, don y vida de Jesucristo	145
 CAPITULO VIII	
SEGUNDO PUNTO	151
Jesucristo presente en el mundo	152
La presencia de Dios y la presencia de Cristo	155
Presencia dinámica y progresiva	158
Jesucristo, principio vital	162
Jesucristo salud y vida	165
La presencia de Jesucristo	171
En la Eucaristía	175
El hombre, templo de Dios	176
Creados a su imagen y semejanza	177
El hombre, imagen y semejanza de Jesucristo	179
 CAPITULO IX	
TERCER PUNTO	183
Presencia activa de Jesucristo	184
La Providencia de Jesucristo	193
Objetivos de la Providencia de Jesucristo	194
Sentido de la vida humana	200
 CAPITULO X	
CUARTO PUNTO	207
La participación de sus dones	208
Participación de capacidades	216
Jesucristo, la luz del mundo	221
Jesucristo, fuente de agua viva	228
BIBLIOGRAFÍA	237

PARA AMAR A JESÚS

Siglas y Abreviaturas

Las abreviaturas de los libros bíblicos son las adoptadas por la *Biblia de Jerusalén*, editada por Desclée de Brouwer.

Siglas

EE	Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola
CAA	Contemplación para Alcanzar Amor
MHSI	Monumenta Histórica Societatis Iesu
MI	Monumenta Ignaciana
MI, FN	MHSI. Monumenta Ignatiana, series quarta, <i>Fontes Narrativi de S. Ignatio et de Societatis Iesu initiiis</i> , vol. 1
MI, Ex	MHSI. <i>Exercitia Spiritualia</i> (Ed. J. Calveras C. De Dalmases, año 1969) (Tomus I) vol. 100.
MI, Epp	MHSI. <i>Monumenta Ignatiana</i> , series prima, <i>Sancti Ignatii de Loyola epistolae et instructiones</i> , Tomus Primus
BAC	Biblioteca de Autores Cristianos
OCSL	Obras Completas de San Ignacio de Loyola, Ed. Manual. Segunda Edición, Madrid: BAC, (1963).

Abreviaturas

Autob.	Autobiografía de San Ignacio de Loyola
Const.	Constituciones
vol.	Volumen
Cap	Capítulo
Cf	Confronta
n.	Número/s
N.B.	Nota Bene

p. Página/s
s Siguiente/s

Obras de Autores:

Tomás de Aquino

S Th Suma teológica

Ireneo

Adv Haer Contra los herejes



PRESENTACIÓN

PRESENTACIÓN

Este libro fue pensado para poner de manifiesto que la mente de San Ignacio en la redacción de sus Ejercicios y particularmente en la “Contemplación para Alcanzar Amor” no era solo encontrar a Dios en todas las cosas, Dios sin acepción de personas, Dios trascendente y metafísico, sino encontrar a Jesús de Nazaret, al Jesús histórico, en todas las cosas y circunstancias de la vida.

La contemplación de Jesús en todas las cosas y circunstancias de la vida comprendía una serie de reflexiones sobre la cristología que hervían en el tiempo y en la mente del Santo.

Como todo ser humano San Ignacio vivió en un espacio y en un tiempo determinados. El lugar era el norte de España, a principios del siglo XVI; en una cultura marcada por una fe profunda y en una sociedad arraigada en la fe cristiana católica, con especial “reverencia” a sus reyes católicos, y al romano pontífice, como pastor de

PARA AMAR A JESÚS

la Iglesia universal. Este era considerado como un Rey de reyes, una especie de emperador que gobernaba por medio de los obispos, sacerdotes y diáconos, y con el auxilio de todas las órdenes religiosas. En este contexto sociopolítico-religioso tuvo Ignacio su experiencia de Dios revelado en Jesucristo. De esa experiencia tomó nota detenidamente y nos la heredó para que los jesuitas, y todos los fieles en general, pudiéramos seguir viviendo su experiencia.

Cuando Ignacio redacta la Contemplación para Alcanzar Amor, que corona los Ejercicios Espirituales, recapitula todo el itinerario que ha recorrido.

La experiencia de Dios está totalmente empañada de la revelación bíblica. El Señor que lo ha salvado es el mismo que lo ha creado.

La mentalidad del Santo se refleja también en la cantidad de escritos; más de siete mil cartas que escribió o dictó; algunas fueron redactadas por orden suya, por su colaborador el padre Juan Alfonso de Polanco (de Burgos 1517-1577), pero firmadas por el mismo Ignacio.

Ignacio es un hombre de fe, que encuentra a Jesús en todo. No se trata de una cuestión devocional, sino de un dato central de la fe cristiana, como lo pone de relieve el presente libro de manera consistente.

Nos parece que la originalidad de este trabajo consiste en mostrar lo que vivió San Ignacio y expresó claramente en sus escritos. La experiencia de hallar a Jesús en el mundo se sintió urgido

PRESENTACIÓN

a comunicarla. Y de esa manera se convirtió en una espiritualidad significativa para la Compañía de Jesús, porque ya antes lo era para la Iglesia. Lo que pareciera un don específico del Santo es en realidad un patrimonio de toda la Iglesia.

El texto del P. García de Alba permite descubrir que toda referencia personal a Jesús o con Jesús tiene “*connotaciones trinitarias*”, y al revés, que el misterio del Dios tripersonal es resultado de una profundización en el misterio de Jesús.

Resulta significativo comprender que la relación con Dios llega a un grado de intimidad entendida en términos de vínculo de amistad con el Creador y Señor del universo; que, por tanto, el “*magis*” ignaciano, es en el fondo un “*magis en el amor a Jesucristo*” expresado en forma de respuesta y entrega total a él, motivado por la gratitud y el deseo de darle gusto y así buscar su mayor gloria.

Este libro hace ver cómo la importante verdad de fe: Dios que se nos revela en Jesucristo y éste que quiere ser encontrado en cada uno de nuestros hermanos, particularmente en los más necesitados, está en el corazón de la experiencia espiritual ignaciana.

Es de esperar que también ponga de manifiesto la forma concreta en que Jesús sigue presente y activo entre nosotros.

MIGUEL ROMERO PÉREZ S.J.
Director de la Casa de Ejercicios de Puente Grande.

**JUAN PABLO II A LOS JESUITAS
27 DE FEBRERO DE 1982**

Jn 15,4-5. “*El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada*”.

“*Así, pues, en virtud del elemento más rico del espíritu de vuestro Fundador, os pido que reflexionéis sobre el significado más profundo de la Contemplación para Alcanzar Amor, a través de la cual el apóstol vive con la certeza real de que todos los bienes y dones descienden de arriba..., como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas. Este es el espíritu del verdadero apóstol que vive su misión en absoluta dependencia de Dios y en unión con El¹*”.

¹ Alocución de su Santidad Juan Pablo II a los Jesuítas, del 27 de febrero de 1982.

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Para el no creyente la vida personal se presenta como un enigma y una soledad. La fe le da al cristiano un sentido de la vida, un acompañamiento y una pertenencia. La fe es la forma de vincular la propia vida con la del Dios vivo.

Los cristianos tienen la experiencia de captar a Jesús presente en lo más íntimo del corazón. Saben que de alguna manera Jesús de Nazaret, que vivió en el mundo hace unos 2,000 años, tiene que ver con su vida concreta y personal. Saben que Jesús los llama y espera su respuesta. Saben que Jesús está en el prójimo y particularmente en el más necesitado. Saben que Jesús está entre los hombres que se reúnen a orar o a hacer el bien. Saben que Jesús está como alimento en la Eucaristía para vitalizarlos.

En todas partes pueden levantar su corazón a Jesús para orar, porque experimentan que en todas partes está Jesús para escucharlos.

PARA AMAR A JESÚS

El Espíritu Santo, que es la fuerza y la vida de Dios en nosotros, nos lo envía Jesús como don suyo y regalo de pascua para conducirnos a la verdad de la revelación y al conocimiento y vinculación plena con Jesús de Nazaret.

Encontrar a Jesús en todo es fruto privilegiado de la acción del Espíritu Santo en nosotros.

Nuestra vida entera es una historia de amor de Dios hacia nosotros. Si supiéramos descubrir el amor de Dios y de los demás que encierra nuestra vida particular, viviríamos más felices y estaríamos más dispuestos a amar. Si nuestro amor fuera más grande nos inspiraría lo que deberíamos hacer en beneficio de los demás.

Nuestras ideas e imágenes de Dios pueden no corresponder a la realidad, pero la realidad corresponde necesariamente a su amor.

En la Contemplación final de los Ejercicios se ofrece una serie de consideraciones que pretenden ayudar a descubrir a Jesús, presente en nuestra vida, y cómo nosotros estamos presentes ante El. Nos ayudará también a encontrarlo activo en todas las cosas, así como a descubrir su Espíritu en todo lo que hay de bueno, de verdad y de virtud en la vida humana.

El propósito es enriquecer nuestra vida ordinaria y sencilla.

Estas consideraciones pertenecen a la meditación final de los Ejercicios de San Ignacio y están encaminadas a descubrir a Jesús de Nazaret en todo, a descubrir su amor y a mostrarle el nues-

INTRODUCCIÓN

tro a través de todas las cosas, circunstancias y momentos.

Este ejercicio, más que cualquier otro, invita al cristiano a vivir en una actitud contemplativa y activa, y a hallar a Jesús en todas las cosas y principalmente en las personas, para servirlo con nuestra actividad en favor de los demás. El primer paso es reconocernos particularmente favorecidos, el segundo: hacernos activamente agradecidos y finalmente, impulsarnos al compromiso gozoso de amar y servir en todo.

La Contemplación para Alcanzar Amor a Jesucristo nuestro Señor es la cumbre más alta de la espiritualidad de San Ignacio y de la Compañía de Jesús.

CAPITULO I

LA CRISTOLOGÍA DE SAN IGNACIO

En orden cronológico y por su contenido espiritual, los Ejercicios ocupan el primer lugar en las obras de San Ignacio. San Ignacio los escribe con el deseo de ser útil a sus compañeros y a todos aquellos que quieran practicar esa experiencia espiritual. Así logra ser extraordinariamente auténtico y espontáneo, y por ello los Ejercicios revelan la Cristología de San Ignacio más que ninguna otra obra suya. Para entender e interpretar a San Ignacio será necesario ponerse en la perspectiva de fe en la que el Santo se encontraba.

San Ignacio poseía una fe en el horizonte cristiano de la Edad Media. Las obras que San Ignacio leía y que tuvieron influencia en su mentalidad y en los Ejercicios eran típicamente medievales. Así también la tranquilidad y seguridad de su fe,

su sentido del pecado, la demonología, sus prácticas de penitencia, la espiritualidad de la Imitación de Cristo, el amor y la presencia de la Virgen María, la forma de leer y entender la Sagrada Escritura, la simbología empleada o sugerida por él, su vocabulario y circunloquios, finalmente su sentido de reverencia, veneración y culto.

San Ignacio hizo y dio los Ejercicios en un contexto pretridentino. Como es natural el influjo doctrinal del Concilio de Trento se hizo sentir poco después, y los Ejercicios se enriquecieron en algunos aspectos, y se empobrecieron en otros. En el aspecto cristológico, poco a poco se fueron perdiendo puntos de vista que originalmente había sido muy claros, y que se habían recibido de la tradición patrística y de la piedad medieval. Algunos de estos aspectos encerraban una clara doctrina cristocéntrica que artísticamente quedó indeleble en los mosaicos bizantinos y en las pinturas de la época. Escenas importantes de carácter cristológico se contemplaban frecuentemente en las grandes Catedrales. Los pórticos de las Catedrales góticas representaban (casi todos) a Jesucristo como Creador y Señor del universo entero. Así por ejemplo, el panteón y el mosaico de la creación en la bóveda del pórtico en la Basílica de San Marcos, en Venecia, en Notre Dame de París, en Santa María la Mayor, de Roma; en San Pablo Extramuros, en San Clemente, en el retablo del Espíritu Santo en Manresa, y en otros muchos lugares donde San Ignacio estuvo presente.

La Cristología de San Ignacio nace de una fe que ha puesto todo su peso en la condición divina de Jesús, y siempre medita los pasajes de la vida temporal del Señor teniendo en cuenta que se trata de la condición del Hijo de Dios encarnado. Le resulta tan espontáneo contemplar los acontecimientos de la vida de Cristo como su condición divina. Se siente profundamente admirado al contraponer, unidos en la persona del Señor, los datos de la fe y los de una vida sencilla narrada en el Evangelio y contemplada por él.

Al referirse San Ignacio a la “*verdadera historia*”, EE 2, 191. al proponer los puntos, tenía delante el sentido literal de la Escritura, adornada con los elementos que la tradición y su imaginación le ofrecían. Podemos decir que la Cristología vivida y propuesta en los Ejercicios es de tipo escotista: ve en Jesús al Verbo eterno de Dios, en todo y totalmente Dios como el Padre, que vino al mundo para unir a Dios con los hombres y a los hombres con Dios, sin lo cual no hay verdadera salvación, y para salvarlo del pecado y sus consecuencias. Cristo es el punto central y el fin de todo cuanto existe, y el sentido de la encarnación no se agota en la redención: Jesús vino al mundo no solamente a salvarnos del pecado, sino a llevar al ser humano a la plenitud de la comunicación con Dios en sí mismo. Se hizo lo que nosotros somos para darnos lo que él es: “*para que yo llegara a ser dios, tanto cuanto él se había hecho hombre*”.

Gregorio Nacianense:
no: Sermón 29,19.

La creación es un acontecimiento salvífico y su estructura es cristiforme. Según el P. Codina esta doctrina es la recibida de los padres griegos y

no se propone de forma hipotética, sino clara y segura: la creación se dio para que apareciera Cristo en la plenitud de los tiempos. Jesucristo es “Creador y Señor” y su señorío es universal y eterno. El P. Codina transcribe un texto del P. Solano:

“En muchos textos es quizás imposible concretar el sujeto de atribución directa del término ‘Creador y Señor’. Pero podemos afirmar que son muy numerosos e indudables los pasajes en los que tal expresión se refiere a Jesucristo, y que entre los textos cuyo sentido nos es dado precisar, esta aplicación a Cristo es incomparablemente la más frecuente”¹.

Es una afirmación comunmente aceptada que Jesucristo es el “Creador” y “Señor”, “Creador” y “Redentor” en la Cristología de San Ignacio. Obviamente el que Jesucristo sea el “Creador” y “Redentor” y el dador de los dones particulares le da una unidad inmensa a la obra salvífica de Dios y a la Historia de la Salvación, llevada a su plenitud por Jesucristo.

La Teología Patrística del hombre hecho a imagen y semejanza de Dios en Jesucristo, de la encarnación como objetivo primordial de la Creación, y de la gracia como un favor de Cristo, todo esto llegó a San Ignacio de manera espontánea y en el contexto de una fe recibida y vivida sin contradicción. Sin haber leído a los Padres y sin haber hecho estudios teológicos formales todavía, la Teología del mundo entorno ejercía un fuerte influjo patrístico en San Ignacio.

¹ J. Solano. *Jesucristo bajo las denominaciones divinas en San Ignacio*. Estudios Eclesiásticos 30 (1956) p. 325, 342.

En su visión unitaria del universo y en su espiritualidad, Teilhard de Chardin descubre que todo, desde el principio, apunta a un vértice que llama el punto omega, y que es Jesucristo².

Ante la divina majestad de Jesucristo San Ignacio se pone en la actitud correspondiente de “*reverencia*” y en la primera semana, de “*vergüenza y confusión*”. Afirma el P. Codina que la clave para interpretar esta actitud no es el sentido regalista y militar de Ignacio, sino la postura patrística oriental ante el misterio y lo sagrado³. Para San Ignacio, por ser Jesucristo el Creador y Señor del universo entero, le corresponden como atributos personales el de omnípotente y eterno y así aparece en la fórmula de votos propuesta en las constituciones⁴: “*Prometo a Dios omnípotente, delante de su madre la Virgen María, etc.*”.

Los padres griegos aplican el término de omnípotente a las personas de la Trinidad, pero de forma particular a Jesucristo que es la palabra de Dios por quien el Padre realiza todas las cosas. El logos de Dios, es decir, Jesucristo, es Creador y Señor, dominador, guía, primogénito de la creación, rey universal y, en el lenguaje de Ignacio, “*rey eterno*” que todo lo ilumina y que es la luz de los hombres, que revela al Padre que es la fuente de todos los bienes, que todo lo conserva y lo conduce por su providencia, que lleva a su existencia plena todo lo creado. La vida y la

EE 3, 23, 39.

EE 48.

EE 95.

2 Teilhard de Chardin (1971). *La visión del pasado*. Madrid: Taurus.

3 Codiná, V. (1975). *Claves para una hermenéutica de los ejercicios*. Roma: Centre Ignatien Manresa n. 48.

4 OCSL Const. n.527, 532, 535, 540.

PARA AMAR A JESÚS

persona de Jesucristo tienen el poder y las fuerza necesarias para santificarlo todo⁵.

La condición humana de Jesucristo es la forma como llega Dios al hombre. San Ignacio lo medita desglosándolo en la oración del “*anima Christi*” que repite frecuentemente en los Ejercicios. En esta oración, que San Ignacio hace suya tantas veces, ve en Jesucristo el fin y la meta eterna de la vida humana “*y mándame ir a ti, para que te alabe y te bendiga por los siglos de los siglos*”.

Para Ignacio, Nuestro Señor Jesucristo no era solamente el protagonista, o el que había llevado a cabo la redención humana, sino que era autor y término y quien lleva a su plenitud la vida verdadera de todos los hombres.

- EE 139. El término “*verdadera*”, contrapuesto a lo falso del mundo, viene a poner de relieve la realización auténtica del hombre entero en orden a su fin último, que es la comunión con Dios.

- Jesucristo es no sólo quien lleva a hombres y mujeres al reino, sino la vida misma de todos los seres humanos. En los Ejercicios, Cristo aparece como creador, con vida eterna, después, como el “*venido a hacerse hombre*”, encarnado, con vida temporal. Es también el redentor “*al morir por mis pecados*”, y establece un vínculo vital “*conmigo*”.
- EE 53.

- Más adelante aparece como Mediador o Intercessor ante el Padre. La mediación consiste en que Jesús, siendo el Hijo y habiendo dado su vida por

⁵ Tomás de Aquino S. Th. III,14,1,1.

LA CRISTOLOGÍA DE SAN IGNACIO

nosotros, se convierte en mediador entre Dios y los hombres. Es el camino para ir al Padre e intercesor porque es *“Dios con nosotros”* y está sentado a la derecha del Padre. Jn 1,11; Mt 1,23.

Cristo es modelo y ejemplo y por eso se le ha de imitar; es guía y jefe y por eso se le ha de seguir y obedecer; es Dios como el Padre y por eso debe ser el centro de la fe y de la afectividad. También es el centro cardinal de todas las virtudes humanas, por mover y atraer nuestra voluntad hacia lo mejor. Es un amor que se puede perder y olvidar. EE 167, 248. Debe cultivarse para que se desarrolle y las p- EE 65. siones desordenadas no lo absorban.

El centro de la Historia de la Salvación es Cristo, de tal manera que los profetas y los acontecimientos del Antiguo Testamento lo preanuncian. Ignacio, como los padres de la Iglesia, ve todo el Antiguo Testamento en función del Nuevo, y la revelación inicial de Dios en función de la revelación final: la resurrección y glorificación de Jesús.

Toda falta, incluso la de los ángeles, tiene para San Ignacio un sentido cristocéntrico. De ellos dice: *“no queriendo ayudarse de su libertad para reverenciar y obedecer a su Criador y Señor, enso- EE 50, 71. berbeciéndose, etc.”*.

La palabra última sobre el hombre (el juicio final), la pronuncia Jesucristo. Él es el Juez de vivos y muertos. San Ignacio hace una comparación entre un *Juez temporal* y el *Juez eterno*, y ahí mismo alude a la meditación en la que con-

EE 106, 108, 114,
116, 248, 167, 344.

EE 95, 109, 130.

EE 167, 248.

EE 65.

EE 71.

EE 74.

PARA AMAR A JESÚS

- Hch 5,31; 4,22. EE 71.
Rm 10,13; Hch 4,12. EE 102.
- sideraba a Jesucristo como “*Rey eterno*” y “*Señor universal*”.
- La frustración eterna consiste en no haber seguido y obedecido a Jesucristo. No hay otro nombre ni otro camino por el que el hombre pueda salvarse. El Dios tripersonal solamente puede salvar al hombre mediante el Hijo que es la posibilidad salvadora de Dios.

El presentar a Cristo como Creador tiene una especial importancia en la construcción total de los Ejercicios. Le corresponde el fin a aquel a quien le haya correspondido el principio; porque la historia se presenta como un todo organizado en función de un objetivo.

Títulos de Jesús en los Ejercicios

El Padre Calveras sintetiza así los apelativos de Cristo en los Ejercicios: se le llama 40 veces Cristo; 71 veces Cristo nuestro Señor; una sola vez, Jesucristo; 13 veces Jesús, 9 veces Jesú; una vez se le llama Criador, y otra Criador y Redentor; 19 veces el Señor; una vez el Señor eterno o Señor universal o Eterno Señor. Una vez, Dios; dos veces Verbo Eterno encarnado. Siete veces Hijo respecto al Padre, y siete también con relación a María. Se le apellida bondad infinita, santísima, divina majestad. Se le llama Rey eternal o eterno; Rey de los judíos; Hijo de Dios, de David, del hombre. Salvador del mundo, sumo capitán y Señor nuestro, sumo capitán de los buenos, sumo y verdadero capitán. También Sumo Pontífice, “*dechado y regla nuestra*”; Esposo respecto

EE 344.

de la Iglesia, “*su vera Esposa*”. Finalmente, se le compara a un amigo que consuela a otro⁶.

Sentido cristocéntrico del Plan Salvífico Universal

Es verdad de la vida cristiana que existe solamente un género humano, una creación, una redención y un destino para todos. Como hay un solo Dios también hay un solo plan salvífico, y una sola Historia de Salvación para todos.

Ef 1,3-14;
Col 1,15-20.
Rm 8,28-30.
1 Cor 8,6.

Las consideraciones que propone San Ignacio en el Principio y Fundamento están hechas en el contexto de un hombre de fe cristiana, y solamente se comprenden en su integridad leyéndolas como una parte del conjunto de los Ejercicios, donde el cristocentrismo de las meditaciones es el objeto principal del trabajo del ejercitante.

San Ignacio no plantea el Principio y Fundamento sobre la distinción entre las verdades adquiridas por la razón y las adquiridas por la revelación. El Principio y Fundamento debe plantearse en términos cristianos y solamente desde la fe.

El Principio y Fundamento no está propuesto como una reflexión a partir de las cosas, sacado de un análisis de la realidad, sino al contrario, está pensado de forma descendente para llegar a la realidad a partir del designio de Dios. Incluso se excluye la consideración de pecado real en que se encuentra el hombre. La “*indiferencia*” es para elegir lo que más ayude, no para elegir entre el bien y el mal. En la primera etapa y en la me-

⁶ Iparraguirre, I. (1978). *Vocabulario de ejercicios espirituales*. Roma: Centrum Ignatianum Spiritualitatis, pp. 58, 59.

ditación de la encarnación, se analiza la realidad del hombre y del mundo como una realidad que se pierde a sí misma y se medita cómo Jesucristo viene al mundo a salvarlo. El aspecto negativo de la realidad personal y social entra con toda su fuerza en la primera semana; en la meditación de la encarnación, y de forma dramática en la tercera semana.

Jesucristo Creador

El título con que San Ignacio se refiere a Jesucristo muy frecuentemente es el de “*Nuestro Creador y Señor*”. Jesucristo es la palabra creadora de Dios, como las manos del Padre, que forma al hombre a su imagen y semejanza. Él es la imagen de Dios invisible y por eso también aquél que hace al hombre según su propia imagen. Desde el origen el hombre como creatura se encuentra vinculado a Cristo como Creador. Esta orientación cristocéntrica del hombre y de toda la creación procede originalmente de la Escritura (San Juan y San Pablo; en la epístola a los hebreos

Ef 1,3-14;
Col 1,15-20.
Hb 3,15. Jesucristo es “*el autor de la vida*”) y de la fe de los padres de la Iglesia.

La creación no tiene más sentido que la presencia y la comunicación con Dios por la encarnación, y esta no tiene más sentido que la comunión con Dios de toda la creación y de cada hombre en particular.

Creador providente

San Ignacio ve en la solicitud amorosa de Jesucristo la forma concreta de la Providencia divina. De la misma manera que ha contemplado en Él,

como encarnados, los atributos divinos, se complace en ver en Él la infinita solicitud de Dios por sus criaturas. La providencia de Dios por el hombre se ha revelado y actualizado en la solicitud de Jesucristo por los suyos.

No presenta a Jesucristo como el caso ejemplar del hombre que se confía hasta lo último en la Providencia de Dios, lo presenta más bien como Aquel que es providente, que hace posible nuestra confianza y la lleva a cabo en nuestro interior.

La Creación es parte de un todo

La creación es un acontecimiento salvífico: todo está hecho y orientado para que en la plenitud de los tiempos aparezca Cristo. Jesús es el vértice de la creación entera, de la historia natural, y de la Historia de la Salvación. Jesús conduce también a los hombres y al mundo a la plenitud.

Cf Ga 4,4.

En la mente de Ignacio no hay salvación posible sino en Jesús de Nazaret. Y el hombre se realiza o se pierde según responda en la vida a Jesucristo.

Jesús es Creador y Señor, Creador y Redentor, Rey Universal y Eterno. Él es quien da los dones de naturaleza y gracia, los del orden natural y los del orden sobrenatural.

“Dios nuestro Señor”, como ya vimos, es comúnmente para San Ignacio, nuestro Señor Jesucristo. Así, en el Principio y Fundamento, el hombre está orientado, y encuentra todo su sentido y su fin en el servicio a Jesucristo.

Jesucristo es el Señor a quien San Ignacio quiere servir desde el principio. Y se le sirve continuando su obra y en el servicio a los demás. Para San Ignacio el servir a Dios está particularmente vinculado con el seguimiento de Cristo. En la fe cristiana, no sirve a Dios quien no sigue a Jesucristo. San Juan en su evangelio puso en boca de Jesús estas palabras: *“el que me sirve que me siga”*, la única forma en que se puede servir a Dios es siguiendo a Jesucristo en el servicio a los demás. Obviamente este seguimiento y este servicio debe estar motivado por el amor que es lo que más se busca y se pide en los Ejercicios: Jn 12,26. EE 104, 130. *“conocimiento interno de nuestro Señor Jesucristo para más amarlo, servirlo y seguirlo”*.

EE 168. “*Imitar y servir*” son verbos que para San Ignacio están unidos como sinónimos y se refieren particularmente a Jesucristo, que es ejemplo del hombre y la forma como se puede llegar a servir a Dios. Se sirve a Dios imitando a Jesucristo. EE 167, 139.

EE 3, 23, 39, 168. EE 48. La “*reverencia*” a la que se refiere San Ignacio en el Principio y Fundamento es la actitud fundamental del hombre, aquello para lo cual ha sido creado, corresponde a la majestad de Jesucristo, al hombre pecador corresponde la actitud de “*vergüenza y confusión*” ante la majestad de Jesucristo nuestro Dios y Señor.

La reverencia consiste no tanto en un gesto, sino en la actitud de reconocimiento —“*acatamiento*”— en aceptación de la voluntad del que posee la autoridad. Es pues como un signo que se manifiesta exteriormente de sumisión. Signos

y actitud propios del ambiente cortesano. Como EE 92. el acatamiento de los súbditos a su rey.

“*El amor y la reverencia*” son dos términos que se relacionan mutuamente y se vinculan a Jesucristo. Así que aquellos que “*siguen deveras a Cristo nuestro Señor*” lo hacen “*por su debido amor y reverencia*”⁷.

El amor y la reverencia van unidos al seguimiento. Por este sentido de reverencia y acatamiento el Santo usa más frecuentemente los títulos de Cristo que su nombre propio. En Jesús reconoce todos esos atributos divinos. Y por ellos expresa su fe y devoción.

La reverencia no está en un gesto, sino en una actitud que San Ignacio considera se debe tener toda la vida. El término reverencia lo usa San Ignacio refiriéndose particularmente a Jesucristo en otros lugares de los Ejercicios. La reverencia es la actitud normal con la que el hombre debe ponerse ante Dios, pero San Ignacio la pide y la exige particularmente al referirse a Jesucristo.

EE 38, 39,
3, 50, 92.

La omnipotencia de Dios que corresponde a las tres personas divinas se aplica particularmente a Jesucristo, por quien todo fue hecho. Jesús, por lo que dijo e hizo, por su vida y su muerte, tiene el poder y la fuerza necesaria para salvar y santificar el mundo entero, y es el centro de la religiosidad cristiana.

La pregunta sobre el valor del hombre que subyace al Principio y Fundamento se responde ple-

Jn 1,3.

7 OCSL Ejer. Esp. n. 114, p. 222.

namente con el resto de los Ejercicios. San Ignacio decía que “*el hombre vale la sangre y vida de Jesucristo, que costó*”. La condición humana de Jesucristo es la forma como llega Dios al hombre, lo salva, lo santifica uniéndolo a sí y lo hace participante de su gloria.

Cf EE 102, 130.

La indiferencia del Principio y Fundamento, entendida como la máxima libertad, es para la entrega de todo y de uno mismo que se hará a Jesucristo a lo largo de los Ejercicios y de la vida.

En la imagen mental de San Ignacio, Dios nuestro Señor es Jesucristo, a quien hay que servir y seguir, a quien hay que hacer reverencia y acompañar, como a rey eterno y Señor Universal; a quien hay que alabar y amar ayudado de todas las contemplaciones de los Ejercicios y en todo momento.

EE 162.

El amor a Jesucristo debe regular y medir todo otro amor. Y solamente “*mediante esto*”, el servicio, la imitación y el seguimiento a Jesucristo, se salva el hombre y llega a compartir la gloria de Jesucristo.

EE 316.

EE 23.

No hay otro nombre ni otro camino por el que el hombre pueda salvarse. El Dios tripersonal solamente puede salvar al hombre mediante el Hijo, que es la posibilidad salvadora de Dios.

EE 102.

Contemplar para amar a Jesús

Por otra parte San Ignacio quiere que el ejercitante descubra por sí mismo a Jesucristo. Todo está preparado para esto; las cuatro semanas, especialmente la cuarta, han dado al ejercitante un

impulso del que no podrá frenarse al llegar a la Contemplación para Alcanzar Amor (CAA).

Amar a Dios significa para San Ignacio amar a Jesús, y no amar a Jesús es lo mismo que no amar a Dios. Nadie puede amar al Dios de la revelación, y de los Ejercicios, si no ama a Jesucristo, y nadie puede ponerse en servicio de Dios si no se pone en servicio de Jesús, y de Jesús en los demás. Mt 25,31s.

San Ignacio piensa en un servicio de tipo apostólico, no en un servicio de tipo litúrgico. Otro tanto podemos decir con respecto al seguimiento; la única forma en que nos ha sido dado servir a Dios es siguiendo a Jesús, y se sigue a Jesús como apóstol: haciendo lo que Jesús hacía — evangelizando—. Este es el mensaje del proemio de *La Vita Christi*, de Ludovico de Sajonia (*El Cartujano*, que fue quien la tradujo del latín al castellano, por mandato de la reina Isabel y que se publicó en 1472), que leyó el Santo durante su convalecencia, y es también el mensaje fundamental de la meditación del Reino. EE 91.

Conviene advertir también, que aunque San Ignacio pensara directa y explícitamente en Jesús, el lenguaje teológico de su tiempo solía hacer poca referencia a Jesús al tratar los misterios que San Ignacio propone en la Contemplación. El sujeto de casi todos esos atributos solía ser Dios sin referencia especial a las personas divinas. Este es el caro tributo que la teología escolástica pagó a una teodicea de tipo esencialista y no histórica ni bíblica.

Por otra parte, aunque el ejercitante no llegara a pensar que la Contemplación se refería directamente a Jesucristo, sino a Dios sin especificación de personas, o a Dios tripersonal, el fin de los Ejercicios estaba logrado. San Ignacio no ve ninguna oposición entre Dios y Jesucristo; lo primero que Ignacio afirma de Jesucristo es que es verdadero Dios, consustancial con el Padre y con el Espíritu Santo.

Creemos que por ser más conforme a la dinámica, al personalismo y a la mente de San Ignacio, conviene hacer referencia explícita a Jesucristo, tanto al hacer como al dar los Ejercicios.

Es claro en San Ignacio que todo aquello que refiere a Dios lo refiere igualmente a Jesucristo, y en muchos lugares paralelos a la CAA se refiere directa y explícitamente a Él.

Los motivos por los que creemos que Ignacio tiene presente a Jesucristo pueden ordenarse así:

- 1) Lo pide la dinámica y la unidad de su pensamiento y de los Ejercicios.
- 2) Aplicaciones de esta meditación a Cristo, el mismo San Ignacio, hizo muchas.
- 3) Las múltiples referencias y paralelismos occasionales, en las Constituciones y demás escritos.
- 4) Comentarios y desarrollos más explícitos que la redacción de los Ejercicios; —como la carta a los estudiantes de Coímbra—.

5) Las interpretaciones y referencias que hicieron a esta contemplación sus primeros compañeros, que fueron sus mejores comentaristas.

N.B. San Ignacio fue muy cuidadoso en la redacción y en la práctica de los Ejercicios, y de que estos estuvieran totalmente dentro del lenguaje de la doctrina común de la Iglesia. En Venecia, el Bachiller Hoces llevó consigo a Ejercicios ciertos libros de teología para no dejarse enredar por Ignacio⁸. Al principio más de alguna vez fue acusado de iluminista y de no muy segura doctrina.

Estructura de la Contemplación para Alcanzar Amor

Cada punto parece formar una unidad en sí mismo, aunque no independientemente, y ofrece materia suficiente para llenar una hora de oración. Los cuatro puntos los presenta San Ignacio en forma dinámica y ascendente. Cada uno de ellos supone lo anterior, y la Contemplación toda entera supone el conjunto de los Ejercicios⁹. Muchas de las anotaciones parecen encaminadas a preparar al ejercitante a este momento de contemplación que es el epílogo de los Ejercicios; por otra parte, es el principio o introducción para llegar a encontrar a Cristo en todas partes y momentos de la vida, para llegar al ideal de la “*contemplación en la acción*”.

EE 5, 15, 16,
20; 39.

En este ejercicio se pretende un fin: “*que pueda en todo amar y servir*”, más que seguir un método. EE 233.

8 Cf OCSL Autob. n. 92, p. 149; n. 87 p. 143.

9 Cf Cusson, A. (1968). *L'expérience biblique du salut dans les Exercices de Saint Ignace*. París: Bruges, p. 373.

Esta contemplación recapitula y unifica todos los motivos para amar que a lo largo de los ejercicios se hicieron una experiencia personal. Viene a fundir en un diálogo de amistad el amor de Jesucristo por el ejercitante y el de éste a Jesucristo. No se queda solamente en un conocimiento teórico de verdades abstractas, sino que debe llegar a ser un “*conocimiento interno*” que en el lenguaje de San Ignacio quiere decir una experiencia interpersonal, existencial, que nace de lo más íntimo de la persona: el amor, y compromete a toda la persona en el seguimiento, la entrega y la acción.

Cf EE 231, 234.

Paralelismo entre el Principio y Fundamento y la Contemplación

En el Principio y Fundamento se habla de:

- EE 23.
- a) El hombre como creatura; mensaje sobre su origen.
 - b) Hecho para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor; mensaje sobre su fin temporal y su quehacer diario.
 - c) Y mediante esto salvarse; mensaje sobre su fin último.

En la CAA:

- A) El ejercitante se ve a sí mismo como creatura redimida, con toda una historia de beneficios particulares.
 - B) Cuyo fin es amar en todo y ofrecerse y darse en el amor.
 - C) La vida eterna consiste en la participación, en la comunión, en el amor y la gracia que basta.
- EE 234, 237.

En el Principio y Fundamento:

- a) Las cosas son creadas para el hombre y para que le ayuden a lograr su fin.

En la CAA:

- A) Las cosas aparecen como signo del amor de Jesucristo —regalo—, que ayudan e impulsan al hombre a amar más y mejor, y a amar en todo.

En el Principio y Fundamento:

- a) Se habla de indiferencia como una forma de libertad ante las cosas creadas.

En la CAA:

- A) Se habla de la entrega de todo como la forma más plena de la posesión y del desprendimiento.

Jesús resucitado y la Contemplación para Alcanzar Amor

La cuarta semana prepara la CAA, porque presenta una imagen de Jesucristo resucitado que trasciende la figura de Cristo presentada en la segunda y tercera semana. Desde la contemplación de la Encarnación, y antes todavía, desde la primera semana y el Principio y Fundamento, la imagen de Jesucristo se va agrandando y enriqueciendo inmensamente, y al mismo tiempo, el diálogo del ejercitante con el Señor se va haciendo cada vez más personal, más íntimo y más comprometido; la elección se va concretizando y, correspondientemente, se va viendo con más claridad el objeto de la misión apostólica.

Bajo esta perspectiva se ve claro que la CAA no se limita solamente a dar un medio de perseve-

PARA AMAR A JESÚS

rancia, o un método de contemplación, sino que reune un conjunto de verdades teológicas, que San Ignacio contempla encarnadas en el mundo y en sí mismo y que las propone (no tanto para instruir al ejercitante), sino para que adquiera EE 234. una visión nueva, sentida, existencial, que le de una nueva valoración del mundo y de sí mismo, y nuevas posibilidades de comunicación interpersonal (conocimiento y amor; presencia y acción; recepción y entrega) entre el amor generoso, continuo y original de Dios manifestado en Jesús y la respuesta amorosa y comprometida del ejercitante.

Es significativo que la CAA venga después de una serie de meditaciones de los misterios de la cuarta semana¹⁰. Ese es el lugar más adecuado, porque el ejercitante tiene ya una visión más completa de Jesús al haber meditado la vida temporal, la muerte y la vida gloriosa del Señor.

San Ignacio propone para la cuarta semana todas las apariciones del Señor; en la segunda y tercera semanas había hecho una selección de los misterios de la vida de Cristo, para la cuarta no sólo propone todas las apariciones narradas en el Evangelio, sino que además, añade las enunciadas por San Pablo en la primera Epístola a los Corintios; propone también una contemplación sobre la supuesta aparición a la Santísima Virgen, y otra a José de Arimatea, muy seguramente EE 218, 299, 310.

¹⁰ Los primeros directorios aconsejan que nunca se suprima la Contemplación aun en los ejercicios más breves, y si es necesario que se dé, poco a poco, a lo largo de todos los ejercicios, pero todos reconocen que su lugar propio es al fin como recapitulando todo el contenido y fruto de los ejercicios. Directoria Exercitiorum spiritualium: MHSI vol. 76, n.60, p. 391.

bajo el influjo de su atenta lectura a la Vida de Cristo, del Cartujano, leída en Loyola¹¹.

Más que meditar un texto se trata de contemplar un hecho; así le basta para la contemplación la enunciación de un hecho, sin ningún detalle, como la aparición a Pedro, a Santiago, o a los 500 hermanos. El centro de las contemplaciones es el Señor mismo. Esto queda especialmente claro con la petición, que resume el fin del ejercicio y se repite durante toda la cuarta semana: “gracia para alegrarse y gozar intensamente de tan- EE 221. ta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor”.

EE 308, 302, 209.

Las apariciones que San Ignacio propone en la cuarta semana son el relato creyente de encuentros con Jesús muerto y resucitado que “dio a los apóstoles muchas muestras de que vivía”. La cuarta semana viene a darnos un mensaje cristológico que se concretiza en los hechos no menos que en las palabras. Tiene un mensaje común que consiste en la resurrección del Señor, en la experiencia de un nuevo encuentro con Jesús resucitado. Jesús vive una vida que trasciende la vida humana. Todas las apariciones son encuentros con el Cristo vivo, todas proceden de su iniciativa; son, aunque esperadas, imprevistas; todas tienen un sabor de sorpresa y pueden dejar la sensación de que en cualquier momento puede hacerse presente el Resucitado.

Hch 1,3.

Mt 26,32; Mc 16,7.

Su posibilidad de presencia que por las apariciones se hace perceptible, no está limitada a un “aquí” solamente, puede presentarse aquí y allí

11 Ludolfo de Sajonia (2010). *La vida de Cristo*. Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu, pp. 624, 652.

PARA AMAR A JESÚS

y en todas partes. Tampoco está limitada a un tiempo determinado, puede presentarse ahora y después, o en cualquier momento. Él toma la iniciativa, Él habla; dirige su palabra que expresa el encuentro en forma de saludo: *“la paz sea con ustedes”*. —Así expresa lo repentino de su presencia sensible—.

El significado primero de la palabra no es el contenido de lo que se dice, sino la revelación y comunicación de la persona que habla. Lo importante del hecho de las apariciones es Jesús mismo, el Jesús resucitado; sus signos y sus palabras están en función del encuentro personal. Su palabra es una palabra que sale del corazón y se dirige al corazón: —“*María*”, “*Pedro, ¿me amas más que estos?*”.

Su presencia y su palabra significan amor y fidelidad; significan que los conoce y los quiere de antemano, mucho más de lo que Él es conocido y querido por ellos, y mucho más de lo que ellos se conocen y se comprenden a sí mismos. Su presencia y su palabra son una interpellación personal a la fe, y una llamada al amor. En los textos pascuales se habla por primera vez de una adoración a Jesús.

Jesús no funda una comunidad de contemplativos, sino una comunidad de apóstoles. El tema de la misión tiene especial importancia pascual. A aquellos que han tenido una experiencia existencial, que lo han visto y oído y, sobre todo, que han recibido su Espíritu los envía a todo el mundo a predicar el Evangelio a toda la creación.

Cf Jn 20,19;
EE 304.

Cf Lc 24,31;
EE 303.
Jn 20,16.

Jn 21,15; EE 306.

Cf Lc 24,13s;
EE 303.

Cf Jn 20,24-29;
EE 305.

Cf Jn 21,15s;
EE 306.

Mt 28,9.17;
EE 307.

Cf Mc 16,15; Mt
28,18-20; Lc 24,46;
Jn 20,21s; Hch 1,8;
EE 307.

San Ignacio también encuentra una profunda relación entre la misión de Cristo y la del ejercitante¹².

Lo que antes de pascua se llamaba “*seguimiento*”, ahora se ha convertido en “*misión*”. San Ignacio habla de un seguimiento en la misión.

El poder salvífico de Jesucristo, actualizado y visualizado por su resurrección, es la base de la misión universal. Porque a Jesús se le ha dado “*todo poder en el cielo y en la tierra*”, y en todos los pueblos, por eso envía a sus discípulos a todo el mundo, para que prediquen el Evangelio que consiste fundamentalmente en el anuncio de la persona de Jesucristo, y en su resurrección; en la transmisión de su enseñanza, en la guarda de su palabra; la fuerza impulsora es su Espíritu entregado por los hombres en su muerte y comunicado por su resurrección. La garantía y la recompensa de la misión es: “*yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo*”.

Mt 28,18; EE 307.
Mc 16,15; EE 95s.
Mc 16,15.

Cf Mt 28,20.
Jn 20,22s; 20,30.

Mt 28,20; EE 307.

La proyección eclesiológica del ejercitante la encontramos en la cuarta semana no menos que en la meditación del “*Rey temporal*”. Esta misión es tanto más ignaciana cuanto más evangélica, y tomada más al pie de la letra del Evangelio. Una misión así sólo puede producirse después de la Pascua. Para hacer posible esa misión Jesús infunde su Espíritu, que impulsará por todos los caminos del mundo, que inspirará a los discípulos y garantizará su predicación llevándolos a la confesión de Jesucristo a pesar de las persecuciones.

Cf Act 4,8.31; 5,32;
6,10; Mt 10,20;
Jn 15,26; Act 1,8.

12 Cf OCSL Ejer. Esp. n. 91, 101.

EE 95. En San Ignacio tiene especial importancia el carácter cristocéntrico del padecimiento humano cotidiano o apostólico. Jesucristo lo quiere o lo permite para nuestra propia purificación, para unirnos a Él en su misión salvífica, para que participen de la imagen de Cristo glorioso aquellos que han participado de la imagen de Cristo doliente¹³; para comenzar a ser sus verdaderos discípulos (en el sufrimiento) se padece por su causa y en su nombre¹⁴, y por ser el sufrimiento para tanto bien del género humano no se opone a la mayor gloria de Dios, sino que Jesucristo es glorificado en él.

Jesucristo no es un tesoro escondido cuyo descubrimiento dependa de la inteligencia del hombre; tampoco es un problema que se resuelve aplicando una fórmula determinada. Es un Tú en un encuentro interpersonal, un aparecerse, un hacerse encontradizo en lo inesperado, en lo insignificante. La iniciativa del encuentro es siempre suya, y también nuestra, en cuanto obra en nuestros corazones para que queramos y podamos descubrirlo. Sin su amor y su acción el hombre es incapaz de encontrarlo. En realidad el hombre está más presente para Jesucristo de lo que Jesucristo está presente para el hombre. Jesucristo ha optado por el hombre mucho más radicalmente de lo que el hombre pueda optar por Jesucristo.

Él nos busca y nos quiere encontrar en todas las cosas y circunstancias de la vida para que nosotros lo encontremos en ellas, y en ellas le de-

13 OCSL n. 128.

14 M.H. c. 630, SAV 1549.

mos nuestra respuesta. No se trata tanto de una búsqueda de Jesús por parte del hombre, sino de una búsqueda del hombre por parte de Jesús resucitado.

Pero un encuentro vivo y vivificante con Jesucristo en el mundo implica un encuentro con nosotros mismos, con nuestra propia estructura espiritual, con nuestra capacidad de creer, esperar y amar. Los encuentros con María, Tomás o Pedro, ponen de manifiesto que un encuentro con el Señor es también un encuentro con nosotros mismos, una interpelación.

San Ignacio, fiel a su norma de no cargar al ejercitante con comentarios, sino dejar que el Creador y Señor se comunique y obre inmediatamente en su creatura, es sumamente parco en consideraciones. Prácticamente remite al ejercitante a *“la historia que tiene de contemplar”* tomada directamente del Evangelio.

Los misterios de la vida de Cristo tienen dentro de los Ejercicios el sentido teológico que tienen en sí mismos. San Ignacio no les da un sentido particular que no corresponda al sentido bíblico. Para profundizar en el contenido de los Ejercicios no basta estudiar los textos ignacianos, sino que es necesario *“hacer los Ejercicios”*, y no es ajena a ellos toda la reflexión, meditación o contemplación nacida de la palabra de Dios, objeto primario de la cuarta semana, siempre que esté dentro de la finalidad y espíritu de los Ejercicios.

Todo pertenece a la historia de nuestra salvación, especialmente el mundo y el momento presente,

Jn 20,11s; 20,24s;
21,15; EE 305,306.

EE 15, 16.

no sólo lo que Jesucristo hizo una vez por los hombres y para los hombres. Jesucristo sigue salvando al hombre desde el hombre, actuando en él internamente¹⁵. Fue resucitado “*para nuestra justificación*”. (Este texto puede significar no solamente que la resurrección es un hecho salvífico, sino que, además, Jesús resucitado sigue obrando la salvación en los hombres y en el mundo).

Jesús, objeto de Fe

Jn 21,7. Jesucristo se hace conocer por cada uno según la capacidad de su corazón y de su fe. —“*Es el Señor*”—, dice el discípulo amado, pero también puede ser interpretado como un fantasma. La fe no es menos necesaria para creer en Jesús resucitado de lo que es para creer en Dios trascendente. Las intuiciones del alma y la capacidad de comunión tienen también un papel decisivo en el encuentro con el Señor. Es Él quien obra dentro del hombre para que el hombre lo pueda encontrar fuera. Nadie puede amarlo y creer en el amor si en cierto sentido no tiene ya el amor en el corazón; como nadie puede ver la luz sin la luz.

La liturgia llevaba a la comunidad primitiva a renovar continuamente la experiencia de la presencia de Jesús. La celebración de la Eucaristía hacía presente a Jesús de Nazaret en la vida. Y la vida diaria en presencia de Jesús se celebraba en la Eucaristía. Allí se celebraba la muerte y resurrección de Jesús y de forma especial se recordaba la presencia sensible de aquellos 40 días de pascua.

¹⁵ Cullmann, O. (1998). *Cristología del Nuevo Testamento*. Salamanca: Sígueme.

La Eucaristía nos debe llevar también a nosotros a descubrir a Jesús en todo y más particularmente en los demás. Está vinculada con la presencia cósmica de Jesús y de forma más importante con su presencia en los demás.

Dios se hace presente en Jesús y Jesús en los demás y en el mundo. La encarnación es un proceso de presencia de Dios que llegó a su plenitud de comunicación en el ser personal de Jesús, cuya presencia se prolongará hasta el fin de los tiempos.

En virtud de la encarnación la presencia de Dios en el mundo siempre tendrá carácter cristo-céntrico y salvífico para el hombre.

La redacción de la Contemplación para Alcanzar Amor

Sabemos, por el mismo Ignacio, que no escribió los Ejercicios de una sola vez¹⁶. Los Ejercicios no nacieron de un momento de inspiración, sino de muchos.

En la historia de la redacción se pueden señalar cuatro etapas principales:

1. Notas en Loyola (1521)¹⁷.
2. Experiencia y Redacción en Manresa (1522).
3. Redacción de París y prácticas en dar los Ejercicios (1529-1534). A esta época corresponde la redacción de la CAA.

¹⁶ OCSL Autob. n. 99, p. 157.

¹⁷ OCSL Autob. n. 99, p. 92.

4. Retoque y correcciones en Roma, hasta su aprobación por Paulo III el 31 de julio de 1548. (Breve Pontificio, *“Pastoralis Officii”*).

La redacción de la Contemplación pertenece a la etapa vivida en París. El lenguaje usado, la estructura y los términos escolásticos y latinos ponen de manifiesto los estudios de Ignacio.

Probablemente la redacción de la Contemplación pertenece al año 1534; para 1538 ciertamente estaba integrada al conjunto de los Ejercicios, y fundamentalmente en los términos que la conocemos.

En los Ejercicios que Fabro deja a los Cartujos de Colonia, redactados en 1538, aparece ya la CAA, y tiene algunas aplicaciones cristológicas que no aparecen en la redacción castellana, ni en la latina (llamada vulgata).

El contenido fundamental de la CAA y la experiencia ignaciana es, sin duda alguna, muy anterior a la redacción final.

La aplicación cristológica es característica fundamental de Ignacio. Para él, que tenía tan clara conciencia de la condición divina de Jesús, resultó muy natural aplicar a Cristo lo que seguramente escuchó en las aulas de París y meditaba en su oración. Los temas fundamentales los pudo haber leído en Santo Tomás que hablaba de Dios presente y activo en todo pero sin hacer especial distinción entre las Personas divinas¹⁸. Práctica

18 Tomás de Aquino, S. Th, 2,2, q23, a3, q180, a.4.

que continuó durante mucho tiempo en las exposiciones de los directores de Ejercicios.

El lugar para la Contemplación

El Principio y Fundamento es como el prólogo o introducción de los Ejercicios; la CAA viene a ser como el epílogo y la conclusión. Indudablemente que existe una semejanza entre el Alfa y la Omega de los Ejercicios, y también un mismo lenguaje, un mismo contenido de ideas, una misma línea de pensamiento y, en último término, el mismo contenido cristológico.

Los directores de Ejercicios, colocan la CAA después de la segunda semana, o durante ella¹⁹, con lo que la vinculan particularmente a la vida de Cristo²⁰ y afirman que aun en los Ejercicios breves esta contemplación no debe suprimirse²¹, y que puede darse toda o por partes, porque la consideran la cumbre de los Ejercicios y la respuesta total del ejercitante²².

San Ignacio pone esta Contemplación después de la cuarta semana y antes de una instrucción sobre tres formas de hacer oración que pueden aplicarse dentro o fuera de los Ejercicios, pero que más bien parecen referirse a la vida ordinaria. Con respecto a la CAA no añade ninguna nota que limite las posibilidades del ejercitante. En el directorio del P. Polanco y en el directorio

19 MI, Ex. vol. 76 n.102, p. 406.

20 Ibidem p. 459, n. 84.

21 Ibidem p. 391, n. 60.

22 *Los Ejercicios a la luz del Vaticano II*. Loyola 1976, OCSL p. 429.

oficial se coloca durante la cuarta semana, o al fin, y le dedican uno o dos días²³.

En la historia de los Ejercicios (y prácticamente desde el principio), se ha venido dando al fin de ellos. Convendrá nunca suprimirla, darle tiempo suficiente, preparar los ánimos para esperarla como meditación conclusiva de los Ejercicios y disponer al ejercitante a encontrar a Jesucristo en todas las personas, principalmente en los más necesitados, en todas las cosas, momentos y circunstancias de la vida.

EE 162. El haber pasado por la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, es para el Santo, el camino por donde se llega a encontrar a Cristo en todo, con referencia al lugar y al tiempo, y a las demás circunstancias particulares en que al ejercitante le toque vivir.

EE 162. Este encontrar a Cristo en todo como vértice de los Ejercicios lo propone San Ignacio en la CAA. Los ejercicios anteriores fueron “*una introducción y modo, para después, mejor y más cumplidamente contemplar*”.

La pura visión de Jesús histórico no hace patente la relación esencial de todo lo creado en cuanto vinculado principalmente con Jesús resucitado.

En la visión cristiana vivimos, nos movemos y existimos en Dios por Cristo, con la fuerza del Espíritu. Este vivir en Dios tiene para toda la creación sentido cristocéntrico, por cuanto el

23 Ibidem Directorio de Polanco, p. 322, n. 102; Directorio de Cordeses p. 560, n. 151; Directorio Oficial c. 36, n. 2.

Padre realiza todo por Cristo y nosotros vivimos en Cristo.

La vinculación con Dios es lo que hace posible que nosotros existamos y que también actuemos. La vinculación es independiente de nuestra conciencia y libertad.

La vida “en Cristo” y la Contemplación para Alcanzar Amor

Para San Pablo, es de extraordinaria importancia “vivir en Cristo” y que “Cristo viva en nosotros”. La expresión “en Cristo” expresa el valor y la nobleza de la creación del hombre, la riqueza de la redención y de la salvación.

No solo la función mediadora de Jesús, sino también su función activa, decisiva y caracterizadora. La expresión “en Cristo” lleva toda la carga salvífica de Dios. Es motivo de bendición, de Ef 1,3s. elección, de filiación y santidad.

De nuestra parte todo lo que hacemos “de palabra o de obra” ha de ser experiencia de Dios en Col 3,17. Cristo.

La expresión “en Cristo” es inmensamente rica. No se agota con una traducción sino que tiene múltiples significados que se enriquecen mutuamente.

Si “Cristo vive en mí y yo en él”, esto significa Gl 2,20. que Él determina mi vida y que es el punto de referencia en mi discernimiento. Que pienso, siento, vivo y actúo conforme al Evangelio. Que la imagen de Cristo no es para mí un ícono, sino

algo vivo en mi interior que se manifiesta en mi modo de ser y de actuar. Pero también significa que yo soy inmensamente importante, que Cristo piensa en mí y me hace objeto de su amor.

“*Amar en Cristo*” no es un amor sobrenatural ni platónico, es amar con ternura, delicadeza, comprensión, respeto, atención, cercanía, misericordia.

San Ignacio ha señalado como punto central la caridad: “*amar a Cristo en toda las cosas y personas*”, y “*a todas las cosas y personas en Cristo*”. “*Todo en Cristo y Cristo en todo*”²⁴.

Jn 17,21.23.
Ga 2,20. “*Cristo en nosotros y nosotros en Cristo*” es la forma como Cristo vive en los cristianos, lo que está profundamente vinculado con el Espíritu, que es el Espíritu de Cristo. Vivir en el Espíritu y vivir en Cristo es exactamente lo mismo.

A Jesús hay que buscarlo inmerso en el mundo concreto y actual porque solo ahí se refleja, —en los más necesitados—. Toda la CAA tiene por objeto el que hallemos a Jesús en todas las cosas y personas. Y que todas las cosas las veamos vinculadas a él.

San Ignacio tenía un modo muy personal y al mismo tiempo paulino de ver a Cristo no solo en su vida concreta, la de Galilea o Jerusalén, sino también la de verlo activo, aunque muerto y resucitado, y como sentido y fin de la vida y de la historia.

24 OCSL Cons. 288, p. 477.

LA CRISTOLOGÍA DE SAN IGNACIO

A San Pedro Canicio le dice en carta fechada el 2 junio de 1546: “*Tened, pues, buen ánimo y consolaos en Dios “y en el poder de su fuerza”, que es Cristo Jesús Señor y Dios nuestro. De su propia voluntad, “por nuestros pecados murió” y sin duda “fue resucitado por nuestra justificación”. De modo que “con él nos resucitó y juntamente nos sentó en los cielos” con Dios. Conoced y examinad la vocación a que fuisteis llamados “en virtud de la gracia que te fue dada” en Cristo, ejercerla, insistid, con ella negociad, que no permanezca en vos ociosa, nunca le resistáis, “porque Dios es el que obra en nosotros así el querer como el obrar en virtud de su beneplácito” que es en sí y por sí infinita y supergloriosa e inefable por Cristo Jesús “te dará el Señor inteligencia en todo” y fortaleza a fin de que el nombre del Señor en esperanza de mejor vida, por vuestro medio en muchísimos fructifique y sea ilustrado*”²⁵.

Ef 6,10.
1 Co 15,3.
Rm 4,25.
Ef 2,6.
Rm 12,3.
Flp 2,13.
2 Tm 2,7.

He querido presentar la Cristología de San Ignacio en términos generales; el lector me disculpará si encuentra repetidas algunas ideas al comentar en particular el texto de la CAA.

25 OCSL Cart. n. 29, p. 671.

SOBRE EL TÍTULO

CAPITULO II

SOBRE EL TÍTULO

La Contemplación

Por Contemplación entiende San Ignacio una forma de oración, que consiste en dejarse impresionar internamente, en actitud de fe y amor, por el pasaje de la vida de Jesús que se propone. No exige solamente una actitud pasiva; es necesario disponerse, *“prepararla”*; supone un ambiente de paz interior, de respeto y reverencia, y en ocasiones, el ejercicio de meditaciones y consideraciones previas.

EE 228, 229,
215, 2.

EE 114.

EE 207.

San Ignacio la presenta como un elemento constitutivo de los Ejercicios; propone 58 contemplaciones, que distribuye a lo largo de la segunda, tercera y cuarta semana, ninguna de ellas en la primera.

EE 196, 1.

La contemplación es la actitud fundamental para el encuentro con Cristo, es también el ejercicio más importante y repetido del ejercitante ante la palabra de Dios. La mayor parte de todas esas contemplaciones son estrictamente evangélicas. Ante todo se contempla la persona de Jesús y lo demás en la medida en que se relaciona con Él.

San Ignacio usa de manera elástica la terminología: consideración, meditación, oración, contemplación. Dice, por ejemplo, que se puede contemplar el significado de cada palabra de una oración, o se refiere a la “*contemplación de los pecados*”, aunque de hecho no propone ninguna contemplación de ellos. En ocasiones parece que usa la palabra contemplación como sinónimo de meditación u oración.

- EE 249. EE 4. EE 261.
- EE 162.

Al decir San Ignacio, en la segunda semana, que se trata de “*cierta introducción y modo para mejor y más completamente contemplar*”, no se refiere a una contemplación que no tenga a Cristo ante los ojos, sino a verlo en todo, de modo que, por la frecuente contemplación el ejercitante pueda encontrar su propia manera de comunicación.

Como recapitulación en los Ejercicios

La Contemplación final recapitula y unifica todos los motivos para amar que a lo largo de los Ejercicios se hicieron una experiencia personal. Viene a fundir, en diálogo de amistad, el amor de Jesús por el ejercitante y el de éste a Jesucristo. No se queda solamente en un conocimiento teórico de verdades abstractas, sino que debe lle-

SOBRE EL TÍTULO

gar a ser un “*conocimiento interno*” es decir una experiencia interpersonal, existencial, que nace de lo más íntimo de la persona, del amor, y compromete a toda la persona en el seguimiento, la entrega y la acción. EE 231-234.

Significado de la palabra “*alcanzar*”

La palabra “alcanzar” la usa San Ignacio en el sentido de obtener; en el sentido de llegar a un determinado grado, partiendo de algo que ya se tiene. EE 63, 147. EE 213, 44.

Se pretende dar un paso más en el amor y de profundizar más en el conocimiento interno que lleva al amor. No es la fuerza del razonamiento la que lleva a la contemplación, sino la fuerza del amor.

Alcanzar se usa en el sentido pasivo de ser objeto de un amor cada vez más grande por parte de Dios; se pretende una toma de conciencia que permita descubrir el amor con que Dios nos ama “*desde antes de la creación del mundo*”, a lo largo de la Historia de la Salvación, y de nuestro propia historia. Es una serie de beneficios que tiene a Jesucristo como principio, como causa y como meta. Ef 1,4.

Aquí la expresión “Alcanzar Amor” tiene principalmente el sentido de respuesta y de entrega personal; se persigue llegar a corresponder, de alguna manera, al amor inmenso que Jesús nos ha mostrado a lo largo de la vida. EE 234.

La materia de la Contemplación

La materia de una contemplación suele ser más concreta que la de una meditación; suele ser más objetivable y menos temática. Se dice que se medita sobre la virtud de la humildad o la obediencia, pero no que se contempla la virtud de la obediencia o humildad. Se contempla al Señor pobre, obediente, humilde¹. Siempre suele ser algo que invita a una actitud de espectador absorto por lo que ve, oye o siente internamente. De ahí que la contemplación está muy ligada a la composición de lugar, y a la historia que se contempla.

EE 116, 134.

EE 47.

Aquí se contempla a Jesús conmigo, lo que ha hecho por mí, para mí y conmigo; pero no para quedarme en un egocentrismo; sino para proyectarlo en un cristocentrismo personal; lo que correspondería a la pregunta de la primera semana: “*¿qué debo hacer por Cristo?*”.

EE 53.

EE 91.

Puede contemplarse también lo que es fruto de la imaginación, pero que visualiza una verdad. No se trata tanto de reproducir una realidad histórica en sus detalles, sino de visualizar una verdad salvífica, por eso puede cambiar según las circunstancias de tiempo, lugar y personas.

El objeto central de las contemplaciones de los Ejercicios es siempre la persona de Nuestro Señor Jesucristo, su figura, su actitud, su actividad, su condición de Dios-encarnado, de Creador y Redentor, de Creador y Señor, de Rey eterno y Señor universal, etc. Su humildad, su pobreza, su amor y misericordia.

1 Cf OCSL *Deliberación sobre la pobreza*. p. 298.

SOBRE EL TÍTULO

La figura de Jesucristo ha dejado honda impresión en el corazón de Ignacio, y él quiere que se grabe, y cautive totalmente en el corazón del ejercitante. Para este fin nada más adecuado que la contemplación: poner al ejercitante directamente ante Jesucristo, ante su palabra, su vida, su obra; sin cargarlo de reflexiones. Se trata de ver; “*Ven y lo verás*”, de dejarse impresionar por la realidad misma, por la persona del Señor, y entrar en contacto directo con él. Todo lo demás se contempla en la medida en que está en relación con Jesucristo. “*Hay que observar* —dice el P. Iparraguirre— *que el centro de todas las contemplaciones es siempre Cristo. Aparece generalmente como sujeto principal de los tres puntos. Las demás personas o hechos los ve en relación con el Señor*”².

Jn 1,46.

Cf EE 5,15.

Si la CAA no es “*la excepción*” de los Ejercicios, San Ignacio, con el nombre de Contemplación dispone al ejercitante para que en ella busque y encuentre al Señor. En esa contemplación no se trata de imaginarse o representarse a Cristo en una forma particular. Se trata de ver, en su sentido más real, todas las cosas como signos del Amor. Se contemplan las cosas en cuanto son lugar de la presencia de Cristo y de su actividad salvífica, —creadora, conservadora, redentora, glorificadora— a la luz de la fe neotestamentaria, iluminados por la luz del resucitado, oculto y manifiesto al mismo tiempo en todas las cosas.

2 Vocabulario de Ejercicios Espirituales CIS, 1972.

Contemplar en la fe

EE 234. La CAA es la respuesta de toda la persona al misterio de la vida, del mundo y de su trascendencia. Es una respuesta que nace del significado cristocéntrico de todas las cosas, una intuición que lo abarca todo, incluyendo a la persona. La Contemplación no trata de una sistematización teológica, sino de una intuición mística del Santo que ve con nueva luz el mundo entero. Trata más de una conciencia que de una ciencia, de una experiencia que de una expresión inequívoca. La vivencia precede a la ciencia. Es una intuición mística que, impulsada y fundada en la fe, nos lleva más allá de lo que inmediatamente percibimos. Los datos empíricos no son la realidad última, ni toda la realidad, ni tampoco un muro o un abismo entre Cristo y el mundo, son el punto de contacto, el lugar y el momento en que somos buscados y encontrados por Jesucristo, y el sitio y el tiempo en que estamos llamados a buscarlo y encontrarlo.

Significado o interpretación

Lo que en la Contemplación nos preguntamos no es tanto qué son las cosas, ni cómo funcionan, sino más bien qué es lo que significan. La categoría de pensamiento no es el ser o el devenir, sino la significación: la capacidad de todas las cosas de ser signos de amor, y el Amor capaz de significarse en todo. Partiendo de las cosas mismas como signo, llegamos a la luz de la fe pascual, al secreto de su significado. Nada es insignificante cuando todo puede encerrar un secreto de amor,

SOBRE EL TÍTULO

cuando el Amor puede ocuparse de todo, estar en todo, y actuar en todo.

El problema no se pone en una distinción o separación, que se supone y existe entre el signo y el significado, ni tampoco se trata de definir, en sentido filosófico, los signos o las cosas, sino más bien se trata de interpretarlas. La Contemplación encierra un mensaje de procedencia, de compatibilidad, de presencia, de significado, de unión, de inmanencia; el mensaje es sobre Cristo Jesús que se encuentra en todas las cosas para dárseños, para nuestra comunicación con él.

No sólo el hombre está vivo, presente, real y concretamente histórico en el momento presente, sino que, de manera mucho más plena, Jesucristo resucitado está presente para el hombre, aunque imperceptible a los sentidos.

Ante el mundo, el ateo no se admira, no se abre al misterio de Dios, piensa que toda vida es un proceso natural de la materia. El creyente se admira ante el mundo y la vida; reconoce en ella la acción creadora y conservadora de Dios. El cristiano sabe que esa vida es efecto y participación de la Vida, natural y sobrenatural, temporal y eterna, y que por medio de Jesucristo, Dios vitaliza al universo continuamente. Jn 1,4s.

La contemplación se hace en un ambiente de fe en Dios que se revela y se entrega continuamente en Jesucristo. El objeto de la meditación es la acción actual de Cristo³.

³ Daniélou, J. (2006). *Los orígenes del cristianismo latino*. Madrid: Ediciones Cristiandad.

La finalidad de la Contemplación para Alcanzar Amor a Jesús

El amor es la primera de todas las virtudes. San Pablo le dedica un himno en la primera Epístola a los Corintios para hacernos caer en la cuenta 1 Co 1.13,1s.

Ante la contemplación que San Ignacio propone al fin de los Ejercicios y que solamente llama “*Contemplación para Alcanzar Amor*”, podemos plantearnos la pregunta: ¿De qué amor se trata? ¿Quién es el objeto de ese amor que San Ignacio quiere encender en el ejercitante? ¿Es el amor a Dios, en general, o podemos pensar que San Ignacio se refiere concretamente a Jesucristo? En caso afirmativo, ¿Por qué San Ignacio no nombra explícitamente a Jesucristo?

En la CAA se echa de menos el nombre de Jesús. Sólo una vez, refiriéndose a los bienes de redención, parece que piensa explícitamente en Jesucristo. Tampoco en el Principio y Fundamento se ha referido abierta y claramente a Jesucristo.

A primera vista la contemplación parece un poco impersonal. A lo largo de los escritos de Ignacio podemos notar su especial atractivo por los atributos divinos de Jesús; en los mismos Ejercicios, aun cuando puede usar el nombre de Jesús, prefiere referirse a Él por medio de títulos. No cabe duda que es especialmente sensible a la condición divina de Jesús. Es también notable advertir cómo usa circunloquios, según su estilo, cuando podría nombrar directamente a Jesús, según el nuestro.

SOBRE EL TÍTULO

Puede parecer que en la contemplación se trata de un amor a Dios sin especificación de personas, de su omnipresencia y acción universal, de un concepto de Dios de cuño griego, o, si se quiere, hebreo, pero no específicamente cristiano. Alguno podría pensar que la contemplación no presupone los Ejercicios, que la pueden hacer todos los que crean en Dios, aunque no crean en Jesucristo.

Algunos teólogos llegaron a pensar que la Contemplación podría tener por objeto a Dios sin distinción de personas, y que el amor en cuestión no es específicamente cristiano. Que podría pensarse en una contemplación de carácter ecuménico: que la podrían hacer tanto judíos como mahometanos o cualquier persona que acepte la existencia de Dios. De hecho el Santo estudió en París el tema de la presencia, actividad y participación de Dios, como atributos divinos, no específicamente cristológicos.

El P. J. Roothaan, General de la Compañía de Jesús (1829-1853), escribe a los Jesuitas que no se opone a la mentalidad de los Ejercicios la aplicación a Cristo de la CAA; lo que hace pensar que la mayoría de los expositores encontraban dificultad en hacer tal aplicación.

Y podemos afirmar que la aportación específica del Santo consiste en la aplicación directa a Jesús de Nazaret resucitado como lo podemos constatar a lo largo de sus escritos que es el objetivo de este trabajo. En la mente de Ignacio está claro que se refiere exclusivamente al amor de Dios manifestado en Jesucristo y comunicado a

PARA AMAR A JESÚS

los hombres por medio de su Espíritu. Particularmente en el segundo y tercer punto de la contemplación sobre la encarnación, en los Ejercicios, trata del amor que determina el descenso al mundo de la Segunda Persona de la Trinidad. Y el nacimiento lo vincula a la muerte, dado que toda la vida de Cristo tiene carácter redentor; dice: “*al cabo de tantos trabajos, de hambre y sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz*”.
EE 116. Y todo: encarnación, vida y muerte “*por mí*”.

Si se han contemplado las meditaciones de las distintas semanas de los Ejercicios nos podemos dar cuenta de que el amor de Dios se da no solo en los beneficios recibidos de orden natural, sino principalmente en el don que el Padre nos hace de su Hijo, por medio de su Espíritu, en el seno de la Iglesia y al servicio de los demás.

La contemplación está dentro de la dinámica del amor cada vez más grande y más comprometido con Jesucristo en los demás, en uno mismo y en el mundo; por lo tanto, que en cierto modo presupone las meditaciones anteriores y que se hace a la luz de Cristo resucitado, proyectando su imagen a todas las criaturas y descubriendo que todas tienen que ver con la condición humana que Dios, en Jesucristo y por Jesucristo, ha unido eternamente a Sí. Si no se piensa concretamente en Jesús, la Contemplación parece desintegrada, como una pieza que no encaja en el conjunto de los Ejercicios.

De cualquier manera, para entender a fondo lo que San Ignacio dice, es necesario moverse en un plano de fe específicamente cristiano y, más

SOBRE EL TÍTULO

aún, lo que en la Contemplación se medita es posible y real solamente por causa de Jesucristo. Se trata de una meditación plenamente cristiana⁴.

Esta meditación pretende poner en contacto directo al ejercitante con la Persona a quien ya se supone que ama; pero presentándole como en conjunto y en orden dinámico los motivos para amar. Todos estos motivos están en relación directa con el ejercitante: él es el sujeto amado por Dios y el que debe amar a Dios. Toda la Contemplación es un verdadero diálogo de amor de Dios y a Cristo. Se trata de llegar al significado último y más auténtico de los signos que Dios ha dado a lo largo de la Historia de la Salvación. En el “*tomad Señor*” de la CAA encuentra su expresión adecuada esta actitud de generosidad que va fraguando a lo largo de los Ejercicios. En esta entrega incondicional cristaliza el amor pedido continuamente en las contemplaciones de la segunda semana.

EE 234.

La CAA se ha de hacer en función y en el contexto de una situación espiritual determinada: a la que ha llegado el ejercitante a través de las cuatro semanas.

Ya desde el principio de los Ejercicios, San Ignacio quiere que “*el mismo Criador y Señor*”⁵, “*se comunique a la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle en adelante*”. Para San Ignacio EE 15.

⁴ Cf Rahner, K. (1971). *Meditaciones sobre los ejercicios de San Ignacio*. Madrid: Herder.

⁵ Cf Solano, J. (1956). *Jesucristo en las denominaciones divinas de San Ignacio*. Estudios Eclesiásticos 30.

PARA AMAR A JESÚS

cio es Jesucristo el que se comunica directamente con el ejercitante en esa empresa de seguirlo, por eso no quiere que el que da los Ejercicios mueva más a pobreza o a promesa alguna. Jesucristo es quien llena de amor al ejercitante, quien lo obra y lo hace posible, y quien lo dispone para servirlo y seguirlo en adelante. *“De manera que el que los da no se decante ni se incline a la una parte, ni a la otra, más, estando en medio como un peso, deje inmediatamente obrar al Criador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor”.*

- EE 95. EE 15. Al hablar de los tres tiempos para hacer sana y buena elección, San Ignacio hace referencia explícita a Jesucristo que mueve y atrae la voluntad para que se le siga, *“así como San Pablo y San Mateo lo hicieron en seguir a Cristo nuestro Señor”*. En la nota al tercer grado de humildad advierte que es Jesucristo quien elige al ejercitante para amarlo hasta ese grado; *“Pidiendo que el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera mayor y mejor humildad, para más le imitar y servir”*.
- EE 175. EE 168. EE 5. EE 98. EE 234. Y en la anotación quinta aconseja San Ignacio entrar a Ejercicios *“con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad”*. Esa entrega de todo el hombre, de toda su libertad y querer, se hace condicionadamente en la meditación del Rey temporal, e incondicionalmente, en la CAA.

Para Ignacio *“en todo amar y servir”* no son verbos sin complemento. Para él se trata de amar y servir en todo a Jesús, presente en todo y en

SOBRE EL TÍTULO

todos, particularmente en los más necesitados. Quiere que descubramos que la creación, la encarnación y la redención no son hechos del pasado, sino que todos y el mundo están llenos de su amor redentor y glorificador. El amor a cada uno le hace vivir en comunión con él. Jesús no ama solo a los judíos ni bendice a los que obedecen la ley. Tiene especial preferencia por los publicanos y pecadores, mujeres y niños, pobres y solos, desamparados y desesperados. Así es Dios, como Jesús, y por eso Jesús revela el modo de ser de Dios.

CAPITULO III

PRIMERA ADVERTENCIA

“Lo primero conviene advertir en dos cosas:

Texto de los
Ejercicios.
EE 230.

*La primera es que el amor se debe poner más en
las obras que en las palabras”.*

*“El que ha recibido mis mandamientos y los
guarda, ése es el que me ama”.* Textos bíblicos
relacionados.
Jn 14,21.

*“No amemos de palabra y de boca, sino con
obras y según la verdad”.* 1 Jn 3,18.

*“No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en
el reino de los cielos, sino el que haga la volun-
tad de mi Padre Celestial”.* Mt 7,21.

*“Un hombre tenía dos hijos. Acercándose al pri-
mero le dijo: Hijo, vete hoy a trabajar en la viña. Y
él respondió: No quiero, pero después se arrepintió
y fue. Y luego al segundo, le dijo lo mismo. Y él
respondió: Sí, Señor, y no fue. ¿Cuál de los dos*

PARA AMAR A JESÚS

Mt 21, 28-31. *hizo la voluntad del padre? -El primero, contestaron”.*

Esta advertencia, al principio de la Contemplación, parece un eco del Evangelio de San Juan:
Jn 14,21. *“El que ha recibido mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama”.*

El amor a Jesucristo es lo que impulsa al verdadero discípulo a guardar los mandamientos. Amor que no debe quedarse en sólo palabras o buenos deseos. *“Hijos míos —dice Juan— no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad”.*
1 Jn 3,18.

Ante la disyuntiva de optar por uno que dice que hará algo, y no lleva a cabo lo que dice, y otro que dice que no hará una cosa determinada, pero después se entrega a la acción, el Señor prefiere al segundo. Si suponemos un tercer hijo en la parábola de Mateo, que dice que irá a la viña, y cumple lo que dice, indudablemente que éste será el mejor. Porque el ideal es aquel que, siendo plenamente coherente consigo mismo, lleva a cabo el compromiso de su palabra.
Mt 21,23-31.

La amistad no consiste en puras emociones o sentimientos; tiene necesidad de medios concretos de expresión que la actualicen. *“No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre Celestial”.* En la acción, la amistad da pruebas de sí misma, en ella crece y se realiza como en su medio vital.
Mt 7,21.

Jn 14,21-23; 15,10;
1 Jn 3,18. Así como las palabras y las acciones del hombre y la mujer manifestan la verdad de su amor, así

PRIMERA ADVERTENCIA

también pueden llegar a comprender lo que Dios los ama por lo que Dios ha dicho en la Escritura y ha hecho en la Historia de su Salvación.

Conocimiento, amistad y acción son frutos del seguimiento personal a Jesucristo, así aparecen especialmente vinculados en el Evangelio de San Juan. En los Ejercicios de San Ignacio, en su espiritualidad, encontramos también los tres elementos estrechamente unidos. La relación de amistad con Dios y su carácter de reciprocidad y diálogo la aplica de manera especial a Jesucristo. San Ignacio, a diferencia de otros místicos, no es dado a pensar en Jesucristo como esposo de su alma; él vive su amor a Jesucristo en términos de amistad, de diálogo, de participación.

Cf Jn 15,14; 1,38.

EE 146.

EE 224; 54.

EE 54, 146, 231, 289.

El Amor expresado más en obras que en palabras

Las obras, por ser una realización concreta de la persona en su relación con los demás, son en sí mismas más elocuentes que las palabras. Las obras pueden ser ya un cumplimiento mientras que las palabras pueden ser un compromiso que no llega a la realización.

Las palabras se mueren en cuanto se pronuncian; lo que vive es el corazón. Lo que vale de la palabra no es tanto lo que se dice, sino el amor con que se dice. La palabra vale, lo mismo que la acción, en la medida en que expresa la opción fundamental de hombres y mujeres. Un monosílabo, un sí o un amén, pueden valer lo que vale toda la persona pero solamente en la medida en

que la expresan y la comprometen, en la medida en que la persona es coherente con su sí.

El amor a Jesucristo expresado con palabras y obras es algo más que un modo de proceder; es algo más que el servir a Jesucristo en los demás. Es estar unidos, es un modo de ser, existir, actuar y vivir. El amor transforma a toda la persona, no sólo sus actos. El amor es aquello que motiva y transforma todos los actos, porque ha transformado internamente a toda la persona. El amor a Jesucristo debe ser mucho más significativo, más trascendente, más comprometedor que un sentimiento pasajero. El amor a Jesucristo, en su plena expresión, es una opción fundamental ante Él¹ en el dinamismo y la unidad de quien cree en Él, espera en Él, y lo ama².

El amor a Jesucristo es el deseo y la opción de hacer de Él, efectivamente, el centro de la vida y el valor supremo. Es una opción que se puede expresar en un acto pasajero, o en palabras, pero que al mismo tiempo las trasciende. La experiencia del amor llega a ser plena cuando se explicita.

El cumplimiento de la voluntad divina como manifestación del amor a Jesucristo

EE 98. “*Cumplir en todo la voluntad de Jesucristo*” llega a ser para San Ignacio una santa obsesión, su más vivo deseo³, el sentido de su existencia y su trabajo apostólico.

1 Cf Alfaro J. (1973). *Cristología y Antropología*. Madrid: Ed. Cristiandad. p. 372.

2 Ibidem p. 375, 385, 475.

3 Cf Imitación de Cristo III, c.15.

PRIMERA ADVERTENCIA

Ignacio termina casi todas sus cartas deseando que la voluntad de Dios o de Jesucristo sea por todos sentida y cumplida enteramente. Este fin impone un método de búsqueda: el discernimiento, una actitud: la indiferencia, una opción fundamental: la elección como opción por Jesucristo y renuncia de todo cuanto a Él se oponga. Una jerarquía de valores: “*Tanto Cuanto*”, una norma concreta, de conducta viva y personal, la norma con que se juzgan todas las cosas es el mismo Jesucristo, su mayor servicio, alabanza y gloria, su voluntad que Él “*nos hace sentir*” o que manifiestan sus representantes.

El objetivo no es sólo cumplir su voluntad efectivamente, sino el que la cumplamos libremente y por amor.

San Ignacio se siente movido hacia una forma determinada de vida o de conducta en la medida en que ésta reproduzca la imagen de Jesucristo en línea de semejanza. Aunque sabe que ésta no es la única norma, ni se debe reducir a un mero mimetismo exterior.

La elección concreta: elección de vida que gira en torno al servicio apostólico es lo que aquí y ahora juzgo ser su mayor gloria, su voluntad, y, por eso, mi mayor realización y máximo bien. “*Dios quiere su gloria no para sí mismo, sino para nuestro bien*”⁴. Dios no es un egoísta ni un egocentrista en búsqueda de su propia gloria.

EE 23.

EE 28, 165, 139s.

Cf EE 135, 167, 214.

“*Deus quaerit suam gloriam non propter se, sed propter nos*”.

⁴ S. Th. IIa, IIae, q. 132.

SEGUNDA ADVERTENCIA

CAPITULO IV

SEGUNDA ADVERTENCIA

“El amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, o de lo que tiene o puede, y así por el contrario el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro”.

Texto de los
Ejercicios.

EE 231.

“Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor. No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”. 1 Jn 4,8.10.

Textos bíblicos
relacionados.

“Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes los llamo amigos,

PARA AMAR A JESÚS

Jn 15,15. *porque todo lo que he oído a mi Padre se los he dado a conocer”.*

Jn 15,13. *“Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”.*

Hch 20,35. *“Hay más alegría en dar que en recibir”.*

La amistad es un vínculo

Pertenece a la experiencia de amar el advertir que el amor se desarrolla y crece con el diálogo y la comunicación de las personas que se aman. Por eso advierte San Ignacio que el amor consiste en el diálogo y en la comunicación de las personas.

Gn 1,26; 1 Jn 4,8.
Mc 12,33; I Co 13,3s.

Con las cosas los seres humanos se relacionan porque las necesitan y las utilizan; con las personas pueden relacionarse por amor y para amar. El amor es lo que más expresa a la persona. El hombre y la mujer son amor y se realizan amando; por esto principalmente, están hechos a imagen y semejanza de Dios, que es amor. Por eso el primero de los mandamientos reclama el amor del hombre. Sin amor hasta los actos aparentemente más heroicos carecen de valor. Es de notar que San Ignacio usa aquí la palabra “amor” en lugar de la palabra caridad para darle a la Contemplación un carácter más personal y particular.

La persona es pregunta y se realiza preguntando. Es respuesta y se realiza respondiendo. Es acogida y se realiza abriéndose a los demás. Es entrega y se realiza entregándose. Porque el hombre es un conjunto de relaciones y se realiza relacio-

SEGUNDA ADVERTENCIA

nándose; su origen, su desarrollo y su fin se dan en un conjunto de relaciones interpersonales.

Dar y darse es el sentido de la vida del hombre. Y dar y darse a Jesucristo es el sentido de la vida de un cristiano consciente de que el centro de su afectividad, de su religiosidad y de su acción es Jesús.

La comunicación de las dos personas es elemento esencial en la amistad, en el amor. Este hecho, tomado de la reciprocidad en la amistad, establece sus exigencias. El ejercitante debe comprender no sólo que todo es signo y manifestación del amor de Jesucristo, sino también que todo le ha de servir para manifestar su amor a Jesucristo. Debe responder en los mismos términos en que se le plantea la pregunta.

Cada uno puede dar más de cuanto se puede esperar de él, y aun el más pequeño don puede ser expresión de la persona entera.

Es característico de la espiritualidad de San Ignacio el concebir su relación con Jesús en términos de amistad. Le entusiasma especialmente el seguir a Jesús como un compañero. Él, “*conmigo*”, el estar con Él, de la meditación del “*Rey Temporal*”, es el argumento decisivo para comprometerse perpetuamente en su obra. Es también el premio ya empezado a gustar desde ahora. La satisfacción de imitarlo es la recompensa de cualquier trabajo, por difícil que sea. Sólo el amor justifica el tercer grado de humildad, aquel del que elige “*pobreza con Cristo pobre... oprobios con Cristo lleno de ellos, ser estimado por vano*

EE 95, 135, 167.

y loco por Cristo para más imitarlo y seguirlo, si igual o mayor alabanza fuere de su divina majestad". Es lo único que explica el tercer grado de humildad. El temor al pecado no es el valor principal de la vida cristiana, ni santifica a nadie. Lo que vincula a Jesucristo es el amor a él, el servicio apostólico a los demás. No es ningún sano principio de vida espiritual suponer que Dios se complace en la mayor abnegación del hombre: como sufrimiento, sumisión, pobreza, soledad, celibato, enfermedad. La vida de Jesús es un criterio de vida para todos, pero no por las circunstancias particulares y la forma externa de afrontarlas sino por sus actitudes interiores. Siempre hay lugar para el discernimiento que pertenece a la naturaleza cambiante de la historia, a la acción del Espíritu y a las particularidades de la persona.

San Ignacio no duda en dar el nombre de "*Compañía de Jesús*" al grupo de primeros jesuitas, ya que tiene a Jesús como Prepósito y Cabeza y que a Él solo quieren servir¹.

Aquel texto de Juan: "*A ustedes los he llamado amigos*", parece haber dejado en San Ignacio una huella muy profunda; lo ha caracterizado. A Jesucristo resucitado lo contempla como un auténtico amigo: "*mirar el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros*". Sin embargo no concibe la amistad con Jesucristo como una amistad entre iguales; nunca pierde de vista que Jesucristo es Dios; le impresionan muy espe-

1 MI, FN I, 204; Cf OCSL Const. 3^{ra} nota a pie de pag. p. 416.

SEGUNDA ADVERTENCIA

cialmente sus atributos divinos, sobre todo cuando los compara con sus limitaciones humanas. EE 58, 59.

A Jesús lo llama “*Su infinita bondad*”, a sí mismo “*pobre en bondad*”², a Jesús se refiere llamándolo “*Criador y Señor*”, a sí mismo se entiende como “*criatura y siervo*”.

Le entusiasma especialmente el estar con Cristo y bajo su bandera. Esto se lo pide a la Virgen como una gracia y lo va a desear siempre para toda la Compañía, incluyendo esta expresión en la fórmula del Instituto³.

La meditación, la contemplación y todo tipo de oración cuya mejor expresión es el coloquio, la concibe San Ignacio en términos de amistad. “*El coloquio se hace propiamente hablando así como un amigo habla a otro, o un siervo a su señor, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas y pidiendo consejo en ellas*”.

San Ignacio quiere que el ejercitante se sienta personalmente llamado a una particular amistad con Jesucristo.

La iniciativa de esta amistad es de Jesús. Esto quedó especialmente claro en la meditación del Rey temporal. “*Ver a Cristo nuestro Señor, rey eterno, y delante de todo el universo mundo, al cual y a cada uno llama y dice: mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos*” etc. Lo cual exige también una respuesta personal: “*Considerar que todos los que tuvieren juicio* EE 95.

² Cf OCSL Cartas n. 2, 6, p. 615.

³ MI, FN I 15-22; OCSL Const. n. 3, p. 410.

PARA AMAR A JESÚS

- EE 96. *y razón ofrecerán sus personas al trabajo*”, “*y si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto EE 94. sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero*”.

San Ignacio hace notar la condición de amigos con que Jesús distingue a todos los que envía a la tal jornada de la misión de vencer al enemigo y EE 146. cooperar con Jesús en la obra salvífica. Después de los Ejercicios de las semanas precedentes, el ejercitante se siente muy cerca de Jesucristo como persona y sabe que está llamado a entablar con Él relaciones cada vez más profundas y transformadoras de sí mismo y del mundo.

El amor amigable a Jesucristo que propone Ignacio no se queda solamente en un amor nostálgico al Cristo desaparecido, que durante su vida temporal trató a sus discípulos como amigos. Es un amor dirigido a ese mismo Jesús, ahora resucitado, que se revela y se comunica en su condición de Dios encarnado y que se presenta trascendiendo la historia, el espacio y el tiempo; un amor en términos de amistad humana que descubre a Jesús en la condición histórica y espacial.

Un amor a Jesucristo que debe proyectarse a todos los hombres, porque todos⁴ y cada uno valen la sangre y vida de Cristo.

La relación de “amigos de Jesús” que tenían los Jn 15, 14. discípulos debe traducirse a una espiritualidad de amistad con Cristo y esa debe ser el modelo de vida común para toda la Compañía de Jesús como lo fue para los primeros jesuitas que se ca-

⁴ Cf MI, Epp. 1, 99; OCSL Cart. n. 35, p. 687.

SEGUNDA ADVERTENCIA

racterizaban por ser “*amigos en el Señor*”, como los denominó el P. J. Osuna en su libro que tituló “*Amigos en el Señor*”.

La relación interpersonal con Jesucristo y connotaciones trinitarias

El hombre puede entablar con Jesucristo una relación de amistad en cuanto es persona y se siente tratado por Él como persona.

El hombre llega al más alto grado de su espiritualidad en su autodonación libre. Por eso está llamado a alcanzar su plenitud, mediante el ejercicio de su libertad en su ser para otro. La comunión con Jesucristo no es sólo una esperanza; por su aceptación de Dios manifestada en la fe en Jesús entra ya actualmente en una relación con Él, de persona a persona, de conocimiento, amor EE 53, 104, 167. y confianza mutua.

El sentirnos llamados internamente a una amistad personal con Jesús es el principio de un proceso que consiste en centrar en Él lo que hay de más personal y más íntimo en nuestra existencia: el amor. Esto lo leía devotamente San Ignacio en la Imitación de Cristo y quiere que lo lea también ahora el ejercitante⁵. En la opción libre por el amor a Jesucristo, el hombre llega a su más profunda autoposesión y autodonación; ésta es la más alta expresión de su persona; porque nunca se posee el hombre más auténticamente que cuando se da por amor. Y cuando se olvida de sí

⁵ Imitación de Cristo. Lib. II Cap. 8. “*De la familiar amistad con Jesús*”.

PARA AMAR A JESÚS

entonces más se realiza; por eso, quien se da por amor es quien verdaderamente se posee.

Así se da esta mutua donación personal del hombre en su situación actual y de Jesucristo resucitado presente en la intimidad del hombre y del mundo.

Jn 17,23. Jesús habló de una mutua presencia como fruto del amor: “*yo en ellos y tú en mí*”.

El amor es el más excelente efecto de la presencia de Jesús en el hombre; en él llega la relación personal a su más alto grado de conciencia y libertad, autodonación y expresión.

La gracia se puede concebir como una donación personal de Jesús al hombre. Puesto que en Dios no hay otro ser personal que la persona del Padre, del Hijo y de su Espíritu Santo, no es posible otra donación personal de Dios que la de las personas divinas. El Padre que se nos da en el Hijo y por el Hijo, y el Hijo que se nos da por la donación de su Espíritu, cuya función es hacer presente a Cristo en nosotros⁶.

El término de nuestra relación personal con Dios es la relación que aquí llamamos amistad con Jesús, y por Él y en Él, con la Trinidad. Dios es trinitario en su autodonación a los hombres, y es trinitario desde la eternidad, en cuanto esta autodonación brota de su ser máximo y de lo más profundo de su corazón. Es precisamente en la historia donde se manifiesta la plenitud del Ser Divino como Padre, Hijo y Espíritu Santo. El

⁶ Alfaro J. (1973). *Cristología y Antropología*. Madrid: Ed. Cristiandad, p. 77.

SEGUNDA ADVERTENCIA

Padre no se pierde o diluye en el Hijo, y el Hijo no se diluye en la historia, sino por el contrario los encontramos plenamente presentes en medio de nosotros y del mundo, por el Espíritu. Dios Padre y Cristo están presentes en el Espíritu, modesto y discreto de la vida ordinaria.

La plenitud del don de Dios a los hombres hecha en Jesucristo y por Jesucristo no tiene un significado que se reduzca solamente a la historia de Jesús. Dios se sigue dando a los hombres y al mundo, en Jesucristo y por Jesucristo; no tiene mejor manera, ni otra manera de darse que como se nos ha dado. No es justo pues, que nosotros busquemos a Dios como el absolutamente trascendente; como si jamás hubiera entrado en nuestra historia, como si nuestra condición humana fuera ajena a su condición divina, como si nuestros padecimientos no tuvieran nada que ver con lo que Él sufrió.

La encarnación no puede ser un momento de presencia y luego de abandono. La encarnación es aceptación, opción, presencia y acción salvífica de toda la realidad creada, y la redención — muerte y resurrección — es entrega y transformación escatológica de esa misma realidad creada.

Si desde el principio Dios hizo al hombre capaz de estar en su presencia, fue porque luego Él iba a hacerse presente para el hombre y porque continuaría siendo el que está presente en el mundo, en la historia, en los demás, en la Eucaristía.

La plenitud de la comunicación de amistad con Jesucristo no está tanto en que el hombre dé lo

que tiene, sino en que dé lo que él es. En la auto-donación personal, libre y hecha por amor. Auto-donación que no es un autodespojo, sino autoentrega amorosa hecha en la intimidad de un yo para un tú personal, concreto y ubicado.

Hablar de amistad con Cristo es solamente una forma de una realidad mucho más honda y vital: la relación de amor a Dios sobre todas las cosas que se revela y se da en Jesucristo y en Él quiere nuestra respuesta.

Desde que el ejercitante alcanza ese conocimiento interno de la comunicación interpersonal y continua de su comunión con Jesucristo y de su estar presente y activo en el hombre y en el mundo, ha perdido todo derecho a sentirse internamente solo.

N.B. Es la donación de las tres personas que corresponde a lo que Dios es. La presencia de cada una de las personas en el hombre tiene lugar según la relación mutua intratrinitaria. Se nos da el Padre por Jesucristo resucitado y se nos dan ambos a través de su Espíritu.

El “*Magis*” en el amor a Jesucristo

San Ignacio es el hombre del “magis”, especialmente en el amor. A lo largo de la segunda semana y con la segunda adición se pone de manifiesto que lo único que se busca es un amor creciente: “*conocimiento interno de Nuestro Señor Jesucristo para más amarlo*” y, amándolo más, estar más dispuesto a servirlo y seguirlo. El amor va creciendo en cada meditación con la intimidad en el trato: “*como si presente me hallase*”, en cada uno

EE 130.

EE 95, 104, 130.

EE 114.

SEGUNDA ADVERTENCIA

de los misterios de la vida del Señor. En la tercera semana llega a sentir como propias las penas de la pasión, y las alegrías de la Resurrección, en la cuarta.

EE 48, 203, 206,
221, 229.

En la contemplación del nacimiento se capta a sí mismo como un “*pobrecito y esclavito indigo que trata de servirles en sus necesidades, con todo acatamiento y reverencia posible*”. Se trata aquí de esa actitud de crecido amor que lo lleva a ofrecerse a lo más difícil. Se ofrece y se entrega a Jesús y lo ama por encima de todas las cosas.

EE 114.

EE 98, 165, 166,
167.

San Ignacio capta su vida, y la de todo cristiano, como un seguimiento de Jesús, y quiere señalarse en seguirlo en la pena. Sabe que quien empieza en esta vida a seguir a Jesucristo llegará a seguirlo eternamente en la gloria. Es un amor que ve en Jesús la norma última de conducta personal. Al hablar de distribución de limosnas San Ignacio insiste en aquello que “*más nos acercare a nuestro Sumo Pontífice, dechado y regla nuestra, que es Cristo, nuestro Señor*”.

EE 95, 109, 130.

EE 95.

EE 244.

No quiere que las Constituciones obliguen bajo pecado, sino que sea sólo el amor, y precisamente el amor a Jesucristo, lo que mueva a sus compañeros; “*y en lugar del temor de la ofensa suceda el amor y deseo de toda perfección y de que mayor gloria y alabanza de Cristo nuestro Creador y Señor se siga*”⁷.

A Daniel Paeybrock le dice: “*Estáis tan estrechamente vinculado a la gloria de Jesucristo, Señor*

⁷ OCSL Const. n. 602, p. 542.

*nuestro, cuyo amor es justo sea la fuerza que conserve y una esta Compañía*⁸.

El amor que le tiene a Jesucristo hace que, en EE 135, 167. todo y cada vez más, quiera imitarlo, hasta en los detalles más insignificantes. Al principio de su conversión, nos dice en la autobiografía: “*Él tenía por costumbre de hablar a cualquier persona que fuese, por vos, tenía esta devoción, que así hablaban Cristo y los apóstoles*”⁹.

EE 214. En la quinta regla para ordenarse en el comer, en los Ejercicios, aparece otra vez Jesús como el modelo más concreto de acción: “*mientras la persona come, considere como que ve a Cristo nuestro Señor comer con sus apóstoles, y cómo bebe, y cómo mira, y cómo habla, y procure de imitarle*”. Es el amor lo que mueve al Santo a imitar a Jesús en todo y a ofrecerse a lo más difícil. Precisamente por su gran amor a Jesucristo se siente movido a entregarse prudentemente.

En el vocabulario del Santo la palabra discreción es de suma importancia. Puede significar: distinguir, discernir, subordinar, y así la aplica a los estudios y al descanso, a la vida espiritual que debe conjugarse con el trabajo y el reposo. En este caso, discreción significaría sana proporción en el trabajo apostólico y en la atención a la salud personal.

El que ama debe amar prudentemente para que el amor perdure. El amor es la fuerza que mueve;

8 MI, Epp. 234, p. 659; OCSL Cart. n. 41, p. 706.

9 OCSL Autob. n. 52, p. 116.

SEGUNDA ADVERTENCIA

la discreción¹⁰, el modo de ponerlo en práctica. La expresión “*discreta caritas*” que podemos traducir por amor prudente aparece cuatro veces en las Constituciones¹¹ y más de veinte veces en las epístolas del Santo.

El amor discreto es la forma de amar más dura-
dera, eficaz y auténtica. Por eso ruega San Ignacio. “*Denos el Señor la lumbre de la santa discre-
ción, para que de las cosas creadas usemos con la
luz del Criador*”¹².

“*Revestirse de Jesucristo*”, en San Pablo, y el “*ves-
tirse de su vestidura y librea*”¹³ en San Ignacio,
son manifestaciones de la opción fundamental
nacida del más grande amor a Jesucristo.

Ga 3,27;
Cf Col 3,10;
Rm 8,29.

Reproducir la imagen de Jesucristo como fin
de la existencia humana e imitar en todo a Jesu-
cristo¹⁴, son expresiones paralelas que ponen de
manifiesto la referencia existencial del hombre a
Cristo.

Rm 8,29;
EE 109.

10 OCSL Const. n. 287, n. 298, n. 341, pp. 477, 479, 490; Cart. n. 12, p. 774.

11 OCSL Const. n. 209, 237, 269 y 582.

12 MI, Epp. II. 375; OCSL Cart. n. 167, p. 949.

13 MI, Epp. I. 298; OCSL Const. n. 101, p. 437. Cf Diario Esp. n. 95, p. 345; Cart. n. 25 p. 663.

14 MI, Epp. I, 86; OCSL Const. n. 101, p. 437.

CAPITULO V

LA COMPOSICIÓN DE LUGAR

“El primer preámbulo es composición, que es aquí ver cómo estoy delante de Dios nuestro Señor, de los ángeles, de los santos interpelantes por mí”.

“Yo les aseguro: verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre”. Jn 1,51.

“Jesús está siempre vivo para interceder en nuestro favor”. Hb 1,25.

“Convenía, en verdad, que Aquél por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación”. Hb 2,10.

La composición de lugar

- San Ignacio se ha dirigido ya a Jesucristo en un marco de gloria semejante al que ahora nos presenta. A Él hace oblación total de sí mismo diciendo: *“Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita bondad, y delante de vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial”* etc. En esa misma meditación presenta a Jesucristo *“Rey eterno, y delante del universo mundo”*, con la voluntad clara de llevarlo todo al Padre por medio de sí mismo; y todo el fin temporal y eterno del hombre lo ve realizado en ese *“venir conmigo porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria”*. Lo que leemos en la primera epístola de San Pedro: *“Alérgrense en la medida en que participen de los sufrimientos de Cristo, para que también se alegren alborozados en la revelación de su gloria”*.
- EE 98. EE 95. 1 P 4,13.

El ejercitante debe situarse acá abajo, pero muy ligado a la gloria que Jesucristo recibe allá arriba. Su tarea debe ser procurar que Jesucristo sea conocido, servido, glorificado y alabado también en el mundo¹.

- Todos los ángeles y santos están rogando en favor del ejercitante. La intercesión de los santos y ángeles estará seguramente muy ligada a la petición que se explícita al pedir *“conocimiento interno para en todo amar y servir”*.
- EE 233.

¹ MHSI, FN. 1,22; MI, Const. 2,44s; MI, Epp. 1, 628; OCSL n. 40, p. 705. MI, Const. 2,714; MI, Epp. 5, 419; MI, Epp. 1,510; OCSL Const. n. 813; n. 35, p. 689.

LA COMPOSICIÓN DE LUGAR

Interceden: los ángeles, los santos y todas las EE 60. criaturas.

La dinámica de la intercesión es todavía más clara en el triple coloquio: Al Hijo por la Madre; EE 63. y al Padre por su Hijo.

Jesús está siempre vivo para interceder en nuestro favor. Hb 7,25.

Lo que se pide al Padre en nombre de Jesús, se alcanza con seguridad, si es conforme al corazón de Dios. *“Y todo lo que pidan en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me piden algo en mi nombre, yo lo haré”.* Jn 14,13.14; 15,16; 16,23.24.

La composición de lugar consiste en “*ver cómo estoy delante de Dios Nuestro Señor, de los ángeles y santos que interceden por mí*”. Esta composición de lugar recuerda la oblación hecha al “*Eterno Señor de todas las cosas*”, cuando se tenía delante a la Madre Gloriosa y a todos los santos y santas EE 98. de la corte celestial.

Llama la atención que la Composición de lugar, o primer preámbulo, no sea contemplar a Cristo presente en la historia de cada persona, o en la Historia de la Salvación, y encontrarlo activo, inteligente, libre, afectuoso y misericordioso como se contempló a lo largo de los Ejercicios. Ahora el centro de la Contemplación “soy yo” y toda la corte celestial; ángeles y santos intercediendo EE 232. “por mí”.

Para San Ignacio esta composición de lugar es un símbolo de una verdad cristiana: que estamos siempre ante Dios y ante Cristo como también

PARA AMAR A JESÚS

ante la Virgen María y ante todos los ángeles y santos que tienen que ver conmigo e interceden por mí.

EE 63. Para San Ignacio esta visión de Jesús junto al Padre y la Virgen intercediendo por nosotros encierra una verdad espiritual que perdura a lo largo de la historia humana.

Este símbolo suscita un comportamiento, un modo de vivir, agradecido, admirado, maravillado. En este ambiente se desarrollará toda la CAA.

CAPITULO VI

LA PETICIÓN

“Será aquí pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad”.

Texto de los Ejercicios.

EE 233.

“Si ustedes, siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más su Padre que está en los cielos, les dará cosas buenas a los que se las pidan?”

Textos bíblicos relacionados.

Mt 7,11.

“Estando ustedes arraigados y cimentados en el amor, que sean capaces de comprender cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento”

“Y este es el testimonio: Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. 1 Jn 5,11.

PARA AMAR A JESÚS

Rm 8,32. *“El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él gratuitamente todas las cosas?”*

Jn 17,23. *“Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí”.*

Conocimiento interno para el amor y el servicio

San Ignacio quiere que el ejercitante pida conocimiento interno de tanto bien recibido, es decir, conocimiento interno de Aquel que da los bienes. No tendría sentido un conocimiento del don para quedarse en él; en realidad conocemos un regalo, en cuanto tal, en la medida en que lo relacionamos con quien lo hace, en la medida en que es expresión del afecto y de la persona que lo hace. En carta a Isabel Roser de 1532 le dice: *“Dios nuestro Señor nos obliga a mirar al dador (más) que al don para siempre tenerle delante de nuestros ojos en nuestra ánima y en nuestras entrañas”*¹. Se trata, pues, de un reconocimiento de Aquel de quien procede tanto bien para nosotros, de manera que pueda *“en todo”* amar y servir a su divina majestad. En la segunda, tercera y cuarta semana se pide *“más amar”* a Jesucristo², en esta contemplación se pide *“amar, en todo”*.

EE 104. Llama la atención la semejanza de esta petición con la petición de la segunda semana: *“Demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga”*, y

1 MI, Epp 1,83-88; OCSL Cart. n. 3, p. 618.

2 OCSL Ejer. Esp. n. 104, p. 221.

más adelante dice: “*esta misma oración preparatoria, sin mudarla, se ha de hacer en esta semana y en las otras siguientes, mudando la forma, según la materia*” que se contempla. A esto obedece la EE 105. ligera variación que ahora introduce San Ignacio. Además quiere que el ejercitante, al despertarse, “*Recuerde la contemplación que debe hacer, deseando más conocer el Verbo eterno encarnado, EE 130. para más le servir y seguir*”³.

Amor, seguimiento y servicio están estrechamente vinculados en el pensamiento de Ignacio; son distintas expresiones de una realidad fundamental que debe ser una actitud habitual: el amor. La persona a quien se propone seguir y servir es siempre Jesús, y quiere que “*a Él vaya encaminado todo el peso del amor nuestro*”⁴. La manera como nos es dado amar, seguir y servir a Dios es amando, siguiendo y sirviendo a Jesús⁵.

El calificativo que San Ignacio da al conocimiento: “*conocimiento interno*”, “*enteramente reconociendo*” hace pensar en una auténtica experiencia existencial del amor de Dios manifestado y actualizado en Cristo, y experimentado a lo largo de los Ejercicios. Jesucristo es el término absoluto, recapitulador y último del amor del Padre⁶, Él es el Hijo amado y en Él todos los hombres y el mundo. Para el cristiano creer, esperar y amar a Dios es creer, esperar y amar a Cristo. Dirigiendo su amor a Cristo dirige su amor a Dios.

³ OCSL p. 130.

⁴ MI, Epp. 1, 514; OCSL n. 36, p. 690.

⁵ Cf Alfaro, J. (1973). *Cristología y Antropología*. Madrid: Ed. Cristiandad, pp. 434, 454, 462.

⁶ Ibidem p. 45s.

El conocimiento interno corresponde al que pide San Pablo para conocer el inabarcable amor a Cristo y saber cual es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del inabarcable e infinito amor de Cristo. El amor de Cristo excede todo conocimiento.

Ef 3,17-19.

EE 104. En la petición de la segunda semana la dinámica de un amor creciente a Jesucristo está expresada en el “más” —*magis*— y en la idea de cambio, seguimiento y compañía; la petición de la CAA sugiere la idea de fin, de plenitud, de proyección. El amor a Jesucristo, unifica y conduce a la persona en el amor al mundo y, sin dividir el corazón, hace amar a Jesucristo “*en todo*”. En esta petición hay una evidente referencia a las criaturas que no se encuentra en las peticiones de las semanas precedentes. En este aspecto, la CAA da una visión que no tienen las anteriores⁷. El hombre no se pierde con la diversidad de los seres con que se encuentra en el mundo, ni con sus valores, sino que los integra y se integra a sí mismo integrando su amor. Mientras más motivos encuentra en las personas y en las cosas para amarlas, tanto más ama a Jesucristo; porque ha aprendido a hallar a Jesucristo en los demás y en todo.

San Ignacio usa en sus cartas diversas fórmulas de saludo y despedida, algunas son como éstas: “*Muy amado en Cristo, etc.*” o “*todo vuestro y siempre en el Señor nuestro...*”⁸. en ellas se puede ver

7 Diez A. (1951). *La Contemplación en la dinámica espiritual de los ejercicios de San Ignacio*. Manresa.

8 OCSL Cartas nn. 78, 87, 111, 73, 15, 20, 36, 41, 42, etc.

LA PETICIÓN

la relación integradora del afecto con que se dirige a cada persona en su amor a Jesucristo.

El mejor comentario de la petición de este ejercicio lo hace San Ignacio en las Constituciones: *“Todos se esfuerzen de tener la intención recta⁹, no solamente acerca del estado de su vida, pero aun de todas cosas particulares, siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer a la divina Bondad por Sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas ni esperanza de premios, aunque desto deben también ayudarse, y sean exhortados a menudo a buscar en todas las cosas a Dios nuestro Señor, apartando, cuanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de las, a Él en todas amando y a todas en Él, conforme a la su santísima y divina voluntad”¹⁰.* De tal manera que nada debe quedar al margen del amor a Jesucristo; de la misma manera que nada queda al margen del amor de Jesucristo.

“Llamo consolación —dice el Santo— cuando en el ánima se causa alguna moción interior, con la cual viene el ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor, y consecuente cuando ninguna cosa criada sobre el haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Creador de todas ellas”. En el fondo no se trata de “*no amar en sí*”, sino de amar por rectos motivos, sin dividir el corazón y según la

EE 316.

⁹ La intención recta consiste, para San Ignacio, en no buscar los propios intereses, sino los de Cristo: *“Todos rectifiquen su intención, de modo que totalmente busquen no sus intereses, sino los de Jesucristo”* M.I. III, 542; OCSL Cart. n. 69, p. 772.

¹⁰ OCSL Const. n. 288, p. 477; Cf Const. n. 602 p. 542.

PARA AMAR A JESÚS

Cf EE 23. “*norma del Tanto Cuanto*” aplicada al amor de las criaturas.

El ver a Cristo reflejado en las personas y en todas las cosas era para San Ignacio un gran valor; es el objetivo de esta última contemplación de los Ejercicios, y por contraposición fomentaba un desprecio de las cosas en sí mismas cuando no se las ve en Cristo. De esta espiritualidad está impregnado el libro de la Imitación de Cristo, al que fue tan afecto San Ignacio. Dice, por ejemplo: “*El que haya a Jesús haya un buen tesoro y de verdad bueno sobre todo bien y el que pierde a Jesús pierde muy mucho y más que todo el mundo*”¹¹.

El Vaticano Segundo, siguiendo más fielmente Mt 25,31s. el espíritu del Evangelio, nos invita a valorar las realidades terrenas y temporales, y a valorar las cosas y a las personas en sí mismas, sin encontrar ni hacer ninguna contraposición, sabiendo que la realidad humana y temporal es lo que el Señor ha hecho suyo para siempre por su encarnación y resurrección¹².

El conocimiento y el amor a Jesucristo es el clima indispensable en que se ha de realizar un auténtico discernimiento, tanto para elegir lo que más nos ayuda a crecer en el amor, en el seguimiento y en el servicio, como para desechar lo que estorba. En una carta escrita los primeros meses de 1548, dice Ignacio: “*Quiera Jesucristo, cuyo conocimiento nos hace conocer y menos-*

11 Kempis. *De la imitación de Cristo y menosprecio del mundo*. Cap. 8,2.

12 15 b. G.E. Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, 7 Dic. 1965, y L.G. n.36.

LA PETICIÓN

preciar todas cosas que no ayudan para servirle y amarle, que Él se haga más cada día conocer y sentir... para que cuanto más le gustare, tanto más disgusto tenga en todo lo que no es Él, o se ama y toma por Él”¹³.

El amor a Jesucristo sobre todas las cosas es el objetivo por alcanzar de aquel que realmente quiere “*morir al mundo y al amor propio*” para “*vivir a Cristo nuestro Señor solamente, teniendo a Él en lugar de padres y hermanos y de todas las cosas*”¹⁴.

La vida en la Compañía de Jesús la concibe San Ignacio como un vivir a Cristo nuestro Señor solamente amándolo sobre todas las cosas y personas, con un continuo crecimiento en su amor y en su gracia¹⁵. El apartar, cuanto es posible, el amor de todas las criaturas es solamente “*para ponerlo en el Creador de ellas*”¹⁶, integrándolo y proyectándolo en el amor a Jesucristo. “*La interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones ha de ser el principio vital de todas las acciones*”.

La vida de pobreza, castidad y obediencia la concibe como un vínculo especial con Cristo y por eso dice que “*los novicios escolares deben hacer sus votos y ligarse con Cristo nuestro Señor*”¹⁷. Y de esa manera podrán más identificarse y seguir a Jesucristo. Lo que San Pablo llama confi- Rm 8,29. gurarse con Cristo o reproducir su imagen.

13 MI, 1, 705.

14 OCSL Const. n. 61, p. 428.

15 Cf forma común de comenzar sus cartas.

16 OCSL Const. n. 288, p. 477.

17 OCSL Const. n. 544, p. 528.

La vida de comunidad en la mente de San Ignacio trata de reproducir la vida de los apóstoles, donde la cabeza era Jesucristo; por eso el superior debe ser estimado y reproducir la imagen de Jesucristo para su grupo apostólico¹⁸. De ahí que los súbditos deban procurar proceder más por amor a sus superiores, a quienes tienen en lugar de Cristo, que por temor, y el superior ha de procurar más el amor de sus súbditos que el hacerse temer¹⁹.

La vida de obediencia en la Compañía se vive “*por amor y reverencia*” de Cristo nuestro Señor²⁰, pero impregnada y en función del mayor servicio apostólico. Y no solo la vida consagrada por los votos sino la orden misma nacía y debía regirse por ese propósito²¹. Y esta razón apostólica es la que justifica y exige la renovación de la Compañía de Jesús. No nos comprometemos a seguir a Jesucristo de la misma manera que nuestros antepasados. Vivimos tiempos diferentes; ahora debemos seguirlo atendiendo a tiempos, lugares, personas y circunstancias diferentes²².

Dar gusto a Cristo

Es notable en San Ignacio su afición por darle gusto a Jesucristo. Esa afición la quiere comunicar al ejercitante y en muchas ocasiones se refiere a Jesucristo llamándolo su Divina Majestad. Esto se nota desde antes de iniciar los Ejercicios.

18 Casanovas. *Vida de San Ignacio*. p. 249; Osuna, J. (1998). *Amigos en el señor*. España: Salterae.

19 OCSL Const. n. 667, p. 560.

20 OCSL Const. n. 547.

21 OCSL Const. n. 2, 3.

22 Vat II n. 44-45.

LA PETICIÓN

“Al que recibe los ejercicios mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor ofreciéndole todo su querer y libertad para que su Divina Majestad así de su persona, como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad”. EE 5.

Y encontramos esta misma constante a lo largo de casi todos los Ejercicios. En ellos ocasionalmente San Ignacio ve a Jesucristo como un rey que invita a sus súbditos a cumplir su voluntad. EE 95.

Los buenos súbditos se ofrecen a su vez en obla-
ción al Rey Eternal, con la condición de que así
lo quiera su Santísima Majestad. Pero antes de EE 98.
hacer esta oblación, puede ser que haya necesi-
dad de allanar el camino, de quitar obstáculos:
*“si la tal ánima está inclinada y afectada a una
cosa desordenadamente, muy conveniente es... ve-
nir al contrario... pidiendo a Dios nuestro Señor
el contrario, es a saber que ni quiere el tal oficio
o beneficio ni otra cosa alguna, si su Divina Ma-
jestad ordenando sus deseos, no le mudare su afec- EE 16.
ción primera”.*

Ignacio emplea muchos argumentos para mo-
tivar al cumplimiento de la voluntad de Cristo,
sin olvidarse del término *“su Divina Majestad”*,
aunque a veces con pequeñas variantes:

*“Tanto más aprovechará, cuanto más se apartare
de amigos y conocidos y de toda solicitud terrena...
No poco merece delante de Su Divina Majestad...
también cuando usa de sus facultades más libre-
mente para buscar con diligencia lo que tanto de-
sea... Cuando nuestra ánima se halla sola se hace*

PARA AMAR A JESÚS

más apta para se acercar y llegar a su Criador y Señor y se dispone a recibir más gracias de la su

EE 20. *Divina y suma Bondad”.*

No cabe duda que para San Ignacio el Criador y Señor, la su Divina y suma Bondad, su Divina Majestad y Jesucristo son la misma persona.

Además de los argumentos que pone San Ignacio para motivar al ejercitante al enamoramiento de Cristo, llega al extremo de querer que el que hace los Ejercicios deseé más “*pobreza que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores y desear ser tenido por loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo*”. Todo esto (elegir oprobios y menosprecio y ser tenido por loco) por imitar y parecer más a Cristo.

A la vista de los valores de casi toda la gente, esto que propone San Ignacio no tiene sentido ni cordura; pero el Santo no procede de acuerdo a los principios del mundo, todo lo ve enfocado a la mayor gloria de Dios, y así quiere que el ejercitante lo vea, por eso continuamente lo exhorta para que pida “*gracia a Dios nuestro Señor, para que todas sus intenciones, acciones y operaciones*

EE 46. *sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su Divina Majestad”.*

Lo que después Ignacio enfoca hacia las aficiones que pueden influir en la indiferencia para mejor servir a Jesucristo:

“*...Quiere solamente querer la pobreza o no quererla según que Dios nuestro Señor le pondrá en*

LA PETICIÓN

voluntad y a la tal persona le parecerá mejor para servicio y alabanza de su Divina Majestad". EE 155.

Muy semejante al deseo de dar gusto a Jesús está la obsesión por su mayor gloria, que Ignacio quiere que tengan los seguidores de Cristo. Esto fue lo que siempre buscó y llegó a caracterizarlo. Llegó a ser su lema, la mayor gloria de Dios, para que el ejercitante se interese por lo mismo les dice que pidan: "*gracia para elegir lo que más a gloria de su Divina Majestad y salud de sus ánimas sea*". EE 152.

En este ejercicio se trata de conseguir una gracia: "*que pueda en todo amar y servir*". La expresión "en todo" significa totalmente, completa o enteramente, viene usada como adverbio y así lo traduce la versión al latín; "*totum me impendam*", Versión Vulgata. —que enteramente me ocupe en amar y servir.

Esta expresión típica del Santo explica la actitud de entero desprendimiento, de profundo agradecimiento, de un amor grandísimo que no mide consecuencias de entrega, porque ha reconocido los bienes enteramente y por eso puede amar y servir a su Divina Majestad enteramente, sin reservarse nada, porque la gloria de Jesucristo es su única obsesión por la que está dispuesto a todo.

El objeto principal es el amor de Cristo, Creador y Señor manifestado en todas las cosas, es la comunión con Él, presente y activo en todo.

El fin no es ver las cosas para quedarse encantado por ellas, se trata de interpretarlas e ir descubriendo su secreto. Se trata de "*mirar y amar más*

PARA AMAR A JESÚS

*al dador que al don, para siempre tenerle delante de nuestros ojos, en nuestra ánima y en nuestras entrañas*²³.

San Ignacio ve el amor como la plenitud de la vida cristiana. San Pablo nos dice que el amor es

- Rm 13,10. la plenitud de la ley, que no pasa nunca, que es
1 Co 13,8; Mt 23,38. vínculo de perfección, y en el Evangelio ya nos
Mt 7,12. habíamos encontrado con que el amor es el primero de los mandamientos, que de él dependen la ley y los profetas.

El amor se identifica con el servicio: se sirve
EE 15. por amor y se ama en el servicio. San Ignacio los vincula ya en la anotación decimoquinta.

El amor y el servicio a Cristo en los demás los une a una actitud que deberá ser constante a lo largo de la vida. Dice en las Constituciones que el amor a Jesucristo se ha de proyectar en todas las cosas, personas y circunstancias de la vida, de modo que todo se ame por él, y a él se le ame en cada cosa o persona en particular²⁴.

“Y así debe procurar de perder todo afecto carnal y convertirlo en espiritual con los familiares, amándolos solamente del amor que la caridad ordenada requiere, como quien es muerto al mundo y al amor propio y vive a Cristo solamente teniendo a Él en lugar de padres y hermanos y de todas cosas”²⁵.

23 MI, Epp. 4,85. OCSL Cart. 3, p. 618.

24 OCSL Const. n. 288, p. 447.

25 OCSL Const. n. 61, p. 428.

CAPITULO VII

PRIMER PUNTO

“El primer punto es traer a la memoria los beneficios recibidos, de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto, cuánto ha hecho Dios Nuestro Señor por mí, y cuánto me ha dado, de lo que tiene, y consecuentemente el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede, según su ordenación divina, y con ésto reflectir en mí mismo considerando, con mucha razón y justicia, lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas, así como quien ofrece, afectándose mucho:

Textos de los
ejercicios.

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad, “todo mi haber y mi poseer”. Vos me lo diste, a Vos Señor lo torno; todo es vuestro, disponed a

PARA AMAR A JESÚS

EE 234. ***toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia; que ésta me basta”.***

Textos bíblicos relacionados. “*Dios es amor. En esto se hizo visible entre nosotros el amor de Dios, en que nos envió al mundo a su Hijo único para que nos diera la vida”.*

1 Jn 4,8s. “*El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no va a estar dispuesto a darnoslo todo, junto con su Hijo?”.*

Rm 8,32. “*Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”.*

Jn 15,13. “*En esto hemos conocido lo que es el amor: en que Él dio su vida por nosotros”.*

1 Jn 1,16. “*¿Qué tienes que no hayas recibido?”.*

1 Co 4,7. “*¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?”.*

Sal 116,12. “*¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?”.*

Estructura del primer punto

En el primer punto de la contemplación se aplica claramente el método de meditar de las tres potencias: la memoria, al recordar los beneficios recibidos; el entendimiento, al ponderar, reflexionar y considerar; la voluntad, al ofrecer y dar “*con mucho afecto*” en el coloquio, “*Tomad Señor y recibid*”.

Esta oración se ha de repetir en los cuatro puntos de la contemplación; con lo que se deja ver que los cuatro puntos vienen a reforzar la totalidad de la entrega expresada en este coloquio.

Cada punto, especialmente el primero, parece formar una unidad y hace que el ejercitante vea

su vida como un todo, no en etapas separadas y yuxtapuestas.

En cuanto a la materia que propone encontramos un orden dinámico ascendente: creación, redención, dones particulares; cuánto ha hecho y cuánto ha padecido, en la versión latina¹; “*cuánto me ha dado y el mismo Señor desea dárseme*”; el ejercitante se ofrece y se da; da “*todas las cosas y a sí mismo con ellas*”. El afecto con que se entrega también va en aumento y culmina con la oblación total de sí mismo, como respuesta, hecha con amor y en búsqueda solamente del amor.

EE 234.

Unidad del amor, en la Historia de la Salvación, y pluralidad de los dones

San Ignacio quiere que pongamos ante nosotros la cantidad de dones recibidos de Dios nuestro Señor, que sin mérito nuestro y antes de cualquier respuesta, se ha mostrado como el amante que comunica sus bienes al amado. La iniciativa en el amor viene totalmente de Él, y todo es signo de su amor.

Ef 1,3-14.

EE 231.

Los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares los presenta San Ignacio como elementos de una sola realidad; todos vienen a ser un único acontecimiento: el amor de Dios nuestro Señor, que en su plenitud se ha manifestado en el amor que tiene a Jesucristo y por Él y en Él a todos los hombres y al mundo; Amor que se ha revelado (encarnado) en el Amor mismo de Jesús.

¹ MI, Ex. 308.

Esta manera de presentar los beneficios recibidos de creación como un todo, hace caer en la cuenta de que no se trata de tres planes: creación, salvación, glorificación; sino de un solo y único plan salvífico. La creación está toda ella y desde siempre encaminada a la encarnación y ésta a la glorificación de Jesucristo y, por Él, a la glorificación del universo y a la participación del ejercitante en la gloria de Jesucristo².

EE 95.
Cf 2 Ts 2,14;
Flp 3,21;
2 Ts 1,11 12.

Jesús Creador

El atributo de Creador es uno de los que más usa San Ignacio para referirse a Jesucristo. En la deliberación sobre la pobreza aparece dos veces³, para poner de relieve la condición divina de Jesucristo. Y en sus cartas, innumerables veces. Cuando menos en las Constituciones podemos decir que es el atributo que comunmente designa a Jesucristo; más de treinta veces lo ha llamado Creador y Señor⁴; en los Ejercicios lo llama EE 229. “*Creador y Redentor*”.

Se capta a sí mismo como creatura “*finita*” de Jesucristo, Creador infinito. En la meditación de los Tres Pecados, dice: “*Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, —considerar— cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados*”.

2 Nos creó para su mayor gloria. Cf MI, Epp. 1,498; OCSL n. 35, p. 681, 689; MI, Epp. 1,663; OCSL n. 41, p. 707.

3 MI, Const. 1,78 83; OCSL p. 298.

4 Cf Index de L'examen Général et des Constitutions. Editio-nes “*Centri Ignatiani spiritualitatis*”. Roma: 1973.

También en sus cartas usa esta denominación. Al P. Simón Rodríguez le dice: “*Mirando con infinito amor, como Criador a su criatura, pues que siendo infinito y haciéndose finito, quiso morir por ella*”⁵. A los padres y hermanos de Coímbra les dice: “*Pero sobre todo querría os excitase el amor puro de Jesucristo*”, y luego presenta los beneficios recibidos de creación, redención y glorificación como un todo para motivar el amor dirigido a solo Jesucristo⁶.

Los beneficios recibidos de creación

Con los beneficios recibidos de creación San Ignacio se refiere, más que a la creación entera como un don, al ejercitante que ha recibido de Jesucristo “*el ser y la vida y todas las partes y perfecciones de ánima y cuerpo que le dio y conserva*”⁷. La vida vivida es lo que une al hombre con Jesucristo. Él es el autor y redentor. La vida humana es lo que el hombre tiene de divino.

San Ignacio, que se complace en llamar frecuentemente a Jesucristo con el título de Creador, sabe sin embargo que la creación no es obra exclusiva de Jesucristo, sino común a las Tres Personas Divinas⁸.

San Ignacio piensa como San Ireneo: que Dios creó todas las cosas para un día hacerse hombre y cabeza de todo lo creado, también Dios creó al

5 MI, Epp. 1,192; OCSL n. 15, p. 644.

6 MI, Epp. 1,501; OCSL n. 35, p. 683.

7 MI, Epp. 1,192; OCSL n. 15, p. 644.

8 MI, Epp. 3,303; OCSL n. 63, p. 758.

hombre y lo conserva para tener en quien colocar sus beneficios⁹.

Dios, como Padre, es el principio personal del cual procede todo absolutamente, incluído Jesucristo. Y Jesucristo es el Autor del mundo, el Creador, por medio del cual, y para el cual obra el Padre; no al margen de Él, ni paralelamente a Él, sino por medio de Él. Jesucristo es no sólo la Palabra redentora, sino toda expresión del Padre: Palabra creadora, conservadora, redentora, salvadora, glorificadora y toda palabra, que de una o de otra manera, expresa el infinito amor del Padre. Y la gran expresión del amor del Padre es el mismo Jesucristo. La encarnación y la redención no son episodios aislados, sino el momento cumbre, en relación interna con toda la historia, desde la creación hasta la participación plena de la gloria de Jesucristo¹⁰.

El Creador es para San Ignacio la misma persona viviente con quien se comunica por medio del amor y de la gracia. Se trata de un mismo autor de la gracia y de la naturaleza, de los dones internos y externos, espirituales y corporales. Así se expresaba el P. Polanco en una carta escrita por comisión de San Ignacio¹¹. En la décima parte de las Constituciones escribe el Santo que el Señor *“quiere ser glorificado con lo que Él da como Criador, que es lo natural, y con lo que da como autor de la gracia, que es lo sobrenatural”*¹², a lo

9 Cf Adv Here IV, 14,1; 11,2.

10 MI, Epp. 1, 503; OCSL n. 35 p. 684.

11 MI, Epp. II, 481; OCSL n. 50 p. 720.

12 OCSL Const. n. 814, p. 592.

que corresponde la acción creadora y redentora de Jesucristo¹³.

La creación no manifiesta solamente su amor inicial, sino, además, su continua solicitud por el hombre, su deseo de unirnos a Él habitando entre nosotros y nosotros en Él. Su amor es creador y redentor, providente y glorificador.

¿Cuál es el origen de esta interpretación de Ignacio y de entender la presencia de Jesús en él, en el mundo y en el ser humano? No es lo que se enseñaba en la Teología Escolástica de París. Jn 17,23.

Al parecer Ignacio aplica a Jesús de Nazaret lo que estudió en la Sorbona de modo general, es decir, aplicado a Dios sin distinción de personas. Era lo que se estudiaba dentro de la Teodicea, pero él lo aplica a la Cristología. Su reflexión podría ser de suma sencillez: lo que creemos de Dios lo podemos aplicar a Jesús; porque Jesús es Dios.

Pero lo que se contempla no es solamente una aplicación lógica, Ignacio lo encuentra explícitamente en la Sagrada Escritura como lo veremos en los textos bíblicos a los que de alguna manera se refiere y así rescata verdades de la fe cristiana prácticamente relegadas por la Teología Sistemática pero presentes en la piedad popular y en la liturgia.

Ignacio comunica su propia experiencia de Jesús y no lo que se creía de forma académica. Indudablemente encontraba a Jesús presente

13 OCSL Const. n. 813, p. 591.

y activo, misericordioso y cercano en todos los momentos y circunstancias de la vida.

La preexistencia de Jesucristo

Lo que afirmamos en la fe y lo que encontramos en el Nuevo Testamento sobre Jesucristo no son solamente contenidos de la fe en Jesús posteriores a la pascua, sino que se aplican a Jesús durante su vida temporal, su nacimiento, su preexistencia.

La gloria y señorío de Jesucristo, conocidos y actualizados en su plenitud hasta la resurrección, se proyectan sobre toda su vida, su origen y su preexistencia. Por eso todo lo que se dice de su divinidad en su preexistencia se dice en conexión con Jesús y nada absolutamente queda fuera de esta conexión. Esto se ve con claridad en el Nuevo Testamento. Allí se trata de la predestinación en Cristo antes de la creación del mundo, de todos nosotros y de la orientación de todo hacia Él.

Col 1,15 17.
Rm 8,29; Ef 1,9 11.

Ga 4,4; Hb 10,5;
1 Tm 3,16;
Jn 13,3.31; 6,52;
16,28; 1,1; 17,5;
1 Jn 4,2; 2 Jn 1,7.

La preexistencia personal pasa a primer término cuando se habla de Cristo enviado al mundo. Al principio estaba ya con el Padre y allí poseía la gloria antes de la creación. En estos y otros textos se nos habla de lo que Jesús ha llegado a ser para nosotros, y lo que es eternamente para el Padre.

En la Cristología primitiva al hablar de la preexistencia no se pierde de vista la conexión, o mejor, la identidad con el Jesús concreto. Lo que sabemos sobre el Verbo no lo sabemos de un diálogo interpersonal y eterno del Padre con el Verbo, sino que lo sabemos con referencia al Jesús

histórico. El Logos está desde siempre orientado a Jesús histórico y al mundo. Se puede afirmar que todo lo que se dice sobre el Logos y sobre el Hijo, incluso su preexistencia, debe entenderse e interpretarse en conexión y referencia directa al Jesús concreto. La Buena Nueva viene dada sobre el Jesús concreto e intramundano y no sobre el Logos; el Logos, como noción cristológica, viene sólo para afirmar la eterna significación y actuación del Jesús concreto.

Tanto San Juan, en el Prólogo de su Evangelio, Jn 1,1s. como San Pablo en las epístolas a los Efesios, Colosenses, Hebreos y Romanos, la preexistencia y la acción creadora la atribuyen a Jesús (objeto de su conocimiento y predicación, a Aquel a quien habían visto y oído), y no a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad antes de la encarnación. La separación del Verbo y de Jesús de Nazaret como sujetos de atribución no es bíblica. Para San Juan el Verbo y Jesús se refieren a la misma realidad personal.

Los problemas de coordinar el antes con el después, de la eternidad con el tiempo, de la inmutabilidad con el llegar a ser, nacen al reflexionar en la fe con esquemas de la filosofía griega.

Lo que la Escritura, la tradición y el magisterio nos dicen sobre la Persona divina y preexistente del Hijo no pueden estar nunca en contradicción con lo que se proclama acerca de Jesucristo. Ni la Persona divina puede pensarse como lo que viene añadido a la condición humana de Jesús, ni la condición humana (persona en sentido psicológico) lo que viene añadido a la Persona divina.

Nunca podemos, por tanto, concebir la Persona divina como un aditamento, sea cual fuere, añadido al hombre Jesús, ni por el contrario, el hombre Jesús sumarlo a la Persona divina.

Al hablar de la preexistencia de Jesucristo nos referimos a una preexistencia real, del mismo Jesucristo, con referencia explícita, (tan explícita como totalmente presente y activa) a su condición humana. No nos referimos solamente a una preexistencia intencional, como nosotros estábamos presentes en la mente del Padre, como está presente el fin en aquél que lo persigue, sino a una preexistencia de Jesús con sus connotados que llegarían a ser intramundanos.

La preexistencia de Jesucristo hace referencia directa a la eternidad, donde no hay antes ni después, donde nada tiene que ver el tiempo ni el devenir, donde se es independientemente del tiempo. Es por tanto una categoría inefable en términos de tiempo y espacio, que no le quita novedad ni riesgo a la historia, ni determina lo que Jesús llega realmente a ser en su condición de intramundano.

Desde toda la eternidad es Jesucristo para el Padre lo que en el tiempo iba a llegar a ser para los hombres. Su ser eterno no contradice a su desarrollo. Lo que uno es debe históricamente llegar a ser, y uno no llega a ser más que aquello que ya era germinalmente. De ahí que lo propio de una vida no se haga manifiesto hasta que el hombre se encuentra a sí mismo y con ello se identifica con su origen.

De Jesucristo podemos afirmar no sólo su inmortalidad, sino su eternidad sin disminuir en nada su condición humana. Por otro lado no es de extrañar que nos sea muy difícil comprender la eternidad de Jesucristo dado que somos criaturas en el tiempo que aún no participamos plenamente de la eternidad de Jesucristo. Por eso nuestro hablar de la eternidad es totalmente análogo.

La doctrina de las apropiaciones en la teología occidental consiste en afirmar que, aunque todo es común a las tres personas divinas, lo propio del Padre es la creación, lo propio del Hijo, la redención y lo propio del Espíritu Santo, la santificación.

Pero San Ignacio piensa más con una visión patrística: lo propio de las tres personas, sin exclusión de ninguna, es la creación, la redención y la santificación, por eso ve a Jesucristo como creador omnipotente, como redentor y salvador, y como santificador.

Al Espíritu Santo lo ve procediendo de Jesús como lo contempló en la aparición a los discípulos. Jn 20,10-30;
EE 340.

Para comprender el alcance de esta contemplación habrá que tener en cuenta que se refiere a Cristo resucitado, quien por su resurrección ha llevado a plenitud lo que él mismo anunciaba: el reino de los cielos, y ha sido constituido Señor y Mesías, ha recibido “*todo poder en el cielo y en la tierra*” en referencia a Daniel 7,14 donde se dice: “*El Hijo del hombre ha recibido poder, gloria* Mt 28,18.

Dn 7,14. *y reino*”. Con la resurrección se cumplió la profecía de Daniel y así los apóstoles vieron en ella el comienzo del tiempo final y experimentaron la parusía¹⁴.

La unidad personal de Jesús contemplada en los Ejercicios

Cuando San Ignacio llama a Jesús Criador, Dios omnipotente, bondad suma o sapiencia infinita, Dios y Señor nuestro, se refiere al Jesús de Nazaret viendo en Él especialmente su condición divina, pero sin separarlo de su condición humana.

En los ejercicios, desde el primer coloquio, pone al ejercitante ante Jesucristo presentándolo en su unidad personal: “*Cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal*”.

- EE 53. En la encarnación ve el principio básico de EE 102. donde deriva la salvación de todos los hombres; EE 53. consiste en el “*hacerse hombre*” del Criador; quiere que se siga y sirva a Jesucristo como al Verbo eterno encarnado. Pide el conocimiento interno del Señor hecho hombre, “*nuevamente encarnado*”, para más amarlo, seguirlo e imitarlo. El objeto de ese amor, conocimiento y servicio, es toda la persona de Jesús.
- EE 63, 147, 253, 258. En la oración del “*anima Christi*” se considera la condición humana de Jesucristo como principio de salvación para el hombre. En ella revela su veneración a la “*sacratísima humanidad*” de Cristo nuestro Señor.
- EE 196, 208.

¹⁴ Jeremías J. (1973). *Teología del nuevo Testamento*. Cf García de Alba, J. (2001). *La Fe en Dios Tripersonal*. México: Univa.

En la tercera semana quiere que se considere “*lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad*”, es decir, los padecimientos de toda la Persona, en cuanto encarnada; en el Texto Autógrafo ha tachado “*la humanidad de...*” para poner lo que Cristo nuestro Señor padece “*en la humanidad*”¹⁵; porque no es la humanidad la que padece, sino todo Cristo.

Aun en la pasión no pierde de vista la condición divina de Jesucristo, y su parte activa aun en la pasividad. Es toda la Persona “*la que quiere padecer*”, no negándose a la pasión. “*La divinidad se esconde no destruyendo a los enemigos, sino dejando padecer a la sacratísima humanidad tan crudelísimamente*”. El cómo de la consideración de Ignacio no es una consideración del modo como se explique el dolor, sino más bien es la admiración ante el hecho del Dios encarnado y doliente.

El cuerpo de Cristo, aun inanimado, y el alma, aun separada del cuerpo, están siempre unidos a su divinidad.

En la segunda semana encontraba devoción, al aplicar los sentidos, “*oler y gustar la infinita suavidad y dulzura de la divinidad (encarnada), del ánima y de sus virtudes y de todo...*”. Ante los ojos de Ignacio, y del ejercitante, está siempre Jesucristo como Señor y Criador de todo el mundo, que ha llegado a hacerse hombre *hasta morir por mis pecados*.

15 MI, Ex. p. 281.

En las tres primeras semanas presenta una imagen de Cristo que deriva de la cuarta semana: plenamente divino y plenamente humano. En su humanidad ve siempre *“la plenitud de la divinidad corporalmente”*. En Jesucristo como Señor está implícito el misterio pascual y explícita la fe de la Iglesia, en la que Ignacio fue formado desde niño.

Col 2,9; EE 124.

La resurrección es la manifestación clara e inequívoca de la condición divina de Jesucristo. En la cuarta semana habla San Ignacio, de *“cómo la divinidad, que parecía esconderse en la pasión, aparece y se muestra ahora tan miraculosamente, en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos de ella”*.

EE 223. Los efectos son la glorificación y exaltación de Jesucristo, la resurrección del sacratísimo cuerpo, la nueva vida,

CF 221; 307. las apariciones (sin omitir ninguna, más aún, añadiendo dos que no pertenecen a la Escritura y que seguramente sacó de sus notas tomadas cuidadosamente en Loyola de la vida de Cristo de Ludovico de Sajonia¹⁶) con todos los efectos narrados en el Nuevo Testamento. San Ignacio remite al director y al ejercitante a la Palabra de Dios. Para llegar a *“los efectos de la resurrección”*, según la mente de Ignacio, no basta quedarse en el breve resumen de los puntos, sino hay que ir directamente al mensaje de la Escritura citada particularmente por él.

EE 299, 310.

Hay un fuerte contraste entre *“la divinidad que parecía esconderse”*, en la pasión, y la divinidad que se manifiesta, en la resurrección, pero todo

16 Ludolfo de Sajonia (2010). *La vida de Cristo*. Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu, p. 645.

esto se considera en el único Señor, Creador y Dios nuestro. Dice el P. Calveras que *“quien durante los ejercicios ha sido fiel a las indicaciones de San Ignacio no tendrá que dar salto alguno al fin de ellos, al pasar de los misterios de la vida, pasión, (muerte) y resurrección de Cristo a los puntos de la contemplación del amor, en los cuales sólo se habla de la divinidad y desaparece la sagrada humanidad de Jesucristo; porque estará habituado a ver y considerar constantemente a la divinidad en la persona del Salvador”*¹⁷. El que desaparezca, en la CAA, la humanidad de Jesucristo es solamente una desaparición explícita; podríamos decir que en esa contemplación es la humanidad la que se esconde, o parece esconderse a los ojos del ejercitante, pero no por eso dejar de estar presente en la persona del Señor encarnado de una vez y para siempre.

San Ignacio, aun cuando considera más particularmente la condición humana (primera, segunda y tercera semana) o divina de Cristo (cuarta semana) no pierde de vista su unidad personal. Considera su condición divina y su condición humana como distintas, pero no separadas. Aun las más altas contemplaciones de las perfecciones divinas las ve encarnadas en Cristo. Si considera los atributos, virtudes o perfecciones separadamente, es sólo para llegar a la Persona y formar de Jesucristo la más alta idea. Su visión no es abstracta o esencialista, sino personalista. Al fin de toda consideración está la relación inter-

¹⁷ Calveras. *El amor a Jesucristo en los Ejercicios*. Manresa 32; Granero, J. M. (1955). *La contemplación de la tercera semana*. Manresa, 27, p. 35 41.

PARA AMAR A JESÚS

Cf EE 54, 61, 71, 198, 199. sonal: “*terminar con un coloquio*”; el diálogo o coloquio con Jesucristo nunca lo suprime.

EE 74. Ante Jesucristo se siente limitado, pobre, humillado, como reo o como siervo, pero siempre buscado y tratado por Él como una persona, y a quien Él trata y se dirige también en términos personales. Al referirse a Él con gran “*reverencia y acatamiento*” como a “*su divina majestad*”, pone de manifiesto la desproporción que siente ante su persona y la del Señor; pero al mismo tiempo lo ve como Dios hecho hombre, que quiere ser tratado como amigo.

EE 224, 311.

Dones particulares

Aquí el Santo deja la puerta abierta para que el ejercitante pondere con mucho afecto todas las manifestaciones particulares del amor de Jesucristo.

Cf Ef 1,3 14; Rm 8,28 39. Son dones personales la vocación y predilección universal en Jesucristo y el llamamiento particular del “*Rey Eternal*”.

EE 95.

Cf 1 Co 3,21 23.

Cf Jn 17,24.

Los dones particulares, en el contexto de la creación y redención, ponen al ejercitante en el único plan de la Historia de la Salvación. Si todas las cosas son para el hombre y le han sido dadas, como un don, es porque el hombre es para Cristo, a quien pertenecemos, a quien hemos sido dados por el Padre. Si el cristiano puede caer en la cuenta de que todo le ha sido dado y es verdaderamente suyo, es porque todo, y él mismo, es de Cristo.

El ejercitante debe tomar conciencia de que estar en el mundo, como creado y regenerado y colmado de beneficios, constituye un aspecto de sus relaciones personales con el Dios que lo ama: el Dios de la salvación, que lo llena de sus dones hasta darse a sí mismo, y que correspondientemente el ejercitante está llamado al amor y al don de sí mismo en todo. En la Historia de la Salvación todo está ordenado hacia un fin: la gloria de Dios en Jesucristo y nuestra participación en esa misma gloria.

En la visión de Ignacio los dones particulares, que en otras partes llama bienes temporales, son como un signo de los bienes eternos, y unos y otros son manifestaciones del amor de Jesucristo¹⁸. Los dones temporales tienen todo su significado en el encuentro personal con Jesucristo, que es quien los hace: *“Porque más nos obliga Dios nuestro Señor a mirar y amar al dador que al don, para siempre tenerle delante de nuestros ojos, en nuestra alma y en nuestras entrañas”*¹⁹.

Es Jesucristo —dice el Santo— *“verdadera salud y vida nuestra”* quien nos ha dado los dones particulares de *“salud y vida presente”* y *“que nos concederá aquella que es perpetua y sumamente feliz, para la cual nos ha creado y vivificado con el precio de su sangre, y a la cual deben ordenarse todos los deseos de nuestro bien y del ajeno”*²⁰.

El tema de la salud física hace a San Ignacio referirse a Jesucristo como fuente de salud corpo-

18 MI, Epp. 1, 501; OCSL n. 35, p. 683.

19 MI, Epp. 1, p. 85.

20 MI, Epp. 8, 183; OCSL n. 136, p. 894.

ral y espiritual, temporal y eterna. Jesucristo es el fuego que ha iniciado y alimenta la llama de la propia vida. En la salud corporal que nos concede, ve solamente un signo y una prenda de la que nos concederá en su reino. *“De mi salud corporal, tengo poca. Sea bendito el que con su sangre y vida nos la adquirió eterna en la participación de su reino y gloria, y Él dé gracia cómo la temporal disposición, buena o mala, de nuestros cuerpos, y de todo lo demás que Él en sus criaturas ha puesto, siempre se emplee en su mayor servicio, alabanza y gloria”*²¹.

Lo que hace de cada uno de nosotros un ser único e irrepetible, no es un “principio de individuación”, sino la serie de beneficios recibidos (historia individual) que comienza con haber sido previstos, preamados, preelegidos y predestinados en Cristo para recibir la filiación adoptiva. En último término es el amor de Dios que nos ama a cada uno desde siempre y para participar de su gloria en Cristo nuestro Señor.

Ef 1,4s.

Lo que el Señor ha hecho y padecido

EE 234. *“Ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuánto me ha dado de lo que tiene, y consecuente el mismo Señor desea dárseme, en cuanto puede, según su ordenación divina”.*

“Ponderando con mucho afecto”, y más adelante dice: “afectándose mucho”; tanto en la meditación del “Rey Temporal” como ahora, es especialmente importante esa presencia del afecto y del

21 MI, Epp. 1, 627; OCSL n. 40, p. 705.

corazón. No se trata exclusivamente de un razonamiento y de una demostración que procede lógicamente, es una motivación ponderada que descubre e interpreta el significado más hondo de todas las cosas, de la historia, de la vida de Cristo y de la vida concreta del ejercitante. Se trata de ver con los ojos del corazón aquel amor que encierra cada una de las cosas y que es invisible. Aun el más pequeño don de Jesucristo encierra el secreto de su voluntad: de darlo todo y darse a sí mismo en todo.

“Cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí” parece un eco del Evangelio de Juan: *“Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”*, y *“En esto hemos conocido lo que es el amor: en que Él dio su vida por nosotros”*.

Jn 15,13; 1 Jn 3,16;
Cf Jn 10,11.15;
17,18.

San Ignacio no pretende que se repase aquí, uno por uno, los misterios de la vida del Señor, sino presenta como una vista de conjunto sobre lo contemplado ya en los Ejercicios.

Al recordar San Ignacio *“cuánto ha hecho Dios nuestro Señor”* se refiere, indudablemente, a la obra salvífica, a la creación; principalmente a la vida, pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, que es lo que se ha venido contemplando a lo largo de los Ejercicios.

La versión latina añade: *“cuánto ha hecho y prometido el benignísimo Señor por mí”*²², con lo cual se hace más clara la referencia a la acción salvífica de Jesucristo, que culmina en la pasión, es

²² MI, Ex. 1, 308. Cf Roothaan. *Los Ejercicios espirituales de San Ignacio*. Nota 4, al primer punto, p. 300.

decir, es una referencia más al aspecto cristológico de la Contemplación.

“Y cuánto me ha dado de lo que tiene”; todos los dones y gracias, creación, redención y dones particulares los concibe como una participación de lo que tiene Jesucristo. Sobre esta idea volverá en el cuarto punto de la Contemplación.

Al Obispo de Targa, Manuel Sánchez, le dice el Santo: *“Cosa debida es al último fin nuestro, que sea en todas las otras cosas amado, y que a Él solo vaya todo el peso del amor nuestro; que mucho nos lo tiene merecido quien a todos nos crió, todos nos redimió, dándose a sí todo; que con razón no quiere le dejemos de dar parte de nosotros quien tan enteramente se nos dio, y quiere perpetuamente dársenos”*²³.

San Ignacio encuentra en este texto que el dirigir a Jesucristo todo el peso del amor y el amarlo en todas las otras cosas pertenece al último fin del hombre, y por tanto, a su realización plena. Los motivos son los mismos de la Contemplación: que Él es el Creador de todos, y el Redentor, que se da totalmente al hombre, y que quiere perpetuamente dársenos. Por eso espera de nosotros nuestra entrega total, consciente y deliberada.

Y por si todos los dones no bastasen para movernos a su amor, comenta el Santo a los estudiantes de Coímbra, se nos dio y se nos da a sí mismo *“por hermano en nuestra carne, por precio de nuestra salud, en la cruz; por mantenimiento y compa-*

²³ MI, Epp. 1, 502; OCSL n. 35, p. 684; MI, Epp. 1,513; OCSL n. 36, p. 690.

ñía de nuestra peregrinación en la Eucaristía”²⁴. Expresiones tomadas del himno de laudes del oficio del Santísimo Sacramento.

Los beneficios recibidos de redención

San Ignacio ve en Jesucristo inseparablemente unidas la acción creadora y redentora. Él es el que crea y redime²⁵, el Creador y Redentor, el Creador que llega a morir por mis pecados²⁶, el Creador y Señor crucificado²⁷.

El hombre como creatura, se encuentra existencialmente relacionado con Jesucristo, como Creador. La segunda relación, tanto o más existencial que la anterior, viene a ser como una segunda creación, regeneración en su sangre. En el lenguaje de Ignacio, el hombre vale lo que vale la sangre y vida de Jesucristo²⁸, “*puesto que ha sido redimido con tantos dolores, infamia y sangre suya*”²⁹. Este es el valor máximo de la persona y es el motivo principal que la mueve a procurar la evangelización y salvación de todos los hombres y, así, la santificación propia.

El hombre regenerado se encuentra delante del único Dios de la salvación que le ofrece su gracia y que constituye su glorificación³⁰.

24 “*Se nascens dedit socium, Convescens in edulium, Se moriens in pretium, Se regnans dat in praemium*”. S. Thom. Offic. SS. Sacram. Hymn. ad Laud.

25 OCSL Const. n. 813, 596; MI, Epp. 1, 515; OCSL n. 36 p. 690. MI, Epp. 7, 447; OCSL n. 130, p. 887.

26 MI, Epp. 1, 192; OCSL n. 15, p. 664.

27 OCSL Const. n. 66, p. 429.

28 MI, Epp. 1, 507; Cf OCSL Const. n. 59, 35, p. 687.

29 MI, Epp. 4, 355; OCSL n. 77, p. 787.

30 MI, Epp. 3, 219; 8, 183, OCSL Const. n. 814, 62, p. 757, n. 136, p. 894.

La voluntad salvífica de Dios, que es más que la liberación del pecado, precede y finaliza a la creación. En los Ejercicios no aparece desde el Principio y Fundamento explícitamente la encarnación, la redención o el mismo Jesucristo, porque se va siguiendo la línea cronológica de los acontecimientos, como se encuentra también en la Escritura. Sólo a la luz del fin se adquiere una nueva visión del principio³¹.

La salvación no puede encontrarse en lo interno del mundo en cuanto distinto de Jesucristo, ni en la consagración al prójimo, ni en el dominio de la naturaleza, ni en la liberación del hombre; la salvación viene totalmente de fuera. Aunque se da en el mundo, la trasciende. La salvación, para los que han aceptado el Evangelio, no se consigue sino cuando se encuentra a Jesucristo como un Tú, en una relación interpersonal real. El mundo, el hombre y la vida son el camino y el lugar de ese encuentro. El hombre está en relación continua no sólo con el mundo, sino también con el que lo creó, lo santificó, lo preside y lo gobierna. La vida, el tiempo y el mundo es el medio donde el hombre encuentra a Jesucristo sin salir de su condición concreta.

San Ignacio ve que la redención tiene una proyección cósmica. Todas las cosas tienen el color que les ha dado la sangre de Jesucristo.

En la meditación de los Tres Pecados, San Ignacio se siente confundido ante la creación, dice: *“Discurriendo por todas las criaturas, de cómo me han dejado en vida y conservado en ella; los ángeles*

31 Cf MI, Epp. 1, 510; OCSL n. 36, p. 689.

como sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí; los santos, cómo han sido en interceder y rogar por mí, y los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, frutos, aves, peces y animales, y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos". La razón más profunda EE 60. por la que la tierra no se ha vuelto contra el hombre en pecado la presenta San Ignacio en la meditación anterior al contemplar a "Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal y así a morir por mis pecados". Si todo el EE 53. universo con todas sus criaturas no se ha vuelto contra el ejercitante es porque Jesucristo está en la cruz. Después, en la meditación del infierno, se siente especialmente liberado por Jesucristo: "Darle gracias porque no me ha dejado caer en ninguna de estas (se trata de faltas de obediencia y principalmente falta de fe en Jesucristo), acabando mi vida. Asimismo, cómo hasta ahora siempre ha EE 71. tenido de mí tanta piedad y misericordia".

A los padres que envía a ministerios en 1552, les recomienda que miren las criaturas "como bañadas en la sangre de Cristo"³². Al Padre Emerico Bonis le dice: "Y procurad considerar ésta o aquella persona, no como bella o fea, mas como imagen de la Santísima Trinidad, como miembro de Cristo, como bañada con su sangre"³³.

La vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo tiene una extensión que alcanza a todos los hombres de todos los tiempos y lugares. El

³² MI, Epp. 12, 251; OCSL n. 79, p. 792.

³³ MI, Epp. 11, 439; OCSL n. 170, p. 952.

EE 95.
Cf Jn 17,24.26.

Cf EE 304, 353s.

Cf EE 102, 109,
304, 312.

Ga 2,20.

hecho de que el hombre valga la sangre de Jesucristo es el motivo principal que lo mueve a hacer de la Compañía una orden misionera. Ya en la meditación del Reino presentó a Cristo como el que quiere llevar a todos los hombres y a todo el mundo, a la participación de su gloria.

Al hablarnos de los bienes de la redención San Ignacio no se refiere solamente a lo contemplado durante la tercera semana; toda la vida de Cristo, desde la encarnación hasta la ascensión (y el don del Espíritu y la Iglesia), tiene sentido salvífico. La vida de Cristo no la ve solamente como una enseñanza moral, sino ante todo, como un obrar nuestra salvación. Aquel que ha realizado plenamente nuestra redención es Jesucristo siendo fiel al Padre y a los hombres hasta la muerte.

San Ignacio insiste, en los Ejercicios, en el significado personal de la redención: *“Por mí, por mis pecados, va el Señor a la pasión”*. Esto parece un eco del texto de San Pablo: *“Me amó y se entregó a sí mismo por mí”*.

La conversión no la concibe San Ignacio como un mero apartarse de los pecados y prometer enmienda para adelante, sino ante todo, como un volver a Jesucristo; *“Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, y así viéndole tal y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere”*.

Los bienes de redención están en estrecha relación con el ejercitante; él ha sido hasta el presente un beneficiado. Los bienes de redención están

en relación con su existencia y su vida toda. Esto lo ha considerado durante la primera semana. En la segunda meditaba en el amor de Jesucristo por los suyos; los discípulos, los pecadores, los pobres, los niños, etc. Más que en cualquier cosa, meditó en Jesucristo como la máxima expresión del amor del Padre³⁴. En ese amor de Jesucristo por los suyos estaba incluido, pero no despersonalizado, ni limitado, el amor a todos los hombres. Por eso todos pueden y deben apropiarse lo dicho y lo hecho por Jesucristo como realmente dicho y hecho para cada uno. Todos pueden estar absolutamente seguros de que como el Padre ama a su Hijo único, así ama Jesucristo a cada uno de los hombres. Y como el amor del Padre se dirige a Cristo en su condición histórica, concreta y personal, así el amor de Jesucristo se dirige a cada uno en su condición histórica, concreta y personal.

EE 53,
60, 71.

EE 102.

Jn 15,9; 17,23.26;
10,27s.

Creer en Jesucristo es creer en su amor, no sólo al género humano, sino a cada uno de los que lo formamos. No se puede decir que crea en Jesucristo quien no se tenga a sí mismo como objeto de su amor, y de nada serviría la fe en Jesucristo si al mismo tiempo el hombre se sitúa al margen de Él. Por eso el acto de fe más profundo no versa sobre la existencia de Dios o su poder, sino sobre su amor, y se podría enunciar así: Señor, yo creo que, a pesar de todo y por encima de todo, tú me amas.

³⁴ Para hacerlo notar transcribe San Ignacio: “*Este es mi Hijo amado del cual estoy muy satisfecho*” (n. 273). “*Este es mi Hijo amado, óiganlo*” (n. 284).

Por la resurrección, la capacidad de amar de Cristo, quedó elevada a un nivel que nos trasciende, pero que sigue siendo un amor divino encarnado y, no obstante, sin límites de tiempo y espacio, omnipresente y dirigido a todos y a cada uno en su total individualidad y concreción.

A partir de la resurrección, cuando Cristo ha sido elevado en su condición humana a la diestra del Padre como Dios y Señor, los hombres todos están presentes y son objeto de su amor en sus situaciones y particularidades individuales. En su condición de resucitado Jesucristo llega a ser y ejercitar su señorío y pastoreo universal en un diálogo verdaderamente interpersonal con los hombres, y, en cierto sentido, con el universo entero. En ese momento queda constituido “*Eterno Señor de todas las cosas*”.

EE 98.
Cf Flp 2,6,11.
Cf Jn 10,11,30;
Rm 8,22s.

El plan de Dios, “*La Ordenación Divina*”

La “*Ordenación Divina*” es una expresión del Santo que se refiere a la economía de la Historia de la Salvación, al plan salvífico de Dios realizado en y por Jesucristo, que se nos da y comunica perpetuamente, respetando nuestra libre aceptación y nuestra capacidad de recibirla³⁵. El texto latino nos habla de “*decreto y beneplácito*”³⁶, lo cual puede entenderse como una referencia más explícita a la epístola a los Efesios donde San Pablo celebra el designio de Dios; del Padre proceden todas las iniciativas, que se actualizan por Cristo y en Cristo. Él recapitula todas las cosas,

35 MI, Epp. 1, 73; OCSL n. 1, p. 612; Cf MI, Epp. 1, 495; OCSL n. 35, p. 680.

36 MI, Ex. n. 234, p. 308.

es el corazón del mundo, el sentido y el fin de la Historia. En la Epístola a los Romanos, San Pablo se refiere al plan salvífico donde todo está ordenado a reproducir la imagen de Jesucristo.

Cf Ef 1,3 14;
Rm 8,28s.

La “*Ordenación Divina*”, según San Ignacio, es el plan salvífico universal, es un término usado para hablar del proyecto de Dios. Algunas veces el contenido de la expresión puede ser solamente una alusión a la voluntad divina, pero normalmente cuando se refiere a ésta usa otras expresiones como “*cumplir la voluntad divina*”. Así pues, la ordenación divina no se refiere a la voluntad de Dios con respecto a un caso particular sino al orden y subordinación que Dios ha puesto en el mundo y que se nos ha revelado en Jesucristo.

EE 91, 15,
98, 213, 89.180.

En la teología medieval se hablaba de dos proyectos divinos: uno, venido abajo por el pecado de Adán y Eva, y otro de restauración y elevación al orden sobrenatural realizado en Jesucristo, pensando que no había sido previsto en la creación primera. Esta visión de dos proyectos no va de acuerdo con la teología bíblica que nos habla de un solo proyecto y plan salvífico como lo podemos leer en San Pablo y en San Juan.

Ef 1,3-14; Fl 2,6-10;
Col 1,15-20;
Jn 1,1s; 4,35;
1 Jn 4,9-10; 4,16-17.

Jesús en el tiempo debe ser entendido desde la eternidad, “*sub especie aeternitatis*”, está eternidad es lo que hace posible su valor o significado universal y trascendente.

La respuesta como entrega personal

“Y con esto reflectir en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la su divina majestad, es

EE 234. *a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas, así como quien se ofrece afectándose mucho”.*

La entrega de todo a Jesucristo, y por su medio al Padre, supone la indiferencia del Principio y Fundamento: no se desea más riqueza que pobreza, salud que enfermedad, vida larga que corta. Esta oblación supone la disposición del ejercitante para que el Señor se sirva de cuanto es y tiene, lo disminuya o lo tome conforme a su voluntad³⁷.

Es la conclusión lógica del principio establecido en la nota introductoria: “*El amor se debe poner en la comunicación de las dos partes*”. Es también la renovación de la oblación personal, consciente, libre y deliberada hecha a Jesucristo en la meditación del Reino. Allí se vio “*que todos los que tuvieran juicio y razón, ofrecerán sus personas al trabajo*”, afectándose y señalándose en todo servicio de su “*Rey Eterno*” y “*Señor Universal*”. Aquí se habla también de lo razonable y justo de la entrega; de la entrega de todas las cosas y de uno mismo; del amor con que se hace esa entrega, y de la persona a quien se hace: allá, a Jesucristo Rey eterno y Señor universal, aquí a “*su divina majestad*”.

EE 275, 280, 289,
Cf Jn 13,34s;
114,21s; 21,15.

En la segunda semana el ejercitante meditó y contempló el amor de Jesucristo a sus discípulos como un amor que exige una respuesta en los mismos términos del amor y de las obras. Se trata de que el ejercitante le entregue a Jesucristo todo lo que es y lo que tiene, en una actitud profundamente afectiva nacida no sólo de la razón,

37 Roothaan. *Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*.

sino principalmente del corazón. Se supone que el centro de la afectividad del ejercitante, sobre todo después de la segunda semana, es el Cristo histórico, ahora resucitado también para el ejercitante. Si a Cristo no lo ve con una nueva forma de vida que trascienda los límites temporales y físicos de nuestra condición humana, no ha sacado un fruto importante que se debe sacar de la cuarta semana.

Por su resurrección el amor de Jesucristo no sólo se dirige a todos y cada uno en su concreción personal, sino que también espera una respuesta dada en esa misma concreción personal y dirigida en términos de amor (fe, esperanza, obras) a Jesucristo resucitado que como tal se hace alcanzable en todos y cada uno de los demás y en el mundo. En las Constituciones el servicio a Dios y a Jesucristo son equivalentes.

Servir a Dios o a Jesucristo significa procurar el bien de los demás *“la ayuda de las ánimas”*.

El amor a Jesucristo es la plenitud de la respuesta al amor de Dios manifestado poco a poco y cada vez más a través de los profetas, y de forma definitiva e insuperable en Jesucristo. Jesucristo, humanamente resucitado y glorioso, espera nuestra respuesta y la realiza en nosotros en términos de amor humano, concreto, personal y situado.

San Ignacio ha propuesto al ejercitante una contemplación donde el Señor resucitado examina a Pedro sobre el amor. Esta meditación sugiere que el ejercitante se examine también sobre

Hb 1,1-2;
Cf Rm 8,39.

Cf EE 175.

EE 306.

el amor y dé a la pregunta de Cristo: “*¿Me amas más que estos?*”, una respuesta humilde, confiada y absoluta.

Jn 21,15s.

Total entrega

“Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer; vos me lo diste a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponer a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta”.

EE 234. San Ignacio redacta una nueva fórmula para renovar la entrega personal: “*la oblación de sí mismo y de todas sus cosas*”, hecha ya en la meditación del “*Rey temporal*”. En la oblación del

EE 98. reino, usa San Ignacio términos de tipo racional y lógico que pueden dejar un poco desolado al ejercitante, como cuando dice: “*Cuánto es cosa más digna*”, “*los que tuvieran juicio y razón*”, “*haciendo contra su propia sensualidad*”. En la CAA,

EE 96, 97,
98.

la oblación de sí mismo está cargada de términos afectivos. Aparece como más reposada, más absoluta, más confiada. Se hace en la integración más completa de toda la persona, en una visión más amplia de la “*Historia de la Salvación*”, (al fin de los Ejercicios) en una aceptación más agradecida de la propia historia, por la que el ejercitante ha reconocido el amor de Dios manifestado y hecho realidad entonces y siempre, en Jesucristo.

EE 230, 237.

Es la respuesta personal al amor de Jesucristo que de muchas maneras se nos ha manifestado hasta llegar a la oblación total, absoluta e irrepe-

tible de la cruz; San Ignacio responde en los mismos términos del amor y de la entrega personal. Con razón, pues, el pueblo cristiano dirige esta oración a Jesucristo crucificado.

Para participar, para recibir, es necesario aprender a dar. Si todo lo hemos recibido de Jesucristo es justo que todo lo demos a Jesucristo, y así nos disponemos a recibir mayores bienes. Dar, es abrir la mano y el corazón para recibir, sobre todo cuando somos nosotros mismos los que nos damos y cuando es Jesucristo a quien nos damos, cuya generosidad “*liberalidad infinita*” tiene como límite nuestra capacidad de recibir. Y así dice a su bienhechora la señora Inés Pascual: “*Y así, por amor de nuestro Señor, que nos esforzemos en Él, pues tanto le debemos; que muy más presto nos hartamos nosotros en recibir sus dones, que Él en hacernoslos*”³⁸.

Dáandonos a nosotros mismos nos disponemos a recibarlo y poseerlo a Él mismo, hasta llegar a una perfecta inmanencia. “*Vivo yo, ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*”.

Ga 2,20;
Cf Rm 14,7.8;
2 Co 5,15.

Ya desde el principio de los Ejercicios, San Ignacio recomienda “*entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con el Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad*”. No quiere que el que da los ejercicios trate de inclinar al ejercitante por determinada elección y forma de vida: “*Más conveniente es y mucho mejor,*

EE 5.

³⁸ MI, Epp. 1, 72; OCSL n. 1, p. 612; MI, Epp. 1, 495; OCSL n. 35, p. 680.

buscando la divina voluntad, que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante".

EE 15. En el preámbulo para considerar estados dice: *"Considerando el ejemplo que Cristo nuestro Señor nos ha dado para el primer estado, que es en custodia de los mandamientos, siendo el en obediencia a sus padres, y así mismo para el segundo, que es de perfección evangélica, cuando quedó en el templo dejando a su padre adoptivo y a su madre natural, por vacar en puro servicio de su Padre eternal; comenzaremos juntamente contemplando su vida, a investigar y a demandar en qué vida o estado se quiere servir su divina majestad, y así para alguna introducción dello, en el primer ejercicio siguiente veremos la intención de Cristo nuestro Señor, y por el contrario, la del enemigo de natura humana, y cómo nos debemos disponer para venir en perfección en cualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir".*

EE 130. En la cuarta nota de la meditación anterior dice: *"deseando más conocer el Verbo eterno encarnado, para más le servir y seguir",* y en la meditación de Dos Banderas: *"cómo Cristo llama y quiere a todos debajo de su bandera"*, y poco más adelante: *"demandar conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para le imitar"*. Es claro, pues, que la elección de estado de vida es más que la elección de una forma particular de amor y seguimiento de Jesucristo nuestro Señor, y otro tanto se puede decir de la entrega. La entrega a Dios se hace en Jesu-

cristo y a través de Jesucristo. Ese “a través” no es un medio o un puente que se utiliza y luego se deja atrás; es en quien Dios se nos ha hecho alcanzable y en quien se nos da personal y absolutamente. Fuera de Él sigue siendo inalcanzable e invisible.

San Ignacio usa, más que ningún otro, el título de Señor, para referirse a Jesucristo³⁹. Lo llama mi Señor, Señor nuestro, común Señor, eterno Señor, Señor de todo lo creado. El hacer en todo su voluntad, como lo único verdaderamente importante, es la gran obsesión del Santo. Sabe que hace la voluntad de Dios en la medida en que sigue a Jesucristo, en quien, final y definitivamente se nos ha revelado la voluntad de Dios. Con mucha frecuencia escribirá al terminar sus cartas: “*Denos a todos su gracia Cristo nuestro Señor para que su santísima voluntad sintamos y aquella enteramente cumplamos*”⁴⁰.

San Ignacio le consagra y entrega a Jesucristo lo mejor que tiene: las potencias del alma, toda la libertad, memoria, entendimiento, voluntad, todo eso es signo de su entrega total y absoluta. Cuanto tiene y cuanto es, lo reconoce como un don de Jesucristo⁴¹.

Dirige a Jesucristo, Dios Omnipotente, ante la Virgen María, su Madre, la entrega (definitiva)

39 Cf Iparraguirre, I. (1972). *Vocabulario de Ejercicios Espirituales*. Roma: Centrum Ignatianum Spiritualitatis.

40 Cf OCSL Cartas nn. 72, 81, 116, 145, 172.

41 Cf MI, Epp. 1, 495 510; OCSL n. 35, p. 680, 683. La obediencia es una oblación continua a Jesucristo, por ella se entrega todo el hombre; particularmente supone un sacrificio del entendimiento y voluntad. Cf OCSL Const. n. 263, 342, 424, 434, 542, 552, 618, 619, 627, 661, 765.

de sí mismo⁴². Las fórmulas que señala en las Constituciones para que los Jesuitas formados hagan sus últimos votos están también dirigidas a Jesucristo⁴³. Los votos de los Escolares, en cuya fórmula⁴⁴ no aparece explícita la referencia a Jesucristo, quiere que se consideren como un “ligarse” con Él⁴⁵.

Todo lo que el ejercitante es y tiene es don de Jesucristo y a Él debe volver. Por más que el hombre llegue a adueñarse del mundo, el mundo encierra el sentido de lo ajeno. El hombre más rico no se pertenece y en el fondo intuye su pobreza. Cuando menos en la muerte, sabe el hombre que todo lo debe entregar, que todo lo debe a Alguien. La vida misma la tiene como dada. Yo soy aquello que no es mío. Y porque el ejercitante se percibe todo de otro, de Aquél que lo ha creado y conservado, y redimido con su sangre y vida, según lo contemplado a lo largo de los Ejercicios, aquí se consagra a sí mismo y consagra el mundo volviéndolo a Jesucristo. Aquí llega a ser más plenamente él mismo, y de sí mismo, entregándose a Jesucristo. Porque es dándose y entregándose como el hombre se posee y se realiza.

Entregarse no es aniquilarse. Devolver lo recibido no es abandonar aquello que se nos ha dado, ni echar fuera los dones de la vida, sino, por el contrario, reconocer en todo el amor y la presencia activa y personal de quien ha hecho los

42 Forma de la Compañía y oblación. MI, FN. 1, 20 22; OCSL p. 291.

43 OCSL Const. n. 527, 532; p. 525-527.

44 OCSL Const. n. 540.

45 OCSL Const. n. 544, 17.

beneficios. Es emplear los dones por su amor en su servicio.

Cuando el hombre entrega su libertad no la pierde; la vive y la conserva mejor y más plena, porque es más consciente de ella y de Aquél que lo ha creado y que lo quiere libre. *“Para ser libres nos liberó Cristo”*. La libertad es sinónimo de salvación y es un don divino irrenunciable. Ga 5,1; Jn 8,32.36.

“Dadme vuestro amor y gracia”. La recompensa, lo único que San Ignacio verdaderamente desea a cambio de la entrega personal que ha hecho, y que quiere que haga el ejercitante a Jesucristo, es el sentirse amado por Él y hacer de Él solo el objeto de su amor. La satisfacción de amar es la mejor paga del amor. Si aquí piensa en la salvación eterna es solamente en cuanto ésta consiste en un *“estar con Cristo”*.

EE 95.
Cf Jn 17,24; 14,3;
Cf Nota B.J.

Se trata de amar a Dios en Jesucristo, y a Jesucristo en los demás; de amar a Jesucristo como a Dios, sobre todas las cosas, y de manifestar, cuanto es posible, el amor a Él en todas las cosas y principalmente en las personas. En 1541 escribía San Ignacio a Magdalena de Loyola: *“Quiera (Jesucristo) por la su infinita y suma bondad os aumente siempre en amarle en todas cosas, poniendo, no en parte, mas en todo, todo vuestro amor y querer en el mismo Señor, y por Él en todas las criaturas”*⁴⁶.

Como el Padre, y porque el Padre tiene toda la fuerza de su amor dirigida a Jesucristo, por eso los hombres deben poner en Él toda la fuerza de

46 MI, Epp. 1, 170.

PARA AMAR A JESÚS

Cf 1 Jn 4,7s. su amor. La acción de Dios es normativa para el hombre. Es la razón última del imperativo de amar. *“¿Creen en Dios? crean también en mí”*, y en la misma dinámica podemos decir que quien ama a Dios debe también amar a Jesucristo. El mandamiento que nos impulsa a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, nos impulsa también a amar a Jesucristo de la misma manera. Más aún, creemos que ese amor, es solamente posible cuando se ve a Dios en Jesucristo, y se dirige a Él solo, y sólo en Él pone su centro. La razón de esta totalidad y unidad del amor es porque todo Dios se nos dio en Jesucristo y nada del amor de Dios quedó al margen de ese amor que entrega su propio Hijo, como primogénito, precisamente para recoger los frutos de la viña de sus amores.

Lc 20,9s;
Cf Is 5,17.

El amor a Jesucristo no debe suplir y estar por encima de todo otro amor, sino que debe reflejarse, extenderse y crecer en todo aquello que rectamente amamos. El objetivo es encontrar al Señor en todas las cosas y, sobre todo, en las personas. No sólo la renuncia a determinadas personas manifestaba el amor que Ignacio tenía a Jesucristo, sino que este amor quedaba mejor expresado en la elección que hacía de ellas. A Martín García Oñaz le dice: *“Tanto puedo amar a persona cuanto se ayuda (de mí) en servicio y alabanza de Dios nuestro Señor... porque no ama a Dios de todo corazón el que ama algo por sí (independientemente de Dios o contra Dios) y no por Dios. Quiere Dios nuestro Señor que nos alleguemos y afectemos más a los más próximos al amigo y conocido, que al que ni uno ni otro; más a los que más amaron a*

*Dios nuestro Señor, porque la caridad sin la cual nadie puede conseguir la vida, se dice que es el amor con que amamos a Dios nuestro Señor por sí mismo y a todas las demás cosas por Él*⁴⁷. Poco antes, en la misma carta, había dicho, citando a San Pablo y aplicándolo a su experiencia personal, que estaba seguro “que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni cosas futuras, ni alguna criatura sería capaz de apartarlo del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Cf Rm 8,38.39.

San Ignacio dice en los Ejercicios: “*Dadme vuestro amor y gracia que esto me basta*” porque lo ha experimentado personalmente y sabe que el ejercitante lo experimentará si de veras ama a Jesucristo por encima de todas las cosas. Cuando, por ejemplo, se sienten los efectos de la pobreza abrazada por amor a Jesucristo, San Ignacio más bien parece alegrarse que apenarse. “*Cuando a pesar de todo Dios nuestro Señor quisiese que hubiese que padecer, no se falte a los enfermos, que los más sanos podrán ejercitar mejor la paciencia que a todos nos dé Jesucristo nuestro Señor, dando su amor y el gusto de su servicio en lugar de toda otra cosa*

⁴⁸. Y escribiendo a los padres y hermanos de Padua les dice: “*Las divinas consolaciones, que suelen tanto más abundar en los siervos de Dios cuando menos abundan las cosas y comodidades terrenas, a condición de que sepan llenarse de Jesucristo, de modo que Él supla todo y les sea en lugar de todas las cosas*⁴⁹. San Ignacio resume todos los bienes en Jesucristo y

47 MI, Epp. 1, 79; OCSL n. 2, p. 614.

48 MI, Epp. 4, 564; OCSL n. 83, p. 802.

49 MI, Epp. 1, 672; OCSL n. 39, p. 700.

sabe que le vienen al hombre por el amor a Él y por su gracia. La inmensa mayoría de sus cartas las empieza con un saludo que recuerda el “*Dadme vuestro amor y gracia que esto me basta*,” de la CAA; saludo que no sólo es una fórmula, porque lo retoca según el asunto de la carta y la persona a quien la dirige. El saludo dice así: “*La suma gracia y amor eterno de Cristo nuestro Señor sea siempre en vuestro favor y ayuda*”⁵⁰. El sumo amor, en los saludos de Ignacio, es una forma de desear ese magis en el amor a Jesucristo, y el ser EE 104. objeto, cada vez más de un amor inmerecido.

Donde está Jesucristo, está la abundancia de sus dones; “*Sea Jesucristo Señor nuestro en vuestras ánimas con abundancia de sus dones espirituales*”⁵¹.

Al P. Pedro Canisio le dice: “*Tened, pues, buen ánimo y consoláos en Dios y en el poder de su fuerza, que es Cristo Jesús, Señor y Dios nuestro. De su propia voluntad, por vuestros pecados murió y sin duda fue resucitado por nuestra justificación. De modo que con Él nos resucitó y juntamente nos sentó en los cielos, etc.*”⁵²

El sumo bien, la plenitud de la felicidad eterna, será un: “*estar con Cristo*”, y esto lo empieza ya a gustar el que de verdad lo ama. Mayor que este bien no hay ningún otro, y con él nos vienen todos los demás. Al Cardenal Reginaldo Pole le dice:

50 Cf OCSL Cartas: 4, 5, 6, 7, 10, 11, 13, 15, 17, 20, 23, 24, 29, 40, 41, 45, 46, 47, 48, 49, 54, 55, 57, 60, 61, 62, 64, 65, 68, 70, 72, 73, 74, 75, 78, 82, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 94, 97, 98, 100, 103, 106, 107, 109, 112, 121, 129, 136, 137, 146, 154, 155, 156.

51 MI, Epp. 7, 269; OCSL n. 124, p. 874.

52 MI, Epp. 1, 390; OCSL n. 29, p. 671.

“El autor de ella (de la caridad) y de todo otro bien, Cristo nuestro Señor, será la misma remuneración de sus dones”⁵³. Y citando a San Pablo, siente que el amor a Jesucristo lo dispone a todo: “nada hay difícil, sobre todo en las cosas que se hacen por amor a nuestro Señor Jesucristo”⁵⁴.

1 Co 7,21.

Jesucristo, recompensa plena

En la parte cuarta de las Constituciones dice San Ignacio que el premio de todos nuestros trabajos *“ha de ser sólo Cristo nuestro Señor, según nuestro Instituto, qui est merces nostra magna nimis* (que es nuestra recompensa verdaderamente grande)”⁵⁵. Jesucristo es nuestra inmensa recompensa, la razón única que lo mueve a dejarlo todo⁵⁶.

En las Constituciones ha escrito: Cada uno de los que entran en la Compañía, siguiendo el consejo de Cristo nuestro Señor: *“Qui dimiserit patrem, etc., haga cuenta de dejar el padre y la madre y hermanos y hermanas, y cuanto tenía en el mundo; antes tenga por dicha a sí aquella palabra: qui non odit patrem et matrem, insuper et animam suam, nos potest meus esse discípulus* Lc 14,26. (*“El que no odia a su padre y a su madre, más aun, su propia vida, no puede ser mi discípulo”*). *Y así debe procurar de perder toda afición carnal y convertirla en espiritual con los deudos (parientes), amándolos solamente del amor que la caridad ordenada requiere, como quien es muerto al*

53 MI, Epp. 5, 304; OCSL n. 94, p. 825.

54 MI, Epp. 1, 79; OCSL n. 2, p. 615.

55 OCSL Const. n.478.

56 OCSL n. 78, p. 791.

*mundo y al amor propio, y vive a Cristo nuestro Señor solamente, teniendo a Él en lugar de padres y hermanos y de todas las cosas*⁵⁷.

Mt 10,37.

Es posible que San Ignacio entienda al pie de la letra el texto que cita: Lc 14,26. La justificación de este sacrificio está dada con las palabras, que ponen de relieve el carácter cristocéntrico de la renuncia: “*Si alguno viene a mi y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío*”. Donde odiar es un semitismo que sustituye al comparativo amar menos. El paralelo de Mateo traduce justamente el semitismo: “*El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí*”. Indudablemente éste es el sentido del texto citado por San Ignacio. La manera como lo practicó, que ahora nos puede parecer un tanto exagerada, pone de relieve su amor a Jesucristo.

Cf Mt 5,30.

Es de advertir que en este texto, igual que en muchos otros, las palabras de Jesús no pueden entenderse, tomarse, ni vivirse al pie de la letra, hay que entender más a lo que quieren decir que a lo que dicen, porque las palabras pueden ser causa de mal entendimiento. Y muchas veces se usan, como es el caso, para ponderar lo que está queriendo dar a entender. Por ejemplo, cuando Jesús nos dice que si tu mano o tu ojo te escandaliza córtalo y échalo fuera de ti, no espera que realmente hagamos eso, sino que en la escala de valores está primero la salvación eterna que cualquier otro valor incluso la vida temporal.

57 OCSL Const. n. 61 en la nota bene.

El amor a Jesucristo es la causa y el motivo que justifica el dejar todas las cosas y el dejarse a sí mismo para poner en él todo el tesoro del corazón⁵⁸. En Él quiere poner “*todo su consuelo y alegría y no gozarse en otra cosa alguna*”⁵⁹.

Para encontrar a Jesucristo como la satisfacción plena de toda aspiración humana es necesario haber puesto en Él todo el corazón, de tal manera que nuestro único interés sea cumplir en todo su voluntad y hacer nuestros sus intereses. Así como el entendimiento se sacia al encontrar la verdad, y sabe que no hay nada que buscar más allá de la verdad, así la voluntad (y todo el hombre) al poner en Jesucristo todo el peso de su amor, siente que nada hay que buscar más allá de Él. Aquel que ama con un amor pleno se da totalmente y en eso encuentra todo reposo.

La gracia, don y vida de Jesucristo

La gracia, como un don de Dios, tiene en San Ignacio carácter netamente cristocéntrico. Son innumerables los textos que atribuyen la gracia a un don personal de Jesucristo. El saludo inicial de las cartas del Santo lo repite casi invariablemente; (a partir del año 1532 será el saludo ordinario de sus cartas). Tendrá algunas variaciones que aclararán su significado, pero sustancialmente consistirá en desear y pedir que Jesucristo aumente su amor y su gracia en aquellos a quienes el Santo dirige sus carta.

58 Cf MI, Epp. 1, 574; OCSL n. 39, p. 702.

59 MI, Epp. 2, 642.

Nos podemos preguntar si San Ignacio piensa en la gracia en un sentido bíblico, de amor, benevolencia, favor, o si piensa en ella en el sentido dogmático, de un don sobrenatural que se opone y se pierde con el pecado, que reside y transforma interiormente al hombre, que lo hace ser hijo de Dios.

Ambos conceptos no se contraponen, y San Ignacio los puede usar, como lo hacemos todavía, en uno y otro sentido. Los diferentes matices que San Ignacio le da nos pueden servir para comprender la riqueza de ese don de Jesucristo que Él mismo obra en nosotros⁶⁰. El amor y la gracia de Jesucristo realizan de tal manera al hombre que, teniendo esto, nada le falta, y sin ellos el hombre estará radicalmente frustrado aun en su condición de hombre.

EE 234.

+San Ignacio afirma implícitamente que la gracia y el amor de Jesucristo son para todos los hombres. Desea que en todos crezca y se desarrolle. Sabe que todo hombre es tremadamente libre, que puede cerrar las puertas de su corazón al don de Cristo. La gracia, por provenir de Jesucristo, por ser Él la fuente y el autor, está destinada a ser para el hombre.

+La gracia, como ordinariamente la entiende San Ignacio, no parece un mero sinónimo del amor de Jesucristo dirigido hacia nosotros y de nosotros hacia Jesucristo. No se explicaría el binomio amor y gracia tantas veces repetido.

60 OCSL n. 1248.

+Ni tampoco es siempre un sinónimo de favor, dado que “*desea que el amor y la gracia de Jesucristo sea siempre en nuestro favor y ayuda*”⁶¹, y que antepone la gracia y el amor a cualquier beneficio divino.

+La gracia y el amor son dones de Jesucristo que a la persona se le ofrecen y se le dan, no de una vez para siempre, sino continuamente. En todo momento está el hombre dependiendo de la gracia y del amor de Jesucristo⁶².

+Su gracia nos dispone “*para que su santísima voluntad sintamos y aquélla enteramente cumplamos*”⁶³. La despedida epistolar muy frecuente dice así: “*Ceso rogando a Dios nuestro Señor, por su infinita y suma bondad, nos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima voluntad sintamos y aquélla enteramente cumplamos*”. Así une San Ignacio el saludo con la despedida de casi todas sus cartas.

+El fin del hombre, podríamos decir, es el sentir internamente, por la gracia de Jesucristo, su santísima voluntad para cumplirla enteramente. Es un aspecto del fin y de la realización plena del ser humano que consiste en ser la persona del discernimiento para el servicio a Jesucristo en los demás, y en todo momento y circunstancias de la vida.

+San Ignacio no se contenta con cualquier grado de amor y gracia; aquí volvemos a descubrir al Ignacio del *magis* en el amor y en la gracia.

61 OCSL Cart. 145, 148, 161, 170.

62 MI, Epp. 1, 170, 192, 228, 572. OCSL Cart. 39. p. 700.

63 MI, Epp. 228.

PARA AMAR A JESÚS

Desea y pide “*la suma gracia y amor eterno de Cristo nuestro Señor*”⁶⁴ para conocer y sentir mejor su voluntad y para cumplirla cada vez más perfectamente. En todo esto podemos encontrar ese sentido dinámico de crecimiento espiritual⁶⁵, porque es propio de la persona el llegar a ser, Ef 2,15; 4,24. con la gracia divina, más conforme a Jesucristo convirtiéndose en “*hombre nuevo*”.

+La gracia no sólo es algo vivo, sino que es la vida de Jesucristo en nosotros, y por eso está en estrecha relación con Cristo muerto y resucitado por todos. La gracia sólo es vida divina en nosotros en cuanto es la vida del Hijo de Dios hecho hombre. El amor y la gracia de Jesucristo son dos aspectos de una misma realidad: la vida de Cristo resucitado que continúa y se prolonga en los hombres como sarmientos de una única vid, o como miembros del único cuerpo, que es la Iglesia, y que tiene a Jesucristo resucitado como cabeza. Esa vida de Cristo en nosotros, que es la gracia, y que es un verdadero principio de acción no es algo distinto del mismo Cristo histórico presente y activo, vivo y vivificante, en lo más personal e íntimo del hombre⁶⁶, por medio del Espíritu.

No sólo es principio de vida sobrenatural, sino principio de vida eterna y causa de resurrección y de participación plena de la gloria de Jesucristo⁶⁷. La gracia nos identifica con Él, nos hace conformes a su imagen en un orden superior,

64 MI, Epp. 101.

65 MI, Epp. 12,331; OCSL n. 38.

66 MI, Epp. 1, p. 682.

67 OCSL n. 148.

nos transforma haciéndonos una nueva creatura, hombres nuevos, y nos hace vivir según el Espíritu; de tal manera que ya no vive el hombre como ser independiente, sino que es Cristo quien vive en él. La vida del hombre es una realidad pero mucho más real es la vida de Cristo en él. “Vivo Ga 2,20. yo, pero más que yo, vive Cristo en mí”.

San Ignacio habla de la gracia y el amor como de algo vivo que nace, crece y se desarrolla⁶⁸, EE 324, 71. como de algo vivo que muere con el pecado.

+San Ignacio usa también el término gracia en el sentido de sólo un favor divino. Lo que el hombre es, tiene, y puede hacer todo es gracia. Todos los favores los ve San Ignacio como gracias concomitantes a la gracia por excelencia: al don que Jesucristo, Dios encarnado, nos hace de sí mismo. Por eso el Santo repite tanto que donde está Jesucristo está la abundancia de sus dones espirituales⁶⁹, o que Jesucristo nunca jamás se aparta de sus dones⁷⁰ o que quien posee a Jesucristo no le pueden faltar sus dones y gracias, finalmente, que la presencia de Jesucristo vale más que todo lo que pueda darnos. No se estiman en poco sus dones y gracias; se ama sobremanera “al dador de ellas”⁷¹.

En la mente de San Ignacio es claro el pensamiento, que en la liturgia actual es una confesión cristológica: la Eucaristía. En la que el Padre, como principio original de todo, conce-

68 OCSL n. 38, 92, 119, 129.

69 OCSL n. 124.

70 OCSL n. 39, p. 702.

71 MI, Epp. 1, 85.

PARA AMAR A JESÚS

Per Christum Domi-
num nostrum. Per
quem haec omnia,

Domine, semper
bona creas, sanctifi-
cas, vivificas, benedi-
cis, et praestas nobis.

de al mundo todos los bienes por Jesucristo, su Hijo, Señor nuestro. San Ignacio decía en cada eucaristía: “*por Cristo nuestro Señor por el cual sigues creando siempre todos los bienes, los santi- ficas, los vivificas, los bendices y los repartes entre nosotros*”⁷².

72 Del canon del misal romano.

CAPITULO VIII

SEGUNDO PUNTO

“El segundo, mirar cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dando el ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender, y así en mí dándome ser, animando, sensando y haciéndome entender; así mismo haciendo templo de mí, siendo criado a la similitud e imagen de su divina majestad. Otro tanto reflexionando en mí mismo, por el modo que está dicho en el primer punto, o por otro que sintiere mejor”.

Texto de los
Ejercicios.

EE 235.

“Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”.

Textos bíblicos
relacionados.

Mt 28,20.

“Donde dos o tres se reúnen en mi nombre ahí estaré yo en medio de ellos”.

Mt 18,20.

“No se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en él —Dios— vivimos, nos movemos y existimos”.

PARA AMAR A JESÚS

- Mc 16,20. *“Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos, y confirmando la Palabra con los signos que la acompañaban”.*
- Jn 14,18. *“No los dejaré huérfanos: volveré a (πρὸς) ustedes”.*
- Jn 14,20. *“Comprenderán que yo estoy en mi Padre y ustedes en mí y yo en ustedes”.*

Jesucristo presente en el mundo

1P 1,3; Hb 1,5; Hch 3,13; Ex 3,4 6.

Sb 11,25; Rm 1,20.

Ex 19,4s; 33,16.

Jn 17,24; 8,29.

Ef 1,4.

Sb 11,24; Sal 106,1s; 139.

Hch 17,25 28.

1 R 8,27; Cf Is 66,1.

Hb 1,1; Ga 4,4;
Rm 1,2 3; Jn 1,14.

Mt 1,21s; 16,16.

Mt 11,25s.

Jn 1,9s.

El Dios de la revelación es el Dios que entabla relaciones personales; el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob y, sobre todo, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; no es un ser aislado del mundo, pero tampoco se confunde con él. Es el Dios creador presente a su obra, el Dios salvador presente a su pueblo, el Dios Padre presente a su Hijo amado antes de la creación del mundo y por el que están presentes, en Él, los hombres de todos los tiempos. Cuanto más se revela Dios tanto más se hace presente a los suyos. Su presencia, aunque sea en el mundo, es espiritual y su amor envuelve a toda la creatura y es eterno. Su amor hace salir el sol y vivifica al hombre. Su presencia no es exclusiva de ninguna morada material; en Jesucristo, y por medio de Él en el mundo y en la historia, culmina su presencia de manera única.

Jesús es el Emmanuel, el Hijo de Dios vivo cuya presencia se revela a los pequeños. Es la Palabra de Dios que habita entre nosotros, que pone su tienda, que viene a su casa y a los suyos, que hace presente la gloria de su Padre, del que su

SEGUNDO PUNTO

cuerpo es el verdadero templo y en Él se halla la plenitud de la divinidad. Jn 2,21; 1,14.
Ga 2,9.

De muchas maneras está personalmente presente: está en todos los que sufren y en ellos, particularmente, quiere ser servido; está en los que proclaman su palabra y en ellos quiere ser escuchado; está en los que se unen a orar en su nombre. Se identifica con los suyos, perseguidos. Vive en los que lo han recibido por la fe. En los que se alimentan con su cuerpo y beben su sangre. En los que anima su Espíritu haciéndolos templos de Dios y miembros místicos de Cristo. Dice a sus discípulos que permanecerá con ellos todos los días hasta el fin del mundo. Está con ellos como su Padre está en Él. Los hace conscientes de su presencia para siempre.

Mt 25,40.
Lc 10,16.
Mt 18,20.
Hch 9,5; Ga 2,20;
Ef 3,7.
1 Co 10,16s.
Rm 8,9,14;
1 Co 3,16s; 12,12s;
6,19; Ef 2,21.
Jn 14,19s.
Mt 28,20.

La comunión con Jesús supone su glorificación y el envío de su Espíritu, y es necesaria su ausencia. Jn 16,28; 14,16s;
16,7.

Por el amor a Jesucristo contamos con el amor del Padre, y con la presencia y comunión del Padre y del Hijo y de su Espíritu. Jn 14,23; 17,23 26.
Jn 14,15; 1 Jn 1,3;
3,24; 4,12.

Jesucristo es quien está llamando continuamente a nuestra puerta; su presencia no es sensible, ni exclusiva de un pueblo, ni ligada a un lugar; es interior al creyente y al mundo. Ap 3,20; Jn 7,34.
Col 3,11; Jn 4,21.

En el Antiguo Testamento se designaba la presencia con el término SHEKINAH¹; esta expresión significaba literalmente habitar en la tienda y se refería a la presencia especial de Dios en medio de su pueblo, que era distinta de aquella por la que Dios llena el cielo y la tierra.

1 R 8,27s.

¹ Diccionario bíblico HAAG, p. 1812.

PARA AMAR A JESÚS

La oración de Salomón explica de qué manera se debe entender la presencia de Dios localizada en el templo. Por la destrucción del templo se llegó a una concepción de la presencia divina más espiritual. Dios mismo se convirtió en el templo de los exiliados: “*Sí, yo he sido un santuario para ellos, pero por poco tiempo, en los países a donde han ido*”.

2 Sb 7s.

Ez 11,16.

En Jesucristo la presencia salvífica de Dios llega a su vértice. Cristo es más que el antiguo templo; su cuerpo será el santuario destruido y reedificado. Por el misterio de la encarnación Dios ha puesto su tienda entre nosotros. En los escritos de Pablo y Juan la comunidad cristiana, en cuanto participa de Cristo y está unida a Él, llega a ser el nuevo templo de Dios.

Mt 12,6.

Jn 2,19 22; 1,14.

En el Evangelio de Juan “*el poner la tienda en medio de su pueblo*” es propio de Dios y tiene su sentido pleno en Jesucristo. En Él “*habita*” Dios con su pueblo. La vida temporal de Jesús tiene relación con la presencia y solicitud de Dios por su pueblo y con la omnipresencia divina.

Jn 1,14; Dt 4,7.

Ex 25,8; Cf Nm

35,34.

Si 24,7 22;

Ba 3,36 44.

La presencia personal y tangible de Dios entre los hombres sucede, por la Encarnación de la Palabra, a la presencia invisible y temible de Dios en el Tabernáculo o el Templo de la antigua alianza, y a la presencia espiritual de la Sabiduría en Israel por la ley mosaica.

La presencia universal de Jesucristo resucitado es presencia personal. Todo Él, en su condición de Dios encarnado, hecho hombre, está aquí y ahí como viviente, presente en la unidad y pleni-

tud de su ser. Antes de su nacimiento estaba presente en el mundo, y en su vida temporal vivía la vida divina en la vida humana. Su resurrección es nueva vida que supera y trasciende la vida humana y que la vivifica. Está siempre con nosotros recorriendo el camino de la vida, adaptándose a nuestra debilidad física, espiritual y mental, *Lc 24,13s.* pronto para compartir la Palabra y el Pan.

Jn 1,11.

La presencia de Dios y la presencia de Cristo

San Ignacio es extraordinariamente sensible a la presencia divina; en todas las meditaciones quiere que el ejercitante se ponga en la presencia de Dios; la composición de lugar es frecuentemente una visualización imaginaria de la presencia divina. Quiere que el ejercitante tome conciencia de que Dios lo abarca por todas partes, por delante (*“poner delante”*), por arriba, desde dentro (*“interiormente”*) y desde fuera. Se siente debajo de Jesucristo, *“como a su sombra”* o lo ve delante, *“como guía”*². En la Autobiografía nos cuenta que en el camino del monasterio de los franciscanos, en Jerusalén, *“tuvo de nuestro Señor grande consolación, que le parecía que veía a Cristo sobre él siempre”*³.

EE 75.

EE 47.

EE 316.

En los misterios de la vida de Cristo quiere que el ejercitante haga presente el misterio que contempla, o se haga presente en el misterio. *“Ver a nuestra Señora y a José y a la ancila y al niño Jesús, después de ser nacido, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades, como si presen-*

EE 114;

Cf EE 53, 92, 95.

² OCSL Diario Esp. n. 101, p. 346.

³ OCSL Autob. n. 48, p. 114.

te me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible”.

Esta forma de contemplar “*como si presente me hágase*” la pudo haber aprendido de la vida de Cristo, escrita por Ludolfo de Sajonia y traducida por el Cartujano, la cual leyó devota y cuidadosamente en su convalecencia en Loyola⁴. Encontraba tanta devoción en la lectura que escribió notas personales y “*ponía con tinta colorada las palabras que se referían a Cristo y con tinta azul las que se referían a nuestra Señora*”⁵.

Decía El Cartujano:

“Allégate, pues, a él con corazón piadoso, porque, en quanto abaxare del seno del Padre al vientre de la Virgen, le seas tú, como otro testigo, con el ángel de la santa concepción en pureza de fe, y gózate con la Virgen Madre, así preñada para tu remedio. Está presente en su natividad y en su circuncisión con el Santo José, como su buen ayo y guarda.

- EE 102-116. *264-266. Vete con los Reyes orientales para Belén y adora con ellos al Rey pequeño. Ayúdalos a llevar con sus padres a la presentación del templo, y acompaña-
lo con los apóstoles como a pastor piadoso y como a factor de gloriosas maravillas. Está presente con la Virgen bienaventurada, Madre suya y con San Juan, a la hora de su muerte para compadecerse del Hijo que muere y de la Madre llorosa. E aun debes con una piadosa curiosidad y diligencia tratar besar y adorar cada una de las llagas de tu Salvador así muerto por tu amor. Búscalos en la resurrección con María Magdalena, hasta que lo*
- EE 111-127, 264-266. *EE 267. EE 268. EE 279, 280. EE 297. EE 300,3.*

⁴ OCSL Autob. n. 5, p. 91.

⁵ OCSL Autob. n. 11, p. 93.

SEGUNDO PUNTO

*merezcás hallar. Maravíllate de cómo sube al cielo, como si estuvieses con los discípulos en el monte Olivete, y asíéntate con los Apóstoles en el cenáculo, y escóndete de todas las cosas temporales, porque merezcás ser revestido del cielo de la virtud del Espíritu Santo*⁶.

EE 312, 2-3.

EE 312,1.

Que yo me haga presente en los misterios de la vida de Jesús corresponde a que haga presente a Jesús en los misterios de mi vida. En los Ejercicios quiere que el ejercitante imagine que mientras come “vea a Cristo comiendo con sus apóstoles”.

EE 214.

Ponerse en la presencia de Jesucristo es para Ignacio ponerse en la presencia divina, y no sería posible ponerse en su presencia, si Jesucristo no estuviera realmente presente. Porque Jesucristo está en todas partes y en todo momento presente, por eso puede el hombre entrar en comunicación con él. Sin embargo no debemos buscar a Dios y a Cristo como si estuviera aquí o allá, o en alguna parte del mundo, su “vecindad” es una manera de referirnos a su presencia. Cuando no podemos buscarlo en ninguna parte lo encontramos al mismo tiempo en todas partes, principalmente en el corazón.

Dios, en Jesucristo, llegó a su más alta forma de presencia y comunión con los hombres y con él podemos encontrarlo en el pesebre o en la cruz, y señalarlo con el dedo; su presencia ha hecho historia y se ha localizado en una parte del mundo. Su vida temporal, su existir durante un tiempo, lleva a plenitud la existencia de todas las cosas

⁶ Ludolfo de Sajonia (2010). *La vida de Cristo*. Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu, prólogo 5.

en todos los tiempos. En su presencia, la presencia de Dios se encarna, se visualiza, se hace contemporánea con un fragmento de la historia.

Jesús no suprime o explica la presencia de Dios en el mundo, solamente la vive y la afirma viéndola. Es un presupuesto de su anuncio sobre Dios y sobre el reino.

Con la resurrección comprenden los apóstoles y discípulos que en Jesús y por Jesús, Dios ha visitado y se ha hecho presente a su pueblo para siempre.

Jesús no cree indispensable el templo para que los hombres encuentren a Dios, sino que les da una visión sagrada del mundo y de los demás.

El templo puede ser el lugar en que la persona se hace más sensible a los demás, a la vida y a Dios en la historia.

Presencia dinámica y progresiva

*“Mirar cómo Dios habita en las criaturas,
en los elementos dando el ser,
en las plantas vegetando,
en los animales sensando,
en el hombre dando entender”.*

EE 235.

La presencia divina la considera San Ignacio, siguiendo a Santo Tomás⁷, partiendo de la actividad creadora y conservadora de Dios⁸, y porque a Jesucristo atribuye la creación y conservación del mundo, por eso también lo encuentra presen-

7 S. Th. I q8, a.1-4.

8 Suárez. De SS. Trinitatis Misterio, lib. 12 c. 4, n. 8. Ed. Vives I, 803. “Deus peculiariter modo est, ubi peculiariter operatur”.

te “en los elementos dando el ser, en las plantas
vejetando, en los animales sensando, en el hombre
dando entender”⁹. Una vez más vemos que San Ignacio contempla la plenitud de la acción de Dios, en Jesús. Jesucristo como “Creador y Señor”, como Conservador y Providente, habita o está presente en las criaturas de manera gradual y progresiva, a cuyos diversos grados de presencia corresponden diversos grados de acción — causalidad —, de providencia —finalidad—, de predilección y comunión. Las criaturas tanto más dependen de Jesucristo cuanto son más perfectas, y Jesucristo está presente en ellas de forma más plena.

EE 235.

En 1545 le dice San Ignacio a San Francisco de Borja: “Sentir como todo nuestro bien eterno sea en todas las cosas criadas, dando a todas ser, y conservando en él, con infinito amor y presencia. A los que enteramente aman al Señor todas las cosas les ayudan para más merecer y para más allegarse y unirse con su Criador y Señor”¹⁰.

Al P. Antonio Brando, que quiere saber del Padre Ignacio lo que piensa de la vida de oración de los estudiantes, le dice: “Se pueden ejercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas, como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hiciéremos, pues en verdad que está su divina majestad por presencia, potencia y esencia en todas las cosas. Y esta manera de meditar, hallando a nuestro Señor Dios en todas las cosas, es más fácil que no levantarnos a las cosas divinas más abstractas,

9 Cf MI, Epp. I, 102.

10 MI, Epp. I, 339; OCSL n. 26, p. 664.

*haciéndonos con trabajos a ellas presentes, y causará este buen ejercicio disponiéndonos grandes visitaciones del Señor, aunque sean en una breve oración. Y allende de esto, se pueden ejercitar en ofrecer a nuestro Señor Dios muchas veces sus estudios y trabajos de ellos, mirando que por su amor los aceptamos, posponiendo nuestros gustos, para que en algo a su Majestad sirvamos, ayudando a aquellos por cuya vida Él murió*¹¹. Con estas últimas palabras pone de relieve que en todo lo dicho se está refiriendo a Jesús de Nazaret.

San Ignacio no pide una reflexión complicada, ni hace metafísica de lo sagrado, ni cree necesarias grandes disquisiciones para justificar la verdad propuesta en la contemplación. Se trata de abrir los ojos del corazón hacia lo imponderable, lo imperceptible, lo inabarcable. Es en la fe, más que en la razón, como se hace este ejercicio. Por una especie de intuición se ha de ver a Jesús vivo en el mundo, en los demás, en uno mismo. Por eso le parece que esta forma de oración es mucho más sencilla que cualquier otra. Encontrar al Señor en todas las cosas debía ser el ejercicio más normal y casi espontáneo de la vida del ejercitante¹².

El texto citado anteriormente atribuye a Jesucristo, que muere por la vida de todos, un estar por esencia, presencia y potencia. Jesús resucitado, por ser Dios, está presente en todas las cosas; su presencia es real, aunque no perceptible a los sentidos, es personal, porque está presente todo

11 MI, Epp. 3, OCSL n. 66, p. 763.

12 OCSL Const. 288, p. 477.

SEGUNDO PUNTO

Él en cuanto Dios y en cuanto Hombre, y exalta- Cf Jn 14,19.
do; está presente como el que vive.

Está presente por esencia en cuanto da y conserva el ser como Creador y Conservador de todo cuanto existe. Por no estar ligado a ningún espacio está presente en todas las dimensiones de la realidad, de las cosas. Su presencia es universal en cuanto todas las cosas están bajo su mirada y ninguna realidad humana, histórica o intramundana le es ajena. Tiene por todo (en la medida en que los diferentes órdenes del ser le están relacionados), y especialmente por el hombre, una providencia y una solicitud amorosa.

Está presente por potencia en cuanto sustenta la acción de la creatura y a la creatura misma, porque todo está bajo su dominio y señorío.

Jesucristo está presente y obra en el mundo a la manera de Dios; manifiesta su presencia en la impresión de ausencia que nos deja. Su presencia es algo muy distinto de aquello de que tenemos experiencia inmediata. Lo descubrimos como Aquel que está presente en la ausencia. Es ausente a nuestros sentidos precisamente por el carácter divino de su actividad y de su presencia. Su modo de iniciar, conservar, gobernar y finalizar la historia y de estar presente en ella supera toda concepción humana de causalidad, actividad, finalidad y presencia sensible.

Jesucristo, más que explicarnos el misterio de la universal presencia y actividad de Dios, se incluyó en él y, con su resurrección y ascensión, entró en el misterio de Dios trascendente.

Cristo Jesús con ser creador y salvador de todo no deja nada vacío de él¹³, siempre está presente en su obra, como el que habla está presente en sus palabras; él también es el fundamento del orden y de la unidad del mundo y finalmente el Ef 1,10. “recapitulador”, esto es, el que contiene en si todas las cosas. No tanto en sentido físico, sino en sentido final, algo así como cada uno de nosotros contenemos a todos nuestros antepasados.

Entre los elementos del mundo hay “un acuerdo”, una concatenación; unos están no solamente ligados a otros, sino en función de otros, y así forman una unidad. Así todos nosotros estamos vinculados a Cristo y formamos con él una unidad haciéndonos miembros de su propio cuerpo.

1 Co 12,12. **Jesucristo, principio vital**

En repetidas ocasiones habla San Ignacio de Jesucristo como principio vital; lo llama “*salud y vida verdadera del mundo*”. Su influjo vital lo refiere no sólo a la vida espiritual, sino a todo tipo de vida. Jesucristo es una realidad que palpita en todos los seres vivos que en Él y por Él tienen vida. Desde el principio Él vivía y en Él “*estaba la vida*”, como en una semilla por germinar. Cuanto ha sido hecho por Él, como Creador de la vida, es vida en Él como plenitud que participa y recapitula sus “*dones particulares*”.

Cf Jn 1,1s. Su influjo vital se hace vegetativo en las plantas, sensitivo en los animales, intelectual y espiritual en el hombre. En el hombre vive con una realidad más viviente y personal, cuando éste lo co-

13 Cf Novaciano. *De trinitate* II,10.

SEGUNDO PUNTO

noce, lo acepta y lo ama libremente. Cuando el hombre sale de sí mismo y lo encuentra, aunque sea inadvertidamente, en los demás. Mt 25,38s.

Viviendo su propia vida y muriendo su propia muerte el hombre se acerca a Jesucristo como *“Resurrección y Vida”*. A esa vida eterna, para la cual hemos sido creados y redimidos y a la que estamos destinados, la llama San Ignacio *“vida verdadera”*, porque la otra es solamente una sombra. La vida temporal es un signo de la eterna. El hombre es un llamado a la vida eterna. Jn 11,25.

En una carta escrita al P. Gaspar Barceo, le dice el Santo: *“En esta casa... (y colegio nuestro de Roma, y en el Germánico) estamos con salud por la divina gracia. Dénosla interior el que es salud y vida verdadera del mundo, Jesús Cristo, Dios y Señor nuestro”*¹⁴.

La vida es un regalo de Jesucristo; es un don totalmente gratuito que supone la decisión clara y activa de Jesucristo que obra (y trabaja) en todo aquello que interviene en nuestra existencia. Sólo el amor de Dios en Jesucristo, que nos ama en Él antes de que existiéramos, explica el fenómeno de nuestra existencia. Entre los millones de posibilidades dadas el día de la concepción, sólo una, la de cada quien, había de llegar a ser la vida propia. Cf Ef 1,3s.

La razón última de una vida particular es la solicitud providente de Jesucristo.

De todos los dones temporales, la propia vida es el valor supremo y lo que más aman los hombres.

14 MI, Epp. 359; OCSL n. 11, p. 855.

Para conservarla y propagarla no solamente ha dado Dios razones y preceptos como signos de su amor, sino, además, dio impulsos e instintos que actúan sin necesidad de la conciencia. La vida adquiere su pleno sentido y responsabilidad en la conciencia. Caer en la cuenta de que estamos vivos es la manifestación más sorprendente de la vida. Es necesario darle sentido a la vida para vivirla plenamente. Y el sentido de la vida es Jesucristo.

La vida es participación de la plenitud de vida que el Padre continuamente da a Jesucristo y, por Jesucristo, a los hombres y a todos los seres vivos. Olvidar que Jesucristo es la Vida, y que vivimos por un don inmerecido de su amor, es una de las grandes infidelidades del ser humano. Vivimos a pesar de la renuncia que por el pecado hemos hecho a la verdadera vida. Por eso Ignacio sugiere un coloquio *“dando gracias a Dios nuestro Señor porque me ha dado vida hasta ahora”*.

EE 61. La vida verdadera que muestra y da solamente el sumo y verdadero capitán está muy ligada a su conocimiento, amor, seguimiento y servicio. Es una vida que exige la unión. Como aquella que se da entre la vid y los sarmientos; porque, en último término, nuestra vida es la vida de la vid Jn 15,1s. que, en sus retoños, florece y da sus frutos: su corazón late en el nuestro. La gama que presenta la comunión de vida con Jesucristo es muy amplia; va desde lo esencial, natural y básico hasta la comunión interpersonal, la exaltación y la transfiguración.

La participación de la vida de Jesús, gráficamente expresada en la alegoría de la vid, es una verdad de suma importancia para la vida cristiana. Todos los sacramentos, y especialmente la eucaristía, tienen por objeto incorporarnos a Cristo para que vivamos de su vida. Jn 15,5.

La vida de Jesús, que el Evangelio visualiza con su aliento, la comunica Jesús a los hombres, y es su Espíritu.

Esta visión corresponde más a la teología oriental que a la occidental; en aquella Dios nos da su Espíritu por medio de Jesús, en la teología occidental Dios nos da su Espíritu junto con Jesús. *Filioque.*

En una carta fechada el 22 de diciembre de 1554 escribía el Santo en una carta de condolencia por la muerte de uno de los hijos de Doña Violante: *“Espero en Aquel que es verdadera salud y vida nuestra, que nos ha atendido en concederle la vida presente, sujeta a muchos trabajos y peligros, y finalmente a la muerte, para que le conceda tanto más presto aquella que es perpetua y sumamente segura y feliz, para la cual nos ha creado y vivificado con el precio de su sangre, y a la cual deben ordenarse todos los deseos de nuestro bien y del ajeno”*¹⁵.

Jesucristo salud y vida

Como perfección de la vida, San Ignacio considera la salud como un don personal de Jesucristo, que nos capacita para conocerlo, seguirlo y servirlo mejor, y que en sí misma es mejor que la enfermedad. Un cierto estado de salud es nece-

¹⁵ MI, Epp. 8, 183; OCSL n. 136, p. 894.

sario para poderle dar a nuestra existencia todo su sentido.

EE 23; 169, 184,
189.

La indiferencia ante la salud y la enfermedad sólo se justifica ante el último fin para el que hemos sido creados. Solamente el fin supremo: nuestra identificación con Jesucristo, el reproducir en nosotros su imagen, puede anteponerse a la salud.

EE 167.

En la mente de San Ignacio, en su edad madura espiritual, ni siquiera el amor a Jesucristo y desprecio de nosotros mismos justifica el que nos hagamos daño. Dado que Jesucristo no quiere nuestro mal, ni se complace en el sufrimiento en sí mismo, nunca podemos causarnos daño y con eso pensar que agradamos al Señor. Dios no se complace en el dolor humano.

EE 167; 91.

Esto no quiere decir que el reproducir en nosotros la imagen de Jesucristo (“*Tercer Grado de humildad y Rey Temporal*”), no tenga para nosotros consecuencias inmediatas, y aun frecuentes, que puedan dañar nuestra salud.

Ante nuestro último fin la enfermedad puede ser un don de Jesucristo tan grande como la salud. San Ignacio quiere que los jesuitas enfermos “*muestren que aceptan la enfermedad como gracia de la mano de nuestro Criador y Señor, pues no lo es menos que la sanidad*”¹⁶.

La enfermedad y el dolor son una crisis para el hombre; una especie de tentación. Ver en la enfermedad y el dolor inevitable una manifestación del amor de Jesucristo supone una comprensión

16 OCSL Const. n. 272, p. 473.

profunda del misterio de Cristo y del hombre, y porque se ve tocado en lo más vivo de su ser, ese misterio lo conmueve profundamente. Puede explicarse el fenómeno del sufrimiento por razones naturales, pero solamente en el orden de la fe y de nuestro fin último se puede desentrañar todo su significado.

Al P. Miguel Nóbrega le dice el Santo: “*Dios nuestro Criador y Señor sea bendito, y pues hace la gracia del padecer en su servicio, se digne hacerla de dar tanta paciencia y fortaleza, cuanta ve ser necesaria para poder llevar a cuestas tan grave cruz con hacimiento de gracias, reconociendo que con igual caridad y amor envía su divina bondad los trabajos, fatigas y tribulaciones, y adversidades, con que suele enviar el reposo, y contentamiento, y alegría, y toda prosperidad.*

*Y aunque se use la diligencia que, conforme a razón, debe usarse para aliviar y remediar los males temporales que su mano divina causa o permite, hecha la tal diligencia, deberíamos sin duda alegrarnos con la participación que Cristo nuestro Señor nos comunica de su cruz. Así que, carísimo hermano, esfuérce en el que le ha creado y redimido con su sangre, y confíese de la suavísima providencia suya*¹⁷.

Es interesante advertir cómo el Santo llama la atención sobre la obligación de usar los medios necesarios para aliviar los males temporales y, al mismo tiempo, cómo ve que aquello que no podemos evitar debe ser causa de alegría espiritual “*por la participación que Cristo nuestro Señor nos*

17 MI, Epp. 7, 447; OCSL n. 130, p. 887.

comunica de su cruz”. Todo sufrimiento humano inevitable y debidamente soportado nos une a Jesús y nos hace cada vez más conformes a la imagen de Cristo doliente¹⁸, y así completa en nuestra carne lo que falta a la pasión de Cristo, en favor de toda su Iglesia.

Cf Flp 3,8-10.
Cf Col 1,24.

La enfermedad y el sufrimiento, los considera San Ignacio, como un medio para servir y seguir a Jesús¹⁹. El dolor viene a ser un carisma, o un don personal con una función social, cuyo primer beneficiado es el que sufre. No podemos extrañarnos de que el dolor sea para la persona una crisis y una tentación cuando lo fue también para Cristo, y como la obediencia y la entrega en el amor tuvieron en Jesucristo un sentido social, así lo tiene también para nosotros.

San Ignacio quiere que durante la enfermedad procuren sus hijos dar gloria a Dios y edificación a los demás “*con fe viva, esperanza y amor de los bienes eternos que nos mereció y adquirió Cristo nuestro Señor con los trabajos tan sin comparación de su temporal vida y muerte*”²⁰. El amor, como última palabra de la vida cristiana, está sosteniendo y animando la fe y la esperanza.

Quiere, también, que “*tomen los santos Sacramentos todos y se fortalezcan para el tránsito de la temporal vida a la eterna con las armas que nos concede la divina liberalidad de Cristo nuestro Señor*”. La muerte aparece aquí como la última

18 MI, Epp. 1, 225.

19 Cf Const. n. 595 Al B. Juan de Avila le dice: “*Rogamos al que es verdadera salud y vida de todos mucho se sirva, así en enfermedad como en sanidad*”. MI, Epp. 8, 363; OCSL n. 140, p. 899.

20 OCSL Const. n. 595.

SEGUNDO PUNTO

lucha contra el demonio, de aquellos que militan debajo del estandarte de Jesucristo²¹.

El que está gravemente enfermo “debe ser ayudado con oraciones de todos los de casa muy especiales, hasta que haya dado el ánima a su Creador... Y cuando en lo demás no podrá ser ayudado, encomendándole a Dios nuestro Señor, hasta que reciba su ánima apartada del cuerpo, el que la redimió con tan caro precio de su sangre y vida”²².

La oración del “Ánima Christi”, que responde tan profundamente a la devoción del Santo y que hace repetir frecuentemente al ejercitante, termina con estas palabras “En la hora de mi muerte llámame, y mándame ir a ti, para que con tus ángeles y santos te alabe y te bendiga por los siglos de los siglos”²³.

Cf EE 63, 147, 253, 258.

El hombre está llamado a reproducir la imagen de Jesucristo doliente, en los sufrimientos de cada día hasta llegar, al fin, a reproducir la imagen de Jesucristo muerto y sepultado —en la entrega, en el amor, la impotencia, la confianza, la obediencia, la fidelidad hasta la muerte— y, pasando nosotros también por la muerte, llegar a reproducir la imagen de Cristo glorioso.

A la viuda de Juan de Boquet, en una carta de condolencia escribió el Santo: “Pero esperando en la misericordia de quien la crió y redimió con su sangre... que como muriendo nos quitó el temor de la muerte, así resucitando y subiendo al cielo nos mostró cuál era y a dónde la verdadera vida, a la

21 Cf MI, Const. I, 375-382; OCSL p. 410.

22 OCSL Const. n. 596.

23 Preces et pia opera, 1938, n. 105.

PARA AMAR A JESÚS

cual por la muerte se pasa, en la participación de su reino y gloria”²⁴.

En el misterio de la muerte-resurrección-ascensión San Ignacio ve a Jesús como verdadera vida, y que se da allí donde está Él participando su reino y gloria.

San Ignacio sabe que Jesucristo, con la muerte, deshizo la nuestra; que su muerte es principio de vida y felicidad eterna para los que mueren en su amor y gracia²⁵.

Para consolar a Isabel de Vega por la muerte de su madre Doña Leonor, le escribe el Santo: *“Pero mirando, como debemos, la remuneración que tiene aparejada a los que en su servicio viven y mueren... antes es ocasión de alabar y bendecir a nuestro Criador y Señor Jesucristo, vida y todo bien nuestro, y gozarse de la gloria y felicidad que comunica a los que lleva para sí”²⁶.*

Es característico de la espiritualidad de Ignacio el buscar y encontrar a Dios en todas las cosas, y de una manera particular ese buscar y encontrar a Dios consiste en un encuentro interpersonal con Jesucristo. Y no sólo en toda las cosas, sino en todos los momentos y circunstancias de la vida, y de una manera muy particular, en la muerte. La muerte es para el Santo el momento del mayor encuentro.

24 MI, Epp. 7, 409-411; OCSL n. 128, p. 884.

25 Cf MI, Epp. 3, 13-15; OCSL n. 54, p. 748. (En el texto es el Padre quien con la muerte de Cristo deshace la nuestra).

26 MI, Epp. 3, 17-19.

Quiere que el jesuita, como auténtico cristiano, muera con fe viva, esperanza y amor de los bienes eternos que Cristo nos mereció y adquirió²⁷. Cristo mismo, con los sacramentos, lo ayuda a bien morir. *“Como en la vida toda, así también la muerte, y mucho más”* se glorifica y sirve a Jesucristo²⁸.

Él viene por nosotros para llevarnos consigo²⁹. Nos espera con los brazos y el corazón abiertos después de la muerte³⁰. Él es quien nos ha de juzgar³¹ y valorar nuestra vida. *“Porque tuve hambre y me diste de comer”*. EE 74. Mt 25,38s.

Él nos resucitará para participar eternamente de su reino y gloria³², que es nuestro último fin *“al cual deben ordenarse todos los deseos de nuestro bien y del ajeno”*³³, y que recibimos de su mano³⁴. Cf EE 95.

La presencia de Jesucristo

***“Y así en mí dándome ser, animando, sensando y haciéndome entender”*.** EE 235.

27 OCSL Const. n. 595.

28 Ibidem.

29 Cf MI, Epp. 7, 544.

30 MI, Epp. 1, 102; OCSL Const. n. 596.

31 Cf MI, Epp. 1, 339; OCSL n. 26, p. 665. MI, Epp. 1, 146. MI, Epp. 3, 790. + A Jesucristo lo llama “sumo y eterno Juez”. El Santo Fabro proponía una meditación, al fin de la primera semana, sobre la muerte y el juicio. Allí considera la sentencia que Jesucristo nuestro Señor Juez justo, puro y recto, está a punto de dar, entonces pagará a cada uno según su conducta (Mt 16,27). MI, Ex. p. 606 n. 49. Cf Textus Vallisoletanus. Ibidem p. 625, n. 51. Textus Italicus. Ibidem p. 719, n. 382s. (El juicio pertenece a Cristo; a Él lo considera visible, a las otras dos personas, invisibles (n. 385)).

32 MI, Epp. 1, 628; 7, 410; OCSL n. 128, p. 884, n. 40, p. 705.

33 OCSL p. 894.

34 OCSL Const. n. 156, p. 451.

La presencia de Dios en las criaturas parece aquí como el pórtico a una presencia de Dios interior al hombre que se manifiesta en su actividad continua.

El segundo punto propone, como tema específico, la presencia de Dios contemplada en la actividad divina, y con esto queda estrechamente unido al tercer punto. La relación con el primer punto y con el resto de la Contemplación es explícita: *“otro tanto reflectiendo en mí mismo, por el modo que está dicho en el primer punto o por otro que sintiere mejor. De la misma manera se hará sobre cada punto que sigue”*. El fin que se persigue es la comunicación interpersonal en la entrega total, amorosa y libre de toda la persona, que en el primer punto tomó su expresión en el coloquio.

EE 235.

Una vez más San Ignacio se remite al ejercitante para hacerle caer en la cuenta de que se trata de un llamamiento personal al amor. Es el mismo “en mí” del llamamiento del *“Rey Temporal”*, de la meditación de los pecados, de la Encarnación y de la Pasión.

Si interpretamos este punto en el conjunto de los Ejercicios y del pensamiento ignaciano, encontramos que Jesucristo por cuanto es Dios y Creador, está en mí dando y conservando mi ser; animando, sensando y haciéndome entender, más interno y más mío que mi propio yo. Su presencia, la que podríamos llamar del orden de la naturaleza, no es solamente una presencia exterior, como de quien se pone delante y observa, es una presencia interior y activa, que nos hace ser

nosotros mismos. Y en su dependencia nos hace independientes y libres. Tanto más libres cuanto más obra en nosotros.

Al hablar del hombre San Ignacio da un paso más en el orden dinámico de la presencia de Jesucristo. Las funciones espirituales las encuentra más ligadas a la presencia de Jesucristo que las funciones meramente vegetativas o sensitivas. Lo encuentra más íntimo que la propia intimidad.

El 12 de febrero escribía a Jaime Casador: “*Dios nuestro Señor que, siendo divino se quiso hacer humano y morir, sólo por la salvación de todos... Porque de Dios nuestro Señor es propio dar entendimiento y no quitar; así mismo esperanza y no inconfianza. Porque siempre debemos presumir que es el Señor del mundo todo, el que obra en las ánimas racionales... su divina bondad lo quiera ordenar (para no perder su alma) que con su preciosísima sangre nos ha tan caramente comprado y en todo rescatado*”³⁵.

A San Pedro Canisio le dice: “*Porque es Dios el que obra en vosotros así el querer como el obrar, en virtud de su beneplácito, que es en sí y por sí infinita y supergloriosa e inefable por Cristo Jesús. Te dará el Señor inteligencia en todo y fortaleza, a fin de que el nombre del Señor, en esperanza de mejor vida, por vuestro medio, en muchísimos fructifique y sea ilustrado*”³⁶.

Cf Flp 2,13;
2 Tm 2,7.

San Ignacio quiere que Jesucristo, presente y vivo en lo más íntimo de cada jesuita, lo posea

35 MI, Epp. 1, 98; OCSL n. 4, p. 622.

36 MI, Epp. 1, 391; OCSL n. 29, p. 671.

completamente, lo gobierne internamente, conduciendo su manera de pensar, de querer y actuar conforme a la norma, tan característica de Ignacio, del mayor servicio, alabanza y gloria. Solamente nos queda, —escribe al P. Simón Rodríguez— *“rogar a Jesucristo Dios y Señor nuestro, que, viviendo en nuestras ánimas, se digne poseer y regir todos nuestros juicios y voluntades y obras como sea mayor servicio, alabanza y gloria suya”*³⁷.

Los deseos de conocer, amar y servir a Jesucristo más son de Él, que mueve nuestra voluntad, que nuestros. A Teresa Rejadel le dice: *“Si bien miráis, entendéis que aquellos deseos de servir a Cristo nuestro Señor no son de vos; mas dados por el Señor, y así hablando, (decid), el Señor me da crecidos deseos de servirle al mismo Señor”*³⁸.

Jesucristo es quien *“a todos nos dirige por el camino de la paz, la cual en solo Él se halla”*³⁹.

En una carta latina escrita por mano de Fabro, dice: *“Rogad, pues, por nosotros a fin de que nos haga ministros tuyos en el Verbo de vida. Pues aunque no seamos por nosotros mismos capaces de discurrir algo como de nosotros, esperamos en la abundancia de Él y en sus riquezas”*⁴⁰.

Según expresiones de San Ignacio, a Jesucristo, *“sapienza infinita”*, toca iluminar nuestro entendimiento para llegar al conocimiento de la

37 MI, Epp. 1,682.

38 MI, Epp. 1,102; OCSL n. 5, p. 625.

39 MI, Epp. 1,126; OCSL n. 8, p. 632.

40 MI, Epp. 1,133; OCSL n. 9, p. 633.

verdad⁴¹, para juzgar de las cosas correctamente⁴², para conocer y sentir su divina voluntad. En cuanto “*bondad suma y poder infinito*”, mueve nuestra voluntad para que queramos y podamos cumplir la suya perfectamente⁴³.

En la Eucaristía

La presencia de Cristo en la Eucaristía se relaciona con su presencia en el mundo y particularmente en el hombre. En la Eucaristía celebramos la presencia universal de Jesús histórico, no la presencia sensible, sino la presencia de Dios hecha realidad histórica en Jesús de Nazaret.

Jesús está presente en la Eucaristía no sólo para ser nuestro alimento y nuestra compañía en la peregrinación de la vida, sino también y principalmente para llevarnos a ser más conscientes de su presencia en el mundo y particularmente en todos los seres humanos, en aquellos que más nos necesitan y a quienes podemos ofrecerles algo. Su presencia en la Eucaristía es para ayudarnos a descubrirlo en nuestros hermanos y en el mundo, lo mismo que en las circunstancias concretas de la vida.

De nada serviría la presencia de Jesús en la hostia si no lo encontramos en la vida. Una Eucaristía sin “*la vida*” es un sacramento muerto; de la misma manera que una vida sin la Eucaristía es como un cuerpo sin vida. Jesús se quedó en la Eucaristía no para satisfacer nuestra necesidad de culto, de sacramentos y de signos; sino para

41 OCSL p. 949.

42 Cf MI, Epp. 2, 581.

43 OCSL p. 848; OCSL p. 782.

comprometernos a descubrirlo en los demás, para comprometernos a vivir en la unidad, “*en la comunión*” y a trabajar por la paz.

La presencia de Jesús en los “accidentes eucarísticos” nos habla de su presencia en la materia, y de que el mundo físico puede ser, y es también, el lugar de su presencia espiritual.

Su presencia sacramental está vinculada con su presencia en el mundo contemporáneo en los elementos dando el ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en el hombre haciéndolo humano...

El hombre, templo de Dios

EE 235. ***“Así mismo haciendo templo de mí siendo criado a la similitud y imagen de su Divina Majestad”.***

La presencia de Dios, que en el Antiguo Testamento se localizaba primero en la tienda y luego en el templo, en el Nuevo Testamento se realiza de manera absoluta, insuperable y única en la persona de Jesucristo, por quien Dios puso su morada, o su tienda, entre nosotros. En adelante el Santuario de Dios es Jesucristo, el único; el templo será destruido de manera que no quede piedra sobre piedra. El cuerpo de Cristo resucitado será el centro del culto en espíritu y verdad, el lugar de la presencia divina, el templo espiritual de donde manan ríos de agua viva.

Jn 1,14.
Jn 2,19s; 1,14.
Cf Jn 4,21s.
Jn 7,37-39; 2,21; Ap 21,22.

En Jesucristo habita la plenitud de la divinidad corporalmente, y nosotros llegamos a ser templos del Espíritu Santo por nuestra relación con Jesucristo, que es el Templo por excelencia del

Espíritu de Dios. *“Edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu”.*

Ef 2,20s;
Cf 1 Co 3,16; 6,29;
Ap 21,14.

Creados a su imagen y semejanza

San Ignacio pone la semejanza, es decir, el término de comparación, en las facultades espirituales del hombre; no tanto en el dominio del hombre sobre el mundo, ni tampoco piensa, como San Ireneo, que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Jesucristo aun en la carne, y por Jesucristo, y por su carne, a imagen y semejanza de Dios.

Adv Haer IV, 20s.

La imagen y semejanza no son solamente un dato bíblico sobre el origen del hombre, sino una vocación, que a través de conformarnos con Cristo en la vida humana y en la muerte, estamos llamados a reproducir su imagen gloriosa en la vida eterna. Somos nosotros los que estamos hechos a imagen y semejanza de Jesucristo, y no Jesucristo a la nuestra. Él es el primogénito de toda la creación y *“la imagen de Dios invisible”*, Col 1,15. nosotros lo somos en la medida en que participamos de su plenitud.

No es contra el pensamiento de San Ignacio el proponer en este punto una visión más cristocéntrica del misterio del hombre; esto puede ayudar más a *“dirigir hacia solo Jesucristo todo el peso del amor nuestro que mucho nos lo tiene merecido”*

*quien a todos nos crió, a todos nos redimió, dándose a sí todo, que con razón no quiere le dejemos de dar parte de nosotros, quien tan enteramente se nos dio y quiere perpetuamente dársenos*⁴⁴.

No parece que San Ignacio, al considerar a la persona como templo de Dios, piense en una relación especial a Jesucristo. Sin embargo, asocia las ideas de “*imagen y semejanza de Dios*”, o de la Santísima Trinidad, templos del Espíritu Santo, miembros de Jesucristo y redimidos con su vida y muerte⁴⁵.

- EE 304. Al hombre lo ve como la sede del Espíritu de Jesucristo. En los Ejercicios el Espíritu Santo apareció como el Espíritu de Jesucristo, que procede de Él y lo da a sus discípulos; pero porque el Espíritu no se nos comunica de una vez por todas, sino que se nos va comunicando en la medida de nuestras limitaciones, siempre permanece como una “*promesa*” y un “*cumplimiento*”.
- EE 312.

San Ignacio termina una carta escrita al P. Miguel Turriano el 18 octubre de 1546 y le dice: “*Ceso rogando a Dios nuestro Criador y Redentor (a Jesús) nos quiera dar su Santo Espíritu per infinita saecula saeculorum*⁴⁶ —para toda la eternidad—.

El santuario, que es Jesucristo, donde Dios se ha hecho presente, y por él en el mundo, no tiene murallas. Desde entonces no existe un mundo laico ajeno a lo sagrado, sino que todo lo profundamente humano e intramundano está consagra-

44 MI, Epp. 1, 514; OCSL n. 36, p. 690.

45 MI, Epp. 1, 503; OCSL n. 35, p. 684.

46 MI, Epp. 1, 448.

do por su presencia y acción continua. Nuestro esfuerzo no debe ser por petrificar lo que es sagrado sino por santificar lo que es del mundo.

Es fácil adorar aquello que es imponente, célebre, o bello, pero es difícil alcanzar a ver aquello que esconde lo más pequeño, lo ordinario, lo vulgar, lo opaco. Ser cristiano significa amar el mundo terreno sin permanecer su esclavo, vivir comprometido con la experiencia de lo temporal y la esperanza en un mundo mejor. El mundo es más que lo meramente empírico. La vida y el culto no son dos realidades separadas. Allí donde la vida no es una forma de culto, el culto estará sin vida.

El hombre, imagen y semejanza de Jesucristo

El hombre, creado por Jesucristo, Creador, Señor, Creador y Redentor, y llamado en los Ejercicios “*su divina majestad*”, tiene con Él una relación en línea de ejemplaridad. A lo largo de los Ejercicios, en las Constituciones, y en muchas de sus cartas ha venido pensando en Jesucristo como modelo, ejemplo, dechado, norma de conducta⁴⁷; sin embargo este “*estar creados a imagen y semejanza de su divina majestad*” puede ser que no lo considere como una referencia específica a Jesucristo. “*Su divina majestad*” puede designar también a las tres personas de la Santísima Trinidad⁴⁸. Habla del hombre como de “*una imagen de la Santísima Trinidad*”⁴⁹.

EE 98, 135, 146,
248, 289.

Cf EE 63, 214, 248,
344.

47 OCSL Const. 101, p. 436.

48 Divina Majestad. Con referencia a Cristo n. 98, 248, 5, 16, 20, 135, 146, 147, 168, 183, 370. (Dios nuestro Señor) 330 Tres personas: 106, 108, 98, 248.

49 MI, Epp. 1, 503; OCSL n. 35, p. 684.

En el Diario Espiritual dictado a González de Cámara (que abarca las experiencias espirituales de San Ignacio a partir del 2 de febrero 1544 al 27 de febrero 1545), aparece de modo particular y especial su devoción a la Santísima Trinidad, que nunca contrapone a su devoción a Cristo; más aún podríamos decir que San Ignacio es profundamente cristocéntrico por serlo también trinitario⁵⁰.

Algunos textos pueden revelar una relación más directa a Cristo. En las Constituciones dice: “*considerando los unos a los otros crezcan en devoción, y alaben a Dios nuestro Señor, a quien cada uno debe reconocer en el otro como en su imagen*”⁵¹. El cristocentrismo aparece en las Constituciones, al considerar a los demás como superiores, es decir, en lugar de Cristo nuestro Señor, y el texto de San Pablo en que se inspiran estas prescripciones, encierran una clara referencia a Jesucristo.

Cf Flp 2,3s.

La sangre y vida de Jesucristo ha reparado y reformado la imagen de Dios en nosotros, desfigurada por el pecado. Así escribe en 1548: “*Aunque la obligación de caridad sea común para con todos los que en sí tienen la imagen de Dios nuestro Criador, reparada y reformada con la sangre y vida de Jesucristo Señor nuestro...*” etc.⁵² La salvación es un don y una vocación que nos obliga a conformarnos cada vez más con Jesucristo.

Tratar de explicar la presencia de Jesús en la Eucaristía usando los conceptos de sustancia y

50 MI, Const. 1, 86-158.

51 OCSL Const. n. 250. p. 469.

52 MI, Epp. 1, 706.

SEGUNDO PUNTO

accidentes, más dificulta que facilita la fe en el misterio. Será mejor dejar ese planteamiento en el contexto de la fe pura, y vincular la presencia en la Eucaristía con la presencia de Jesús a través de su Espíritu en el mundo, en la vida, en los más necesitados y en la propia persona. Teilhard de Chardin hacia reflexiones en esta línea en su libro *“El himno del universo”*⁵³.

53 Teilhard de Chardin, P. (1967). *Himno del universo*. Madrid, España: Taurus.

CAPITULO XI

TERCER PUNTO

“El tercero, considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la faz de la tierra, “id est, habet se ad modum laborantis”, —“esto es, comportándose como quien está trabajando”—. Así como en los cielos, elementos, plantas, fructos, ganados, etc., dando ser, conservando, vegetando y sensando, etc. Después reflectir en mí mismo”.

Texto de los
Ejercicios.

“Yo soy la vid y ustedes son los retoños, el que permanece en mí y yo en él ese da mucho fruto; porque separados de mí no pueden hacer nada”. EE 236. Jn 15,5.

Textos bíblicos
relacionados.

“Los apóstoles salieron a predicar por todas partes, y el Señor colaboraba con ellos y confirmaba la Palabra con las señales que le acompañaban”. Mc 16,20.

“Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo”. Jn 5,17.

PARA AMAR A JESÚS

Jn 5,19. *“En verdad, en verdad les digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre, eso también lo hace igualmente el Hijo”.*

Jn 15,5-6. *“Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así también ustedes si no permanecen en mí...*

Presencia activa de Jesucristo

El objetivo de este tercer punto no es solamente advertir la presencia de Jesús en el mundo, sino más que eso, vivir en una relación continua con Él, que determine e inspire la propia vida de tal manera que el vivir bajo su acción, sea una experiencia continua para el hombre que cree en él y se confía a él como único Salvador.

Jesucristo, presente en todas las cosas, se encuentra en ellas no de manera estática, sino como quien trabaja, de manera activa.

Jn 5,17. *En el Evangelio San Juan pone en boca de Jesús estas palabras: “Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo”, y un poco más adelante, “En verdad, en verdad les digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, si no lo que ve hacer al Padre; lo que hace Él, eso también lo hace igualmente el*

Jn 5,19. *Hijo”.*

Juan identifica la obra de Dios creador, que continúa trabajando en favor del hombre, con la labor de Jesús de sanar y dar vida a los hombres. Dado que el Padre trabaja siempre en favor del hombre, Jesús puede curar a los enfermos en día de sábado. Era doctrina común en el judaísmo que Dios no podía haber interrumpido del todo

su actividad el séptimo día, pues su actividad funda la de cualquier otro ser creado¹.

Su amor creador está siempre activo y da vida al hombre, Jesús actúa como el Padre, no conoce leyes que limiten su actividad en favor del hombre. Su actuación está legitimada por la actuación del Padre y la hace presente. Esto escandaliza sobremanera a los judíos, porque no observa el descanso sabático, llama a Dios su Padre, y se Jn 5,18. hace a sí mismo igual a Dios.

La presencia y actividad de Jesucristo es proporcional al grado de ser y actividad que les ha dado y les conserva a todas las cosas. Esto quiere decir que está más presente en un hombre que en un animal, y más presente en un animal que en una planta o una piedra, y también que está más presente en el hombre que piensa, o en el animal que se mueve, o en la planta que vive. Jesucristo es siempre el que está, no detrás, ni delante, ni encima o abajo, no es un elemento yuxtapuesto o de ornato que puede estar o no estar en el mundo, y que puede, si se lo pedimos, venir en nuestra ayuda; está en todas las cosas y obra no con ellas, sino en ellas y a través de ellas. Quizá así se pueda entender mejor el alcance de aquella Jn 15,5. expresión: “*Sin mí no pueden hacer nada*”.

El mundo no existe solamente como creado en un principio por Jesucristo, sino, además, como sustentado por él. No existe solamente para el hombre, y por el hombre para Dios, sino ante todo para el Hombre-Cristo y por Jesucristo para

¹ Mateos, J. y Barreto, J. (1982). *El Evangelio de Juan*. Madrid: Ed. Cristianidad, p.283.

el Padre. Su función de Mediador no se refiere solamente a la redención, sino a toda la obra salvífica que comprende la creación, la conservación, la existencia y la actividad de los seres.

Hay algo de Jesucristo en el último de los átomos, lo mismo que en la más grande de las estrellas, ya desde el plan salvífico del Padre, Él es quien da la existencia y la vida natural, y tiene poder vital para darla de nuevo a quienes la han perdido, y en su mano está el dar su propia vida y el recobrarla, y como tiene poder de dar la vida y la salud natural, así tiene el poder de dar la sobrenatural y la vida eterna de la que aquella es imagen y signo.

Los Padres de la Iglesia entendieron, a través de los milagros, que Jesús de Nazaret no sólo dio la salud a hombres particulares y concretos de su tiempo, sino que la sigue dando a todos los hombres. Jesús puede hacer que las piedras se conviertan en pan, porque tiene poder sobre la naturaleza, y tiene poder sobre la naturaleza, porque está presente en ella. La multiplicación de los panes les daba ocasión para hablar del poder creador de Jesucristo. La conversión del agua en vino dio pie a San Agustín para instruir a su pueblo sobre Jesucristo, como quien sustenta todos los procesos naturales del mundo vegetativo².

La resurrección de los muertos tenía por objeto hacernos caer en la cuenta de que Jesús es el autor de la vida humana y quien la sostiene en todo momento. Con el lodo hecho de su saliva le da la vista al ciego de nacimiento, porque en el origen

Ef 1,3s.
Jn 1,3,10; 1,4;
Col 1,16.

Jn 11,4s; 10,17s.

Cf Jn 10,10,28;
5,21.

2 San Agustín. Homilía 32 sobre Jn 3,1s.

hizo al hombre de barro. Puede dar la vista a un ciego de nacimiento, quien le dio todo lo demás desde su origen.

“Dado que el Logos nos modela en el vientre materno, el mismo Verbo formó la vista al ciego de nacimiento, para dar a conocer en público a quien nos configura en lo escondido, y enseñar así el modo de la antigua formación de Adán, y cómo tuvo lugar y con qué mano fue modelado; como quien declara el todo por la parte. Pues el Señor que dio la vista al ciego fue el mismo que modeló a todo el hombre, cumpliendo así la voluntad del Padre”³.

“El vino que bebieron primero (en las bodas de Caná) era un buen vino, pues Dios como creador lo había hecho en la vid. Quienes lo bebieron ninguno lo despreció. Y hasta el Señor lo gustó. Pero era mejor el que hizo el Verbo en forma más sencilla y abreviada. Y aunque podía el Señor abastecer de vino a los que bebían, sin servirse de ninguna de las cosas creadas, y dar de comer a los que tenían hambre, sin embargo no lo hizo.

Tomó los panes, que eran fruto de la tierra, y dando gracias igual que lo hizo con el agua que convirtió en vino, satisfizo a aquellos que estaban recostados para comer; así también dio de comer a estos que habían sido invitados a la boda y así dio a conocer que Dios que hizo la tierra y le mandó dar fruto, y que creó las aguas e hizo surgir las fuentes; recientemente, por medio de su Hijo, da

³ Ireneo, Adv Haer V, 15,3.

al género humano la bendición de la comida y la gracia de la bebida”⁴.

La presencia de Jesús en el mundo es una presencia en favor del hombre y por eso la podemos llamar también providencia. La providencia de Dios por el hombre se ha revelado y se lleva a cabo en la solicitud de Jesucristo por los hombres. Es una providencia de salvación que abarca al hombre en todos sus aspectos, desde los más insignificantes hasta los más importantes.

La providencia de Jesucristo es el cuidado amoroso con que ordena todos los acontecimientos y todas las cosas para que los hombres lleguen a conseguir, libremente y mediante su gracia, el fin para el que han sido creados, es decir, la vida eterna.

Jesucristo obra en el hombre impulsándolo hacia adelante, dándole el ser y la vida, inspirándolo y haciéndolo capaz de obrar bien. Jesús está presente de forma especial donde actúa de forma especial.

Cada uno de nosotros es la persona a quien se dirige Jesucristo; es para Él como único en el mundo. Más dispuesto a comprenderlo que lo que cada uno es capaz de comprenderse. Ante la propia vida, Jesucristo no es solamente el Creador y Juez, sino un amigo y un hermano. Lo que Jesús hizo en favor de los hombres durante su vida temporal, lo sigue haciendo ahora con los que se acercan a Él. El Evangelio está hecho no sólo

⁴ Ireneo, Adv Haer III, 11,5.

para recordar lo que Jesús hizo, sino para anunciar lo que Jesús hace y sigue y seguirá haciendo.

Jesús es para todos, en el momento presente, agua viva, como lo fue para la samaritana, luz, como lo fue para los gentiles. Liberador, para los endemoniados, salvador, para los pecadores, pastor para los descarriados, maestro, para todos los hombres, amigo, para los discípulos, médico y medicina, para los enfermos, pan de vida, para los que creen en Él, resurrección, para todos los que esperan la muerte. San Ignacio, en su CAA, parece tener más en cuenta los datos bíblicos que las reflexiones filosófico-teológicas de la escolástica.

No pretendo afirmar que el sentido original de la alegoría de la vid y los sarmientos, sea cósmico; pero son muchos los textos del Nuevo Testamento que atribuyen a Jesucristo una actividad cósmica. Jn 15,5.
Cf Col 1,17;
Hb 1,3.

San Ignacio piensa en Jesucristo a quien debemos buscar y encontrar en todas las cosas⁵ y mucho más en las personas: en los pobres, en los enfermos⁶, en los demás⁷, en los superiores⁸, en los compañeros, en los pecadores, en los niños, en los que sufren persecución por la justicia; “en los elementos dando el ser, en las plantas vegetando, en los animales censando, en el hombre dando entender”; es el mismo Jesucristo de Nazaret resucitado, y en virtud de su resurrección, como

5 MI, Epp. 1, 572; OCSL p. 763. OCSL n. 39, p. 701.

6 OCSL Cons. n. 66. p. 429.

7 MI, Epp. 3; OCSL p. 477.

8 OCSL p. 531; OCSL p. 412; C. 551, 552; C. 547.

puede estar presente de innumerables maneras. Por su resurrección da una dimensión de eternidad a los momentos de la historia, y también hace históricos los misterios de su eternidad.

En el texto de los Ejercicios que Fabro dejó en la cartuja de Colonia y cuya redacción pertenece al año 1538 dice: *“El tercero considerar a Jesús trabajando por mí en todas las cosas creadas sobre el haz de la tierra, es decir como quien trabaja causando en ellas el ser, y conservándolas, vegetando, e infundiendo la capacidad de sentir, etc.”*⁹

En otras ocasiones San Ignacio es especialmente sensible y explícito al hablar de la actividad de Jesucristo que trasciende al hombre y lo hace alcanzar lo que por sus solas fuerzas¹⁰ sería alcanzable. Al P. Gaspar Barceo le dice: *“Denos la (vida) interior el que es salud y vida verdadera del mundo, Jesucristo, Dios y Señor nuestro”*¹¹. A Diego de Gouvea: *“Pues aunque no seamos por nosotros mismos capaces de discurrir algo como de nosotros, esperamos en la abundancia de Él (el Verbo de vida) y en sus riquezas”*¹²; *“porque de Dios nuestro Señor es propio dar entendimiento y no quitar; así mismo confianza y no inconfianza... porque siempre debemos presumir que es el Señor del mundo todo (el) que obra en las ánimas racionales... Su divina bondad lo quiera ordenar... que con la su preciosísima sangre las ha tan caramente comprado”*¹³.

9 MI, Ex. p. 489.

10 Absolutamente hablando no hay propias fuerzas, independientes de Jesucristo.

11 Roma 24 de febrero 1554; núm. 111, p. 855.

12 Roma 23 noviembre 1538; n. 9, p. 633.

13 Venecia 12 febrero 1536; n. 4, p. 619.

El P. Roothaan advierte que “*no se prohíbe aquí el que tanto en el segundo como en el tercer punto pensemos también con más distinción en Dios Redentor, de suerte que en el segundo punto también ponderemos lo mismo aquella presencia de Dios que el Hijo del Eterno Padre nos proporcionó cuando en la tierra fue visto y conversó con los hombres, y también aquella otra presencia que nos proporciona en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía*”¹⁴.

En el tercer punto, el P. Roothaan advierte también que ponderemos los verdaderos y gravísimos trabajos y dolores que se dignó padecer por nosotros Él mismo, verdadero Hijo de Dios, cuando por nosotros no dudó en ser entregado a manos de sus verdugos y padecer el tormento de la cruz. Encuentra también una correspondencia entre lo que el Señor ha trabajado y padecido por mí y cuánto yo debo trabajar y padecer por Él.

En las Constituciones aparece claramente la importancia y la visión, característica de Ignacio, de contemplar a Jesús como presente y activo en todos. Se da una percepción vivencial e íntima de su presencia y una contemplación de la actividad de Jesucristo que continúa en el momento presente. Recuerda “*los bienes eternos que nos mereció y adquirió Cristo nuestro Señor con los trabajos tan sin comparación alguna de su temporal vida y muerte*”¹⁵, pero añade que sigue ahora otorgando aquellos bienes por medio de sus sa-

14 Roothaan, J. (1946). *Los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*. Ed. El Mensajero del Corazón de Jesús, p. 298, 310.

15 Cons. 595.

cramentos “que nos concede la divina liberalidad de Cristo nuestro Señor”¹⁶.

-Los votos los considera “como un ligarse con Cristo nuestro Señor”¹⁷.

- A Él dirige las fórmulas de votos¹⁸. “Jesucristo nuestro Señor provee de las cosas necesarias para el comer y vestir a sus siervos”.

- Las cosas de que se dispone en la Compañía las considera como “hacienda y cosa propia de Cristo nuestro Señor”¹⁹.

- Los pobres los ve como “de Cristo, sirviendo a los pobres de Cristo por su amor”²⁰.

- A los compañeros los considera como amigos o hermanos en el Señor.

- Al superior se le ha de tener “en lugar de Cristo nuestro Señor”²¹.

- Su voz se ha de considerar “como de Cristo nuestro Señor”²².

- Aun la voz del cocinero se ha de tener “como si de Cristo nuestro Señor saliese”²³.

Se ha de ver en el Superior como una forma de presencia de Cristo²⁴.

- El motivo de la obediencia es Cristo²⁵.

16 OCSL Cons. 595.

17 OCSL Cons. 544, 17.

18 OCSL Cons. 527, 532, 535, OCSL p. 413.

19 OCSL Cons. 305.

20 OCSL Cons. 240.

21 OCSL Cons. 547.

22 OCSL Cons. 547.

23 OCSL Cons. 61.

24 OCSL Cons. 551, 552; OCSL p. 412.

25 OCSL Cons. 547.

- El amor a Cristo es la fuerza que conserva y une esta Compañía²⁶.

Todo esto supone una manera particular de ver,—contemplar— las cosas y personas, la vida individual, comunitaria y apostólica bajo una nueva perspectiva que trasciende las cosas mismas y ve en todo a Jesucristo nuestro Señor. Esto es como una nueva vida, y este “*vivir a Cristo nuestro Señor solamente*”²⁷ debe integrarse en el jesuita y hacerse su propia manera de ver, pensar, sentir y actuar. Esto es seguir “*de veras a Cristo nuestro Señor*”²⁸ y “*correr por la vía de su servicio*”²⁹.

La Providencia de Jesucristo

La manera como un hombre se preocupa y tiene cuidado de su amigo y lo consuela nos ofrece solamente una débil imagen del modo como Jesucristo resucitado tiene cuidado de nosotros.

En la Fórmula del Instituto, en que San Ignacio quiso dar una visión panorámica de las características de la Compañía y condensar la substancia espiritual del nuevo Instituto, escribía: “*Porque sabemos que Jesucristo nuestro Señor proveerá de las cosas necesarias para el comer y vestir a sus siervos, que buscan solamente el reino del cielo, queremos que de tal manera hagan todos los votos de la pobreza que no puedan los profesos... tener o poseer ningunos provechos, rentas o posesiones...*”³⁰ etc.

26 MI, Epp. I, 659. OCSL n. 41, p. 706.

27 OCSL Cons. 61.

28 OCSL Cons. 101.

29 OCSL Cons. 582.

30 MI, Const. 1, 375-382; OCSL p. 413.

Como fundamento de la pobreza, además del ejemplo y la doctrina de Jesucristo, está la confianza en su Providencia que el Santo califica con muy sugestivos epítetos. La llama suma y eterna, santísima, benigna, suave, suavísima, potente³¹.

La “*suavísima providencia de Jesucristo*” es la razón que justifica la entera confianza y el abandono absoluto en Él³².

Pero no son sólo razones las que nos mueven a confiar en Jesucristo nuestro futuro, es la experiencia de nuestro pasado, y nuestro presente, porque somos una historia de providencias infinitas de quien nos ha creado y redimido, nos mantiene y nos conduce hacia nuestro último fin.

Por eso el Señor quiere que nos confiemos enteramente a su Providencia, que nuestra vida esté marcada con el signo de la confianza en Él. Y que así como procedemos de su mano y por ella somos sostenidos y así como hemos confiado a Él nuestro pasado, así le confiemos a Él nuestro futuro. El motivo de esa confianza está en su amor y fidelidad y no en nuestros méritos.

Objetivos de la Providencia de Jesucristo

Los bienes temporales, nuestra salud, vida y bienestar no son el objetivo último de la Providencia de Jesucristo, sino nuestra salvación y, en último término, su mayor gloria, la cual busca y quiere definitivamente para nuestro bien. Por-

31 Cf OCSL p. 656, 748, 760, 815, 896.

32 MI, Epp. 7, 447; OCSL n. 130, p. 887; MI, Epp. 6, 460; OCSL n. 110, p. 852; Cf Deliberación sobre la pobreza, Const. 1, 82-83; OCSL p. 298.

que su gloria está en la salvación de los hombres. *“La gloria de Dios concite en el bien integral del hombre concreto”*. —Decía San Ireneo³³—, y Santo Tomás: *“Dios no busca su gloria para sí mismo, sino para nuestro bien”*³⁴.

Gloria Dei vivens
homo.
*“Deus suam gloriam
non querit propter
se, sed propter nos”*.

Para San Ignacio la gloria de Dios está en el mayor y más universal bien espiritual de los prójimos³⁵. Bajo este criterio apostólico de evangelización deben caer las normas particulares dado que su principal objetivo es evangelizador y apostólico. Esta finalidad del cuerpo de la Compañía y sus miembros ha de regular también las normas comunitarias, ascéticas y toda acción práctica.

En una carta escrita el 25 de agosto de 1554 a un jesuita en cautiverio, le dice: *“Carísimo hermano, esfuércese en el que le ha creado y redimido con su sangre y vida, y confíese de la suavísima (amorosísima) providencia suya, que, o le sacará del cautiverio por algún modo, o a lo menos se lo hará muy fructuoso, no menos que la libertad, para el fin que pretendemos, que es la divina gloria y servicio, y con él nuestra salvación perpetua y felicidad”*³⁶.

Jesucristo, por la disposición de su providencia, nos lleva a través de los sucesos prósperos y adversos a conseguir nuestra bienaventuranza y felicidad perpetua³⁷.

³³ Ireneo, Adv Haer IV, 20,4s.

³⁴ S. Th. IIa, IIae, q 132, a 1, ad 1-um.

³⁵ OCSL Const. n. 508, p. 520.

³⁶ MI, Epp. 7, 447; OCSL n. 130, p. 887.

³⁷ MI, Epp. 5, 669; OCSL n. 100, p. 838.

A María Frassona, que quiere sentirse más preparada para soportar la cruz del Señor, le dice el Santo: *“El que mira la suavísima Providencia, confía merecidamente que todo cooperará a su bien, estando cierto que la divina y suma Bondad, lo mismo cuando castiga que cuando acaricia a sus hijos, procede siempre con la misma caridad, buscando su mayor bien. Así que podemos con gran seguridad conformar nuestra voluntad con la divina, y resolvemos a contentarnos con cuanto dispone de nosotros, estando seguros de que no nos faltará en el tiempo de la necesidad la paciencia para soportar los trabajos, no sólo sin murmuración, pero aun con acción de gracias, persuadiéndonos que tanto lo adverso como lo próspero es beneficio de Dios nuestro Señor, sobre todo en aquellos que atienden de veras a su divino servicio”*³⁸.

Y por comisión del Santo decía el P. Polanco: *“Se debe estar preparado para aceptar lo próspero y lo adverso como de la mano de Dios; poniendo de nuestra parte lo que podemos, según nuestra fragilidad, dejando el resto a la divina providencia, cuyo curso no entienden los hombres y por eso se afligen de aquello que debían alegrarse”*³⁹.

Aun en la muerte debemos conformarnos con la providencia de Cristo nuestro Señor⁴⁰ y aceptarla gozosa y confiadamente en cualquier edad que se presente; *“y muchos suplen con la gran voluntad de servirle el mucho tiempo y obras de su servicio. Y así confío yo en la infinita piedad suya”*

38 MI, Epp. 6, 460; OCSL n. 110, p. 852.

39 MI, Epp. 10, 529; OCSL n. 159, p. 939.

40 MI, Epp. 1, 274; OCSL n. 23, p. 656.

—dice el Santo— pues “*tenemos, finalmente, tan buen Dios y tan sabio y amoroso Padre, que no debemos dudar de su benigna providencia, que saque a sus hijos de esta vida en la mejor coyuntura que hay para pasar a la otra*”⁴¹.

El que Jesucristo sea delicado y omnipotente al conducir todo a su mayor gloria por medio de su providencia divina es para Ignacio motivo de acción de gracias. Así escribía al Cardenal Reginaldo Pole: “*Sea sin fin alabado por todas sus criaturas Jesucristo nuestro Señor, que tan abiertamente nos ha mostrado el tesoro de su gracia y caridad y tan suave y potente la disposición de su providencia... a fin de que se extienda cada día más la noticia y gloria de su santo nombre y se aplique eficazmente para la salvación de las ánimas aquella preciosísima sangre y vida suya, al Padre eterno por él ofrecida*”⁴².

Para San Ignacio la providencia de Jesucristo no es solamente una solicitud natural, sino una providencia de salvación; por eso abarca al hombre en todos sus aspectos, sin perder de vista el aspecto esencial que ordena toda nuestra existencia, esto es: la comunión de vida con Él. La providencia de Jesucristo es aquella solicitud amorosa, suavísima, con la cual ordena todos los acontecimientos y todas las cosas, para que las personas consigan libremente y mediante su divina gracia el fin para el que fueron creados.

41 MI, Epp. 3, 327; OCSL n. 64, p. 760.

42 MI, Epp. 8, 309; OCSL n. 138, p. 896.

La providencia de Jesucristo con respecto a la Compañía es un caso típico que revela el pensamiento de San Ignacio.

“La mano omnipotente de Cristo, Dios y Señor nuestro, la ha instituido, la conserva y aumenta (la hace crecer y desarrollarse) tanto en espíritu como en número; para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas”. Y esta experiencia nos obliga a poner en Él solo nuestra esperanza, porque llevará adelante lo que se ha dignado comenzar⁴³.

En la disposición de su providencia, Jesucristo ha querido servirse de unos en ayuda de otros y así exige la cooperación de sus criaturas⁴⁴, y quiere que ellas estén unidas a Él, que las ha creado y redimido, por aquellos medios que más unen a los miembros con su Cabeza, como son la bondad y virtud y, especialmente el amor, y el deseo del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor, y el celo sincero de las ánimas⁴⁵.

La providencia de Jesucristo rige a los súbditos por medio de los superiores que ocupan su lugar y lo representan, y a cuyo cuidado se han confiado⁴⁶.

Es frecuente en su concepción de la obediencia, el ver la misión del superior como la actualización de la divina providencia de Jesucristo, y

43 MI, Epp. 7, 43; Cf OCSL Const. n. 812, 813, 814; “Con su benignísima providencia gobierna y hace cada día crecer esta nueva planta (la Compañía de Jesús) que le plugo poner entre las otras de su Iglesia”. MI, Epp. 7, 43; OCSL n. 121, p. 871.

44 Cf MI, Epp. 4, 669; OCSL Const. n. 814, 134. n. 86, p. 815.

45 OCSL Const. n. 813, 671.

46 MI, Epp. 12, 85-86; OCSL Const. n. 304, 424; Cf Cartas de la obediencia, n. 86, 38, 59, 82; n. 43, p. 709.

por eso, la tarea principal del superior es “*proveer lo que más conviene*”⁴⁷. Para este fin de ordenar y proveer con diligencia, amor y cuidado, no poniendo a los súbditos en mayores peligros y trabajos de los que en el Señor nuestro podrían amorosamente sufrir, tiene especial importancia la cuenta de conciencia⁴⁸. En los súbditos debe darse una actitud de confianza en la providencia del superior como en la de Jesucristo, y en los superiores, su providencia debe reproducir la providencia de Jesús.

El orden de las cosas que se han de proveer debe corresponder al orden de la solicitud divina de Jesucristo. Los bienes espirituales por encima de los bienes temporales; las personas por encima de las cosas; el bien más universal por encima del bien más particular; la gloria de Jesucristo por encima de cualquier otro valor.

La continua actividad de Jesucristo en el mundo se manifiesta con respecto al hombre como una suave providencia o solicitud amorosa que lo hace no sólo objeto de sus cuidados, sino que lo invita a cooperar amorosamente en la solicitud por los demás. El cuidado de un padre por sus hijos y la solicitud de una madre por el fruto de sus entrañas no es sino una participación, quizá inconsciente, de la entrañable providencia de Jesucristo. Él nos invita insistentemente, y en el Evangelio aparece como una auténtica exigencia, a preocuparnos consciente, libre y amorosamente por los demás. Nuestro compromiso con Él y

Cf Mt 25,53;
Lc 10,29s;
1 Jn 3,17; St 2,1s.

47 Más de 35 veces encontramos en las Constituciones “el proveer” como obligación propia del superior.

48 OCSL Const. n. 92. 93, p. 434.

nuestra voluntad de seguirlo es un compromiso con los más necesitados, y con ellos también de evangelización apostólica.

Al participar de su misión revelamos y participamos *“la divina providencia de Jesucristo”* y en Él, la del Padre que lo ha enviado, y la de su Espíritu que nos mueve.

Sentido de la vida humana

Cuando San Ignacio trata de responder a la pregunta sobre el ser humano lo hace no sólo con el Principio y Fundamento, sino con todos los Ejercicios, desde la primera hasta la cuarta semana, y quizá de manera más completa, integrando todo lo anterior, en la CAA. Su respuesta no puede reducirse a una fórmula o esquema.

Es la respuesta que encuentra en la Palabra de Dios y en la fe de la Iglesia, pero interiorizada y hecha vida. San Ignacio responde más a la interrogación sobre el hombre con su vida, con el conjunto de los Ejercicios, con todos sus escritos, con sus expresiones habituales, que con una expresión dada.

El hombre no es tan pequeño y tan simple para que pueda expresarse todo él en una definición descarnada e impersonal. Lo más importante de la pregunta sobre el hombre es que él mismo tiene que formular su propia respuesta. Su significado está dado, pero necesita ser encontrado por EE 2. una actividad personal. San Ignacio habla poco, al dar los Ejercicios, y quiere que se hable poco.

La mejor respuesta es poner al hombre ante la vida, sobre todo ante la vida del Señor, ante la vida propia, ante el corazón y la conciencia, ante lo interno.

Por otro lado, la respuesta de Ignacio es la respuesta de Dios en la Sagrada Escritura. Su palabra vale tanto cuanto expresa y se fundamenta en la Palabra de Dios. Su respuesta no es ni se reduce a la respuesta de la filosofía, sino que llega a ser plenamente humana en lo concreto de la historia de la propia salvación.

¿Cuándo nos preguntamos quién es el hombre para que Dios tenga cuidado de él? La respuesta está en la referencia esencial a Jesucristo; “*el hombre vale la vida y la sangre de Jesucristo*”, — en lenguaje de Ignacio⁴⁹—. El cuidado, la presencia y la acción de Jesucristo en él es la grandeza del hombre.

Jesucristo obra en el hombre impulsándolo hacia adelante, dándole el ser y la vida, inspirándolo y haciéndolo capaz de obrar bien. Cada uno es la persona a quien espera Jesucristo, la persona a quien se dirige, es para Él como único en el mundo. Más dispuesto a comprenderlo de lo que uno mismo es capaz de comprenderse. Cuando se le corrompe el amor con sentimientos o acciones egoístas, está más dispuesto a repararlo que a destruirlo.

Ante la propia vida, Jesucristo no es solamente el Creador y Juez, sino un Amigo y un Padre. La libertad que nos ha dado no significa el derecho

49 MI, Epp. 1, p. 507; OCSL Cart. 77, p. 787.

a vivir según caprichos irracionales, sino el derecho y la capacidad de actuar haciendo propios los motivos más nobles.

Él quiere ser elegido y no aceptado. Toda la dinámica de los Ejercicios tiende a una opción fundamental por Jesucristo que orienta la vida entera y que trata de expresarse en una elección de vida, buscando en todo, seguir más o mejor a Jesucristo y tomándolo como criterio último de acción.

Jesucristo es para todos los hombres la norma, el prototipo, y el ideal del ser hombre, lo mismo que del actuar humano, movido por un auténtico amor a su persona encontrándolo en todas las cosas y, principalmente, en las personas⁵⁰.

Ser como Jesucristo es algo que nos ha sido dado, independientemente de nuestra respuesta, como don original, como iniciativa divina, pero es también una vocación, un llamado, un compromiso y un riesgo, porque el hombre puede desfigurar la imagen recibida; porque el hombre mismo no es algo hecho, sino por hacerse.

Rm 8,29. Actuando como Jesucristo (analogía de la acción) el hombre se conforma, reproduce la imagen, o se reviste de Jesucristo. Actuar “en Cristo” significa mucho más que actuar sólo por amor de Jesucristo o hacer el bien; significa una relación personal ascendente que se expresa y desarrolla en el orden práctico.

50 Cart. 581; Rom 22 Feb. 1549: “A todos nos comunique su luz y rectitud la eterna paciencia y bondad infinita de Jesucristo, Dios y Señor nuestro, para que siempre su santísima voluntad sintamos y aquella enteramente cumplamos”.

Lo que encontramos en nuestra vida no son solamente elementos: mares, montañas, puestas de sol, flores o estrellas. Nos encontramos también con los demás, *“en tanta diversidad, así en trajes como en gestos, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo, etc.”*, y en todos ellos nos encontramos con Jesús. EE 106.

A los hombres, en primer lugar, vino Jesucristo y en ellos se ha quedado. Allí espera nuestro encuentro y nuestra respuesta. Si no recibe a Dios EE 71. quien no recibe a Jesucristo, tampoco recibe a Cf Mt 25. Jesucristo quien no recibe a sus hermanos.

Ahora podremos responder mejor a la pregunta ¿Qué significa que viva un hombre? Significa amor, gracia, providencia, misericordia. Significa que Jesucristo ha hecho que se verifique una serie casi infinita de condiciones de posibilidad, las necesarias para llegar hasta el hombre. Significa un llamado a la vida temporal como prenda y germen de una existencia imperecedera.

Significa una vocación a su amor y a su gracia, y a la comunión de vida con Él. Significa que Jesucristo quiere ser amado con un corazón distinto y nuevo. Significa que Jesucristo no se cansa de ser bueno para los hombres, y que quiere seguir siéndolo no sólo en la historia en general, sino en esa historia particular. La vida del hombre es una expectativa sublime. Con cada niño que viene al mundo, entra en el mundo una nueva esperanza, un llamado y una nueva forma de

presencia. Allí espera Jesucristo nuestro encuentro y nuestra respuesta.

Cada persona tiene algo de Jesucristo que no tienen los demás y que la hace irrepetible, capaz de hacerlo presente de forma única. Esta es la más grande experiencia en la vida de cada hombre: algo nuevo se le da ahora y algo nuevo se le pide. Recibir agradecido, y dar generosamente es la vida de cada día.

En un momento dado de la vida todos los hombres han sentido que Alguien espera con ilusión la respuesta, y han sentido la satisfacción de haber llegado a tiempo, o el pesar de haber llegado tarde o, sencillamente, de no haberse presentado. La vida no es solamente un apropiarse el mundo, sino un haberlo recibirlo.

Lo menos que se puede esperar de quien recibe, es una actitud de reconocimiento. El hombre no puede considerarse plenamente humano sin ser consciente de su situación; sin dar las gracias y sin corresponder de algún modo. Sólo el hombre tiene la satisfacción y el compromiso de corresponder. Su capacidad de dar y de darse es lo que lo hace más él mismo, es lo que lo hace poseerse.

Nunca se posee tanto a sí mismo como cuando se entrega. Su capacidad de dar es lo que lo dispone a recibir cada vez mayores bienes. San Ignacio dice que dando es como se dispone el hombre a recibir, y esto lo dice refiriéndose a Jesucristo que es a quien nos damos y de quien recibimos los bienes.

El mundo no es pura materia prima para nuestra industria, ni tampoco un lugar de placer o descanso. Tenemos el derecho a utilizarlo y disfrutarlo, porque tenemos la facultad de reconocerlo como un don, y podemos descubrir en él el amor, cierta presencia y cierta ausencia como en un regalo.

En esa ausencia de Jesucristo descubrimos, como en un signo, su presencia, y su presencia es siempre como ausencia. Si su presencia y su dárseros fuera absoluto no habría lugar a sus dones, y sus dones son siempre un signo de su presencia y de su ausencia. Frecuentemente por el regalo se hace presente la persona ausente.

El hombre, en su preocupación por el mundo, parece un guardia que se ha dormido; se le ha olvidado cuál es su quehacer en el mundo; se le ha olvidado su propio nombre y el de los demás; buscaba un domicilio y lo ha perdido. Para no olvidar el mensaje necesita repetirlo continuamente, necesita vivirlo, necesita sentir internamente su total referencia a Jesucristo, la de los demás y la del mundo.

Jesús está en ti y contigo, has sido previsto, preamado y preelegido en él y con él para los mismos fines para los que él fue enviado al mundo.

Desde tu concepción hasta tu muerte todos han sido dones de su generosidad. *“Llamado según su designio”*, predestinados a ser como Jesús. Tu historia de vida no es algo ajeno a sus ojos ni a su corazón. *“Todos son bienes recibidos”*, todo es *“amor y gracia”*.

PARA AMAR A JESÚS

Pero no solo eso: él está en ti y contigo; obra y trabaja contigo para hacerte consciente de que obras y trabajas con él.

Y la meta final es la misma que la de Él: llegar a vivir en comunión con Dios, juntamente con Él Ef 2,6. sentado a la derecha del Padre. Todo esto es el sentido de tu vida.

CAPITULO X

CUARTO PUNTO

“El cuarto, mirar cómo todos los bienes y dones descien- den de arriba, así como la mi medida potencia de la suma e infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descien- den los rayos, de la fuente las aguas, etc. Despues acabar reflictiendo en mí mismo, según está dicho. Acabar con un colo- quio y un Pater noster”.

Texto de los Ejercicios.

EE 237.

“Ya que han resucitado con Cristo, busquen los bienes de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha del Padre. Aspi- ren a los bienes de arriba...” Col 3,13.

Textos bíblicos relacionados.

“Adonde yo voy ustedes no pueden ir. Ustedes son de abajo, yo soy de arriba”. Jn 8,23.

“De su plenitud recibimos todos, gracia sobre gra- cia”. Jn 1,16.

PARA AMAR A JESÚS

Jn 8,12. *“Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad sino que tendrá la luz de la vida”.*

Ap 21,6. *“Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin; al que tenga sed, yo le daré gratuitamente del manantial de la vida”.*

Jn 7,37. *“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba; el que crea en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva”.*

1 Jn 4,9. *“En esto se manifiesta el amor que Dios nos tiene: en que Dios envía al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de él”.*

Jn 3,27. *“Nadie puede recibir nada si no se le ha dado del cielo”.*

La participación de sus dones

En este momento de los Ejercicios San Ignacio quiere que descubramos, y que de alguna manera experimentemos, cómo en todos los dones que recibimos se nos comunica el amor de Dios; más particularmente, cómo se nos da el mismo Jesucristo en sus dones.

Jn 1,16-17; 7,39. La idea de participación es el eje de este punto. Esta idea parece extraída del Evangelio de San Juan, donde Jesús no sólo da los dones, sino que da de lo suyo, de lo que le pertenece; no es un simple don que se comparte, es algo que surge de él mismo. Cristo lo da, y llega a la otra persona con esa característica: es algo mío, de mí, para ti.

La dinámica de este punto es descendente; se trata de ver cómo todas las cosas reproducen a

su manera la imagen de Cristo y participan de la plenitud que hay en él.

En toda la Contemplación pero especialmente en este punto, no se trata de una experiencia de Cristo Jesús a partir de lo creado, sino que es una experiencia y encuentro con él en lo creado. La distinción es importante porque se trata de la toma de conciencia del amor de Cristo resucitado, presente y activo en el mundo en que vivimos, y que nos sigue comunicando sus dones en línea de participación.

Así nos liga a su misión, a sus intereses que son los del reino y a su gloria. Todo se encuentra integrado en la Historia de la Salvación, que es una historia de amor.

Esta visión progresiva del mundo y de la comunicación de Dios es bíblica y la encontramos ya explícita en San Juan, al decirnos en el prólogo del Evangelio, que de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia *“la ley nos ha venido por mediación de Moisés; la gracia (el amor) y la verdad por mediación de Jesús”*. Jn 1,16-17.

El Espíritu Santo, que es la suma de todos los dones, y que procede de Jesús, como su propio aliento, lo comunica a sus discípulos. Así les participa también su misión y el poder de perdonar los pecados. Antes de la pasión y resurrección Jesús poseía todo el Espíritu, en su plenitud, dentro de sí. Él era la sede del Espíritu, a tal grado que en el mundo no había Espíritu ni podía haberlo fuera de Él. Con su muerte entrega el Espíritu y con su resurrección lo comunica a los discípulos Jn 20,21-23. Jn 7,39. Jn 19,30.

PARA AMAR A JESÚS

Jn 20,22. como algo que sale de su propio interior y que es su aliento, su vida.

“De su seno —de Jesús o del que cree en él— correrán ríos de agua viva” —como dice la Escritura—. *“Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado”.*

Jesús participa su poder y autoridad a sus discípulos. No los instruye para que lleguen a hacer lo que él hace, como algo que se pueda aprender, sino que les trasmite su autoridad y poder para que ellos lleguen a actuar como él.

Mt 5,14s;
Jn 8,12; 9,5.

Las virtudes de los hombres son como una luz que debe brillar y reflejar la luz que procede de Jesús. Cada persona es luz para el mundo en la medida en que participa de la luz del mundo que es Jesucristo.

La doctrina de la participación cuyas características podemos señalar al advertir que hay correspondencia en lo que se da y en aquel que lo da; el don no disminuye en nada al que da, y proyecta al que hace el obsequio.

Es algo que surge de la persona y se dirige a la persona con el fin de hacerlo más él mismo, no de subyugarlo, la participación interpersonal surge del amor y se da por amor.

En este punto lo que hay que *“mirar”* con ojos diferentes son *“todas las cosas”*. Todas las cosas son dones de Jesús y expresan su amor; a tal gra-

do que el hombre queda calificado como aquel que todo lo ha recibido del amor de Cristo Jesús.

El objeto del verbo “*mirar*”, en el texto de San Ignacio, es todo el mundo en su aspecto positivo: todo es un bien y un don para el ser humano. Esta visión es muy diversa a la que se proponía en el n. 47: “*ver con la vista imaginativa y considerar mi ánima ser encarcelada en este cuerpo corruptible y todo el compósito en este valle, como desterrado entre brutos animales*”. Esta visión de la persona y del mundo debe completarse con un mirar más profundo y positivo, y más de acuerdo con el Principio y Fundamento. EE 47. EE 23.

Ahora, en este momento de los Ejercicios, se ha de tener una visión positiva del hombre en el mundo concreto en que vive y en la propia historia de su salvación. Aquí el mundo es el lugar ordinario del encuentro, de la presencia y de la entrega a Jesús. Es el lugar en que Jesucristo nos encuentra y nosotros lo encontramos; es el momento de su presencia y de la nuestra, de su entrega y de nuestra entrega. Para Ignacio, frente a la misión de Jesús:

- (a) el mundo es “*la mies*” o la “*viña del Señor*”¹.
- (b) las cosas son “*hacienda y cosa propia de Cristo nuestro Señor*”²;
- (c) las personas están como bañadas en la sangre de Cristo.
- (d) La Iglesia es “*su esposa*” o también su cuerpo, EE 353, 365.
- (e) Se quiere militar bajo la bandera de Jesús. EE 137, 136, 138, 143.

¹ OCSL Const. n. 135, 137, 144, 334, 338, 603, 604, 622, 654.

² OCSL Const. n. 305, p. 480.

(f) En la Iglesia se quiere seguirlo en su misión y trabajar por todos los valores del Evangelio.

San Ignacio contempla el mundo, que esconde la presencia de Jesús, como lleno de la luz del resucitado.

La palabra “*bienes*” subraya este aspecto bajo el cual se miran las cosas; la palabra “*dones*” pone de manifiesto el signo de amor y amistad que todo encierra. Reencontramos aquí el sentido personal de cada uno de los dones. Los dones que el hombre continuamente recibe revelan el amor de quien los hace. Tanto es así que San Ireneo decía que Dios había hecho al hombre para tener en quien colocar sus beneficios.

EE 231.
Ireneo, Adv Haer IV
14,1.

“*Bienes y dones*” abarcan todo absolutamente; son todas las muestras de amor que hemos recibido de Dios por Jesucristo, y que comprenden el orden de la naturaleza y de la gracia. El punto culminante de sus dones es el de su propio Espíritu. Es “*dársenos*” a sí mismo a través de su Espíritu. “*Si ustedes, siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!*”

Lc 11,13.

La expresión “*de arriba*” es típicamente ignaciana³, significa de Cristo Creador y Señor en cuanto de él proceden todas las cosas, y revelan su amor y vienen preñadas de gracia para la persona.

Cf EE 184, 338, 316,
330.

En la primera regla para hacer una sana y buena elección nos dice que veamos primero si

³ Rahner, H. (1968). *Ignatius the theologian*. Geoffrey Chapman, London, Dublin Melgourne, p. 3; Autob. n. 29; MI, Epp. I p. 339, 193.

“aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, desciende de arriba del amor de Dios, de forma que el que elige sienta primero en sí, que aquel amor más o menos, que tiene a la cosa que elige, EE 184. es solo por su Criador y Señor”.

En las reglas para distribuir limosnas repite la idea, dice *“que aquel amor, que me mueve y me hace dar limosna, desciende de arriba, del amor de Dios nuestro Señor”*⁴.

Nos podemos preguntar si la expresión puede ser precisada aún más; si se puede decir que, según la mente de Ignacio, todo procede de Jesús, y no sólo del amor que el Padre tiene por Jesucristo, sino de Jesucristo mismo, como expresión máxima del amor del Padre.

Todo desciende *“de arriba”*, es decir de Jesucristo. Esta es una convicción que San Ignacio lleva muy dentro de su corazón, y ese *“arriba”* es para él, Jesucristo nuestro Dios y Señor. La expresión sigue siendo común en nuestros días, mucha gente para referirse a Dios, dice, por ejemplo, que *“todo viene de arriba”*.

Pertenece a la fe cristiana el saber que la fuente absolutamente original de todo amor, de todos los bienes y dones, es el Padre, que por Jesús y a través de él, es principio de todo bien para el hombre. Encontramos que ese *“de arriba”* tiene sentido cristológico. Es decir: Jesús en cuan-

⁴ La traducción latina del mismo Ignacio, hecha por él, en París, dice: *“Quod omnia bona et dona descendunt desursum, ut mea terminata potentia ab illa summa et infinita quae sursum est”*. El cambio de desursum a sursum nos lleva a la antítesis entre *“arriba”* y *“de arriba”*, no se trata de ubicación sino de procedencia.

to resucitado y glorioso es la fuente y origen de todo bien para los hombres, las cosas están preñadas del amor de Jesucristo, es él quien se nos presenta vivo y activo en todas las cosas, Jesucristo como Principio y Fundamento de nuestra existencia y de la de los demás, es la fuente viva de la interioridad de nuestro ser y de nuestras relaciones personales.

San Ignacio se explica a sí mismo, diciendo que las cosas que proceden “*de arriba*” proceden del Señor nuestro, “*descendiendo de la su divina bondad*”, “*de la su eterna y suma liberalidad*”⁵. Todas las cosas que no son Dios se comprenden como algo transparente donde resplandece Dios. Todas las cosas tienen la posibilidad de revelarnos algo del amor de Dios. Y podemos decir que, de alguna manera, Dios se oculta en sus criaturas. Y por eso, en Cristo Jesús, el Creador se convertirá en criatura, es decir, la persona divina y eterna, en criatura histórica, temporal.

Este “*de arriba*” es fuente de la espiritualidad ignaciana cuya meta es “*encontrar a Dios en todas las cosas*”. Sólo quien ha encontrado a Dios “*arriba*” será capaz de encontrarlo “*abajo*”. Y quien no ha encontrado a Dios en Jesús, difícilmente lo encontrará en el mundo.

El ejercicio de elevarse de las criaturas a Dios es indudablemente una forma de oración; pero lo característico de la mentalidad de Ignacio es indudablemente el descenso: bajar de Dios a las criaturas y encontrarlo donde él se nos ha querido manifestar.

5 MI, Epp. I, 339.

El Padre Jerónimo Nadal, que fue uno de los primeros compañeros de San Ignacio, describirá el ascenso, de abajo hacia arriba, de la siguiente manera: *“Es posible, en virtud de un don especial de gracia y gran inspiración, alcanzar una consideración y contemplación de Dios en todas las cosas que son menos que Él o, en esta idéntica luz, moverse hacia arriba, aun a verdades mayores y más claras, sintiendo con dulzura interior que el poder divino es aún más grande, pero esto es del todo otro método. Es aún un don mayor cuando Dios concede gracia y la más sublime inspiración, en la cual las verdades supremas se unen todas en una sola visión de abrazo y aquellos que han experimentado esto, sienten que en esta inspiración ven y contemplan todo lo demás en el Señor”*.

Nadal quiso hacer con estas palabras una descripción de la oración de la Compañía de Jesús; más en ellas expresará lo esencial de la teología y espiritualidad de Ignacio: encontrar a Cristo en todas las cosas, circunstancias, personas y tiempos de la vida.

La última meditación de la vida de Cristo fue la ascensión y, en ella aparece, con especial relieve, EE 312. que Jesús es llevado al cielo en presencia de sus discípulos.

San Ignacio, siguiendo la doctrina de la participación expuesta por Santo Tomás y estudiada en la Sorbona, nos dice que nada es o aparece como bien sino en cuanto participa del sumo bien, o sea, de Dios.

“Nihil autem est vel aparet bonum nisi secundum quod participat aliquam similitudinem summi boni”. S. Th. 1,105,5.

La razón última está en el ser por esencia y en el ser por participación. En el creador y la creatura.

San Ignacio está persuadido de que todo procede “*de arriba*”, de Jesucristo nuestro Dios y Señor, y así a los estudiantes del colegio de Coímbra les dice: “*De todo sea siempre bendito y alabado el Creador y Redentor nuestro, de cuya liberalidad infinita mana todo bien y gracia, y a él plega cada día abrir más la fuente de sus misericordias... y no dudo que lo hará aquella bondad suya, sumamente comunicativa de sus bienes y aquel eterno amor con que quiere darnos nuestra perfección mucho más que nosotros recibirla*”⁶.

En una carta fechada el 6 diciembre 1524 a su bienhechora Inés Pascual le dice: “*El Señor no os manda que hagáis cosas en trabajo y detrimento de vuestra persona, más antes quiere que con gozo en él viváis... y así, por amor de nuestro Señor que nos esforcemos en él, pues tanto le debemos, que muy más presto nos hartamos nosotros en recibir sus dones, que él en hacernoslos*”⁷.

Participación de capacidades

“*La medida potencia*” significa en el lenguaje de Ignacio la capacidad que tenemos de actuar. En el actuar humano San Ignacio reconoce una posibilidad “*potencia*”, limitada “*medida*”; no puede hacer todo cuanto él quiere. Es limitado, pero también es consciente de que algo puede realizar.

En este dato positivo de experiencia San Ignacio ve una relación personal con Jesucristo. El

⁶ OCSL Cart. n. 35, p. 680.

⁷ MI, Epp. 1, 71; OCSL Cart. n. 1, p. 612.

ser humano, y yo en concreto, puedo hacer algo por el bienestar del mundo, de los demás y de mí mismo, y en general puedo actuar, porque Jesucristo es omnipotente.

Yo puedo hacer algo por el bienestar del mundo, de los demás y de mí mismo. Al reconocer y aceptar nuestros límites y los de la naturaleza y la historia, es decir, nuestra condición de criaturas, aceptamos también a Dios Creador. Gustar y amar lo que en el mundo hay de terreno y en el hombre de personal, significa gustar y amar lo que en Dios hay de divino, cuando se ve a Dios como origen de todo valor.

Jesús no es solamente un modelo de vida humana o un recuerdo *“del que pasó haciendo el bien”*; Hch 10,38. sino que es la raíz de los valores de la vida de los hombres. Por eso, todo crecimiento en humanidad, en solidaridad y hacia la justicia, la paz y la unidad, tiene como causa la voluntad y el *“quehacer”* salvífico de Jesús que mueve a cada persona hacia un mundo mejor.

Jesús es un llamamiento y un imperativo de acción. Creer en Jesús y no optar por el bien, la verdad, la justicia, la unidad, etc., es lo mismo que no creer en él. Y al contrario; la opción por los valores humanos encierra, al menos implícitamente, la opción por Jesucristo; porque *“la causa de Jesús”*, por lo que vivió y murió, fue la causa de Dios, que es el ser humano, cada persona en particular. Mt 25,40.

La omnipotencia de Jesucristo se manifiesta principalmente en su solicitud por todos los

hombres, y particularmente, por los más necesitados. Poder ocuparse, hacer algo en beneficio de ellos es una expresión y participación del cuidado providente de Jesucristo.

La capacidad de actuar que tienen las criaturas; de sentir, de entender, de amar y de toda actividad es una participación de la actividad divina que en la creación se manifiesta y actualiza a través de Jesucristo.

El hombre puede pensar en Dios, porque Dios piensa en el hombre; porque Dios le ha hablado al hombre, el hombre puede responderle. Porque Dios se ha entregado al hombre, por eso puede el hombre entregarse a Dios.

En la fe cristiana creemos en Jesús como la palabra creadora, redentora y santificadora del Padre y siempre en unión con el Espíritu Santo. Ese Jesús transcendente de la fe trinitaria es el mismo Jesús de la historia, el hijo de María y de José, “según se creía”, como dice San Lucas.

El hombre puede amar a Dios y a los demás porque Jesucristo ama al Padre y a los demás hasta el extremo. La más grande manifestación del amor del Padre es Jesucristo, “el enviado”, y el amor más grande es el que se ha revelado en Je-

Jn 13,1s; 1 Jn 4,9s.

Jn 15,13.

Cf Mt 25,31s.

sucristo, y así todo verdadero amor humano es un eco del amor de Jesús en quien el amor de Dios ha llegado a ser plenamente humano, y así Jesucristo nos puede pedir, que por amor a Él, atendamos a nuestros hermanos, y más, que en el amor a nuestros hermanos lo amemos a Él.

La idea tan frecuente en San Ignacio de desear a todos el amor y la gracia de Jesucristo, además de ser un don que proviene de Él, es el don de sí mismo y también la participación de la plenitud de amor y de gracia que se encuentra en Él. *“Que a todos nos conceda su gracia Cristo nuestro Señor para que su santísima voluntad sintamos y aquella enteramente cumplamos”*⁸. Con esta expresión termina gran número de sus cartas.

San Ignacio piensa en todos los que seguirán a Jesús en la Compañía, como quienes tienen algo del mismo Jesucristo, y que en ellos estará siempre presente y activo. Es una tarea del superior encontrar a Cristo en los súbditos, pero también es tarea de los súbditos encontrar a Cristo en los superiores⁹.

Al hablar de las virtudes se refiere de manera especial a la misericordia, la justicia, la bondad y la piedad, y pone un etc., como para dejar la puerta abierta a todas las demás virtudes, especialmente a aquellas que a lo largo de los Ejercicios se contemplaron en el Creador y Redentor, y en el Señor del universo hecho hombre.

EE 237.

Es maravilloso que de la materia surja el espíritu, pero es más maravilloso que del espíritu surja la bondad, la piedad, la justicia y la misericordia.

Si en los hombres, creyentes o no, hay sentimientos de justicia es porque Jesús los suscita con su amor y con su gracia. Y así los hombres

⁸ Cf OCSL Cartas nn. 72, 78, 81, 85, 116, 145, 172.

⁹ Cf OCSL Const. n. 243, 249; p. 468, 470.

deseamos un mundo más justo porque Jesucristo quiere, a través de nosotros, un mundo más justo.

EE 98, 20,
151, 157.

La bondad es una virtud que contempló siempre San Ignacio en la persona y actitud de Jesús. En distintas ocasiones lo llama “*bondad infinita*”, “*bondad suma*” o “*divina bondad*”. Jesucristo es la divina bondad no sólo porque es bueno en sí mismo sino también porque es principio, origen y prototipo de toda bondad en las criaturas. Podemos decir que es autor, modelo y fuente de todo lo que hay de bueno en el hombre y en la mujer.

A Sor Teresa Rejadell le dice San Ignacio: “*Mucho me gocé en el Señor a quien servís y deseáis más servir, y a quien debemos atribuir todo lo bueno que en las criaturas se encuentra*”¹⁰; conviene hacer notar que se refiere claramente a Jesucristo, al hablar, de un “*querer padecer con su Creador y Señor*”.

EE 61, 71.

La virtud de la misericordia tiene también una especial referencia a Jesucristo. Al meditar en los propios pecados se dirigía a Cristo nuestro Señor para darle gracias por habernos dado vida hasta este momento “*y así mismo como hasta ahora siempre ha tenido de mí tanta piedad y misericordia...*”.

EE 53, 229.

Todas las cosas tienen una referencia esencial a Jesucristo y son criaturas redimidas por Él y por eso Él es el Creador y Redentor¹¹. Pero de manera especial, los pobres, los enfermos, los necesitados, los niños, los discípulos y apóstoles,

10 OCSL Cart. n. 5, p. 624.

11 MI, Epp. I, 192; OCSL Cart. n. 15, p. 644.

y hasta aquellos que de hecho se encuentran en oposición a Dios. Si ni el mundo, ni los demás, ni nosotros somos como debemos ser, todo puede llevarnos a echar de menos a Jesucristo y a reconocer lo que a cada uno le falta para ser plenamente un ser humano, un mundo o una sociedad más humana que lleva a Cristo dentro.

Jesucristo, la luz del mundo

Para ilustrar cómo proceden de Jesús todos los bienes usa la siguiente comparación:

“Así como del sol descienden los rayos”, de Jesucristo proceden todos los bienes. EE 237.

San Ignacio, en su Autobiografía, emplea esta misma comparación, donde el sol es claramente Jesucristo. *“Tenía muchas veces visiones, más aquellas, de las que arriba se dijo, de ver a Cristo como sol”*¹².

Esto es lo que se quiso significar al poner en el sello de la Compañía de Jesús un sol con un “*Iesus*” —IHS— en el centro, con una cruz y unos clavos. San Ignacio tenía la costumbre de poner en toda carta, o al principio de cualquier documento, un “*Iesus*”, que ponía de manifiesto, que todo lo hacía en el nombre de Jesús. Col 3,17.

El “*Iesus*”, eran las tres letras iniciales del nombre de Jesús, en griego. Y en la “eta”, que se escribía con el brazo izquierdo más largo se trazaba la cruz, para que quedara en el centro del monograma. Con el tiempo, la eta se convirtió en

12 OCSL Autob. n. 99, p. 159.

una “h-H” y entonces se ponía la cruz entre los dos rasgos superiores.

El texto de la Autobiografía viene a desarrollar la frase precedente, donde se habla de la facilidad que el Santo tenía para encontrar a Dios en todas las cosas, y a continuación se dice que “*esto le sucedía frecuentemente cuando estaba tratando de cosas de importancia*”¹³. Ver a Cristo como sol que todo lo ilumina para que nosotros podamos ver las cosas en sus debidas proporciones y colores, que a todo le comunica su calor y lo vitaliza, ver en todo, y en el mismo hecho de ver, un reflejo de la luz del sol, que es Jesucristo, es, sin duda alguna, la manera más fácil de encontrar a Dios en todas las cosas y de ser contemplativos en la acción.

Durante los Ejercicios quiere el Santo que el ejercitante se detenga y contemple, cómo los amados discípulos ven a Cristo nuestro Señor transfigurado “*y que su cara resplandecía como el sol*”¹⁴.

EE 284. Jesús, sol, luz, sabiduría infinita, es quien ilumina al hombre para que pueda llegar a sentir cuál es su voluntad y pueda cumplirla¹⁵, y para usar de las cosas debidamente. En una carta fechada el 12 de mayo de 1556, escribía: “*Denos el Señor la lumbre de la santa discreción, para que de las cosas criadas usemos con la luz del Criador*”¹⁶. A Felipe Lerna le dice: “*Sea Jesucristo su guía y le*

13 OCSL Autob. n. 99, p. 159.

14 OCSL Ejer. Esp. n. 284, p. 255.

15 MI, Epp. 581. Roma, 22 de Feb. 1549.

16 MHSI vol. 32, p. 375; OCSL Cart. n. 167, p. 949.

*ilumine para sentir y cumplir siempre su santísima voluntad*¹⁷. Y en las Constituciones: “*De la primera y suma Sapiencia ha de descender la luz con que vea (la congregación general) lo que conviene determinar*¹⁸. Y en el proemio, al hablar de los que quieren entrar en la Compañía: “*Y así en admitirlos, como en aprovecharlos y dividirlos por la viña de Cristo nuestro Señor, se comenzará de aquí con la ayuda que la Luz eterna se dignará comunicarnos para el honor y alabanza suya*¹⁹.

En una carta a Doña Catalina de Córdoba, refiriéndose a Jesucristo, que ha llamado a uno de los hijos de la señora “*para que del todo viva en el cielo*”, y al otro para la vida religiosa, le dice: “*Quiera al que es fuente de luz y de todo bien ordenado amor, de acrecentar lo que ha comenzado a comunicar por su infinita y suma liberalidad*²⁰.

El ver a Jesucristo como sol, como fuente de luz, es una imagen bíblica. En el evangelio de Juan se habla varias veces de Jesucristo como luz del mundo. “*La ciudad —la Jerusalén celestial— no había menester de sol y de luna que la iluminasen, porque la gloria de Dios la iluminaba, y su lumbre era el Cordero*”. No es difícil que San Ignacio concretice más esta imagen diciendo que Jesucristo es el sol del mundo de donde descienden todo tipo de bienes, de dones y de virtudes.

Lo que San Ignacio ve al “*mirar como todos los bienes y dones descienden de arriba*” no es EE 237.

Jn 1,9; 3,19; 8,12;
12,46.

Ap 21,22.

17 MHSI vol. 28, p. 559; OCSL Cart. n. 133, p. 891.

18 OCSL Const. n. 711, p. 571.

19 OCSL Const. n. 135, p. 445.

20 OCSL Cart. n. 120, p. 869.

solamente el origen como mero principio, sino la huella, el reflejo, la participación que hay en ellos de las perfecciones divinas; es la plenitud de la divinidad de Jesucristo que por su resurrección ilumina todo el universo. Perfección que al participarla se visualiza en todas las cosas y que es un eco continuo de Aquél que la ha creado y regenerado, y que las conserva²¹.

La idea de participación queda clara con las comparaciones que pone el Santo, del sol y la fuente, y con los ejemplos o casos concretos de participación: justicia, bondad, piedad, misericordia, potencia. En muchas ocasiones habla San Ignacio de Jesucristo que participa sus virtudes²². Para expresar esta misma idea usa también el término *“comunicar, comunicación”* de bienes naturales y sobrenaturales.

Al advertir *“como todos los dones y bienes vienen de arriba”* señalamos no solamente el origen, sino la parte que nos llega de la plenitud que se da en Jesucristo, y que se refleja en las criaturas, de la misma manera que la fuerza y la calidad de la vid se refleja en el fruto del sarmiento.

21 *“Bene habent omnes corpore; utinam sic recte valeant mente, ut speramus per Jesum Christum D.N., qui est pax nostra, qui est satietas, consolatio, et omnino omne illud bonum, in quod facti sumus et regenerati, et ad quod tamdiu in hoc mundo conservamur”*; MI, Epp. vol. 222, n. 17, p. 136.

22 Participación de su infinita bondad: A San Francisco de Borja; Roma 13 de junio 1550. MHSI v. n. 1226, p. Participación de sus méritos: A Isabel de Vega; Roma, 21 de feb. 1551. MHSI vol. 24, p. 327. OCSL n. 64, p. 759. Participación de sus bienes: MHSI vol. 22, p. 502. OCSL n. 35, p. 683. Participación de su cruz: Participación de su reino y gloria: MHSI vol. 28, p. 409; OCSL n. 128, p. 884.

En Jesucristo, Dios y Señor nuestro, encuentra la plenitud de todo cuanto hay de bueno; piensa en Él como en el que da de lo que tiene, de su tesoro infinito; Él es la Plenitud porque le ha sido dada la plenitud de la divinidad corporalmente ^{Col 2,9.} y por eso, de su plenitud recibimos todos todo, ^{Jn 1,16.} gracia sobre gracia.

A los padres y hermanos de Coímbra les dice: *“De todo sea siempre bendito y alabado el Creador y Redentor nuestro, de cuya liberalidad infinita mana todo bien y gracia. Y él quiera cada día abrir más la fuente de sus misericordias en este efecto de aumentar y llevar a delante lo que en vuestras animas ha comenzado y no dudo de aquella suma Bondad suya sumamente comunicativa de sus bienes y de aquel eterno amor con que quiere darnos nuestra perfección mucho más que nosotros recibirla, que lo hará que si así no fuese no nos animaría Jesucristo a lo que de solo su mano podemos obtener... así que de su parte él está presto, con que de la nuestra haya vaso de humildad y deseo para recibir sus gracias y que con él nos vea bien usar de los dones recibidos”*²³.

Al contemplar lo que en las cosas hay como recibido y sostenido por Jesucristo, el ejercitante va en busca de lo que ya sabe que el mundo encierra, y, por lo tanto, no hace un proceso racional para llegar a Jesucristo a partir de los grados de perfección en las criaturas, sino que viniendo de Jesús encuentra que todo el mundo le habla de Él y, lo que es más, lo encuentra a Él mismo sustentando la unidad, la verdad, la actividad, la justi-

²³ MI, Epp I, 495; *A los estudiantes de Coímbra*, Roma, mayo 7 de 1547; OCSL Cart. n 35, p. 680.

cia, la piedad, la misericordia, etc. Le parece que lo que hay en el mundo de bondad, de justicia, de vitalidad, eso es lo que el mundo tiene de Jesús.

Solamente viniendo de Jesucristo y con Jesucristo, se puede encontrar a Jesucristo. Es necesario conocerlo para reconocerlo. Es un conocimiento que nace del corazón del hombre y que se dirige al corazón del mundo. Así es como el mundo parece nuevo y transformado, porque lo primero que se ha renovado y transformado es el corazón del hombre.

Reproducir a su manera la imagen de Jesucristo es el secreto, la riqueza y el quehacer del mundo. Ver a Jesucristo en todas las cosas y, principalmente, en las personas, es dar con lo más propio, lo más individual, lo más esencial de la persona. En realidad es mucho más lo que Dios nos ha dicho sobre el mundo, que lo que los hombres podemos descubrir y el mundo nos puede decir de Dios.

La Encarnación y la Resurrección ponen de manifiesto la solicitud y el amor de Dios por Jesús y, en Él, por el mundo como un todo. Porque Jesucristo es recapitulador —condensa, resume, contiene— del mundo entero. Eso que San Pablo llama la “anakefalaiosis” que significa recapitulación. Por la Resurrección Jesucristo ha sido constituido Señor de un mundo nuevo, vuelto a crear en su propia persona. El mundo y cada uno de los hombres le pertenecen no sólo porque han sido creados, regenerados y sostenidos por Él, sino además, porque el mundo todo está eterna-

ἀνακεφαλαιώσασθαι.

Ef 1,10.

mente ligado a su propia persona, y su persona ligada al mundo.

Por Él se mantiene en extensión, profundidad y tiempo. Su acción creadora y conservadora no se queda en un paralelo extrínseco y disociado de su acción reveladora, reconciliadora y glorificadora.

Por la encarnación el mundo, es decir lo que no es Dios, es asumido por Él incluyendo principalmente a la humanidad entera y ésta y el mundo se encuentran eternamente vinculados con Él.

“Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros por él”.

Jn 1,3; Col 1,15-20;
Hb 1,1-3.

1 Cor 8,6.

Con frecuencia pensamos en Jesucristo únicamente como redentor de almas, o resucitador de cuerpos muertos, desligados de toda solidaridad con el mundo. Olvidamos que el Hijo es persona con una serie inmensa de implicaciones. La Resurrección de Jesucristo manifiesta que el vínculo de Jesucristo con el mundo es eterno y, por lo tanto, también el nuestro. Podemos decir que lo que se afirma del cuerpo de Cristo, por la Resurrección y Ascensión, se afirma también de nosotros mismos y del universo, porque somos miembros de su cuerpo.

El mundo, consagrado con la presencia de Cristo, sigue iluminado por su luz y configurado por sus huellas, sigue invitándonos a descubrir su secreto.

El mundo puede ser también un peligro y una ocasión de pecado, porque es ambivalente, por-

que ni el mundo ni el ser humano son como deben ser, porque ambos corren el riesgo del desarrollo. Todos los Ejercicios están encaminados a deshacerse de aficiones desordenadas y a usar de las cosas “*tanto cuanto*”, a poner al mundo en su lugar, en el corazón del hombre.

Jesucristo, fuente de agua viva

EE 237. *“Todos los bienes y dones descienden de arriba”, “Así como del sol descienden los rayos y de la fuente las aguas”*²⁴

El que los bienes y dones desciendan de arriba significa, en el lenguaje ignaciano, que proceden de Dios o de Jesús, autor de todo lo bueno²⁵.

A Jesucristo se refiere explícitamente llamándolo fuente y manantial de donde mana todo bien y gracia, *“de cuya liberalidad infinita mana todo bien y gracia, y que Él quiera cada día abrir más la fuente de sus misericordias en este efecto de aumentar y llevar adelante lo que en vuestras ánimas ha comenzado”*²⁶.

Esta es una imagen tomada de la Sagrada Escritura y aplicada explícitamente a Jesucristo. El

24 San Ignacio en estas comparaciones no es original. Ya en el siglo VI San Isidoro de Sevilla (584-601), en el libro séptimo de las Etimologías (Cap. II) dice de Jesús que es *“Sol, por sus luminosos rayos; Fuente, porque es origen de todas las cosas, y refrigerio de nuestra sed. Principio se llama, porque de él lo toman todas las cosas, y antes de él nadie fue. Fin, porque se dignó nacer y morir en el fin de los tiempos, y porque se reservó el juicio final y porque a él dirigimos nuestras obras como a fin, y porque más allá de él no hay finalidad ulterior a que podamos referirlas. Fundamento, porque en él se afirma nuestra fe, y se cimenta la Iglesia católica”*.

25 MI, Epp. 12, 632; OCSL Cart. n. 51, p. 727.

26 MI, Epp. 1, 496; OCSL Cart. n. 35, p. 680.

CUARTO PUNTO

Evangelio nos habla de Él como de fuente de la que proceden toda clase de bienes. “*Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin; al que tenga sed, yo le daré gratuitamente del manantial del agua de la vida*”. Y dice San Juan: “*El último día de la fiesta, el más solemne, puesto en pie, Jesús gritó: si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que crea en mí, —como dice la Escritura— de su seno correrán ríos de agua viva*”. Todo el río de la creación no es sino el correr de la fuente que es Jesús. Jn 4,14; 6,35. Ap 21,6. Jn 7,37; 19,34.

“*El que tenga sed, que se acerque, y el que quiera reciba gratuitamente agua de vida*”; “*Luego me mostró el río de agua de vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero*”. Ap 22,17.1.

A la samaritana le dice Jesús: “*Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber, tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva*” —y más adelante— “*el que beba del agua que yo le dé se convertirá en fuente de agua que brota para vida eterna*”. Jn 4,10s.

La comparación de San Ignacio, sin ser una cita bíblica, parece un eco de la cristología del Evangelio de San Juan: Jesucristo es “*el don de Dios*”, “*de su seno brotan ríos de agua viva*”; el agua viva es su palabra, la progresiva revelación de su propio misterio; es agua que debe ser interiorizada, bebida, y sólo así se convierte en principio de vida eterna²⁷.

La comparación usada por el Santo, de la fuente que mana tantas aguas, tiene sentido cósmi-

²⁷ Cf I. de la Potterie, (1973). *Gesu Verita, Studi di cristologia giovannea*. Mariett, p. 41s.

co y antropológico; cósmico, porque se refiere al secreto de amor que encierran todas las cosas y a la participación que tienen ellas mismas de la perfección del creador, conservador, redentor, y que las gobierna con amorosa solicitud, tiene sentido antropológico porque en su contexto inmediato se refiere a las virtudes humanas en que Jesucristo se mostrará no solamente ejemplo absoluto, sino autor continuo y consumador universal de la santidad y de todo valor humano.

Este sentido cósmico de actividad y participación de Cristo nos parece netamente ignaciano (y desgraciadamente poco valorado). En los textos del Santo lo encontramos muchas veces expresado en incisos que revelan las intuiciones de Ignacio.

Al ver que la multiplicidad de los seres existentes se reparte siguiendo una escala ascendente de valor, como se contempló en el segundo y tercer punto, y que todo forma como una pirámide, cuyo vértice es Jesucristo resucitado, el ejercitante aprende a valorar justamente cada uno de los puntos de la pirámide y a ver en todos ellos la proyección del vértice. Por el amor a Jesucristo deben amarse todas las cosas y personas, y en el amor ordenado a todas las cosas y personas, se participa del amor de Jesús y se ama al mismo Jesucristo. En todas las cosas, pero principalmente en el ser humano, se da una presencia y una actividad, una solicitud y un destino, proporcional a su referencia esencial a Jesucristo.

Al Obispo de Targa le dice San Ignacio: *“Puede el peso del ánima (que es el amor) aliviarse, cuan-*

*do aun en las cosas terrenas y bajas no se hace terreno ni bajo, amándolas todas por Dios nuestro Señor, y no más de cuanto son para mayor gloria y servicio suyo. Que cosa debida es al último fin nuestro, y en sí suma e infinita bondad, que sea en todas las otras cosas amado, y que a Él sólo vaya todo el peso del amor nuestro; que mucho nos lo tiene merecido quien a todos nos crió, a todos nos redimió, dándose a sí todo; que con razón no quiere le dejemos de dar parte de nosotros quien tan enteramente se nos dio, y quiere perpetuamente dársenos*²⁸.

Si en ocasiones recomienda “*apartar, cuanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas*”²⁹ se refiere al amor no bien ordenado, aquél que impide “*amar a Jesús en todas las cosas y a todas en Él*”, y “*que, llenando nuestro corazón, no nos deja buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor*”³⁰.

Su amor debe gobernar y regir todo otro amor y todo lo que hay de amable en las criaturas; es como una sombra que oculta y revela el amor de Jesucristo. “*Dios nuestro Señor, en cuyo amor todo otro debe fundarse y por él regirse, le pague a vuestra merced, aumentando tanto en su ánima el suyo, que la ausencia de ninguno le duela, sino del mismo que es sumo y perfectísimo bien, sin el cual como no hay nada bueno, así tampoco (falta nada) donde Él está, pues todo el bien que se busca en sus criaturas está con mayor perfección en el que las crió*”³¹.

28 MI, Epp. I, 514; OCSL Cart. n. 36, p. 690.

29 OCSL Const. n. 288, p. 477.

30 Ibidem.

31 MI, Epp. 488; OCSL Cart. n. 98, p. 835.

Se le debe alabar y bendecir según la mayor o menor participación que hace a sus criaturas de su infinita bondad³².

EE 98;
cf EE 147. Por su cercanía y participación en el misterio de Cristo, la Santísima Virgen ocupa, en la espiritualidad de San Ignacio, el puesto que le corresponde: con respecto a la creación, perfectísima; con respecto a la encarnación, Madre de Jesucristo y por eso Madre de Dios —este es el título principal, el fundamento de la mariología, y base de la espiritualidad ignaciana— con respecto a la redención, Corredentora; con respecto a la salvación, Santísima; con respecto a la glorificación, San Ignacio la contempla siempre al lado de Jesucristo, presidiendo con Él la corte celestial; Ella representa la continua solicitud de Jesucristo (la “*suavísima providencia suya*”³³), en su aspecto maternal, su función de intercesora, su mediación y cooperación está intrínsecamente ligada a la mediación única de Cristo.

Por su interna relación con Jesucristo, con su condición humana, y por eso con todo Cristo en su estado actual, participa con Él de su presencia, actividad y solicitud continua por el hombre y la mujer en el mundo. San Ignacio la ve como presente, en cierto sentido, en la carne de su Hijo, en la Eucaristía³⁴. Es característico de la espiritualidad ignaciana el vivir confiado en la solicitud maternal de María³⁵. Al darnos todo Jesucristo, y al dársenos a sí mismo, nos dio tam-

32 Cf MI, Epp. III, n. 1226.

33 Cf MI, Epp. VII, 447; OCSL Cart. n. 130, p. 887.

34 OCSL Diario Esp. p. 326.

35 OCSL Diario Esp. p. 326, 318; Autob. n. 96, p. 153.

bién a su Madre. Porque nos ha sido dado Jesucristo nos ha sido dado todo su Misterio, y nada de lo que pertenece a Él es ajeno a nosotros.

Jesucristo es, pues, fuente y origen del ser, de la vida, de la salvación y santificación de los hombres y del mundo; es prototipo y ejemplar perfecto del hombre y de su actividad humana³⁶; pero no solamente como ejemplar o fin ideal y extrínseco del hombre, sino como principio de acción interno y personal, su forma de actuar es propia, particular e irrepetible en cada persona. Él obra en nosotros como agente continuo y su acción no se suma a la nuestra, sino que la constituye, y la fundamenta. Él es el principio propulsor de nuestras acciones.

Cf EE 344,
147, 167.

San Ignacio piensa que las actividades del hombre, sus pensamientos, sus buenos deseos, etc., “antes son tuyos que nuestros”³⁷.

El 23 de abril 1546 le dice a San Francisco de Borja, duque de Gandía: “*Tocante a la mayor sed de las aguas vivas, sin poner mano en mieles ajena, que del que es dar tanta sed espiritual, regando y plantando, será eternamente el hacer fructificar. Así mismo, porque puede Él todo, y quiere Él todo cerca las ánimas dispuestas y deseosas de su mayor servicio, alabanza y gloria, persuadiéndome que su divina majestad proveerá y consolará en todo, como suele, a las personas que caminan en pureza de corazón*”³⁸.

36 OCSL Const. n. 101, p. 436.

37 MI, Epp. 7, p. 102.

38 MI, Epp. 121, p. 379.

En la versión latina de los Ejercicios se refiere también a Jesucristo que ha hecho y padecido —pertulerit: llevó con paciencia, sufrió— tanto por mi causa y cuánto me ha dado de sus tesoros³⁹ —thesauris suis—.

Así relaciona el primero con el cuarto punto, donde habla del tesoro infinito de sus bienes⁴⁰.

Todo lo que hay de bueno, de santo, de bello, de amable en cada persona y en el mundo es como el correr continuo del agua viva cuya fuente es Jesucristo; todo puede servir para entrar o acrecentar nuestra comunicación explícita con Él. Lo expresa San Ignacio en el siguiente fragmento de una carta dirigida a San Francisco de Borja: “*Considerando que las personas, saliendo de sí y entrando en su Criador y Señor, tienen asidua advertencia, atención y consolación, y sentir cómo todo nuestro bien eterno sea en todas cosas criadas, dando a todas ser y conservando en él con infinito amor y presencia ... A los que enteramente aman al Señor todas las cosas les ayudan y todas les favorecen para más merecer y para más allegar y unir con caridad intensa con su mismo Criador y Señor*”⁴¹.

Ef 1,3s. Todo cuanto existe encierra un significado de amor. Jesucristo es la fuente, causa y origen de todo cuanto existe. Por eso Jesucristo es la fuente de todo amor. Como el origen de Jesucristo es el Padre; así también la fuente de todo es Jesucristo.

39 MI, Ex. 234, p. 308.

40 Ibidem n.237, p. 310.

41 MI, Epp. I, p. 339, OCSL Cart. n. 26, p. 664.

La primera publicación de los Ejercicios traducida al latín por el P. Frusio, y sin duda aprobada y revisada por San Ignacio, antepone a las comparaciones del Santo la imagen de un *tesoro infinito* de donde procede cualquier perfección humana⁴².

La imagen del tesoro infinito, aunque en este caso no proceda directamente de la pluma del Santo, expresa perfectamente su pensamiento. Es una imagen que San Ignacio usa con cierta frecuencia⁴³.

En 1555 escribía: “*sea sin fin alabado por todas sus criaturas Jesucristo nuestro Señor que tan abiertamente nos ha mostrado el tesoro de su gracia y caridad, y tan suave y potente la disposición de su providencia*”⁴⁴.

En último término todo desciende del tesoro de amor, de dones y gracias con que Ignacio designa a Jesucristo⁴⁵. A los padres y hermanos de Padua les dice que “*empleen todo el valor de su amor en comprar este valioso tesoro en el campo de la santa Iglesia, ya sea el mismo Cristo, ya sus dones espirituales, que nunca jamás se separa de ellos*”⁴⁶.

42 Ibidem.

43 MI, Ex. I, 310; Cf Introductio p. 135. MI, Epp. I, p. 688.

44 MI, Epp. VIII, 309; OCSL Cart. n. 138, p. 895.

45 OCSL Cart. n. 35, p. 680.

46 MI, Epp. I, 574; OCSL Cart. n. 39, p. 702.

BIBLIOGRAFÍA

Ofrecemos esta bibliografía para sugerir al lector la profundización de algunos temas. Con ella queremos también señalar nuestras principales fuentes de inspiración y de trabajo.

Alfaro, J. (1973). *Cristología y Antropología*. Madrid: Ed. Cristiandad.

Arzubialde, S. (1989). *Theologia Spiritualis*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.

Arzubialde, S. (2009). *Ejercicios espirituales de S. Ignacio*. Bilbao: Ediciones Mensajero.

Astrain, A. (1902). *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*. Madrid: Sucesores del P. Ribadeneira.

Calveras, J. (1944). *Ejercicios espirituales directorio y documentos*. Barcelona: Ed. Balmes. Duran y Bas.

Calveras, J. (1950). *Qué fruto se ha de sacar de los ejercicios espirituales de San Ignacio*. Barcelona: Biblioteca de Ejercicios, Manresa.

Calveras, J. (1951). *Los tres modos de orar en los ejercicios espirituales de San Ignacio*. Barcelona: Biblioteca de Ejercicios, Manresa.

Calveras, J. (1956). *La Inspiración de los ejercicios*. Madrid: Facultades de Teología de la Compañía de Jesús en España.

Calveras, J. (1956). *San Ignacio en Montserrat y Manresa a través de los procesos de canonización*. Barcelona: Ed. Balmes.

Calveras. *El amor a Jesucristo en los Ejercicios*. Manresa.

Codina, V. (1975). *Claves para una hermenéutica de los ejercicios*. Roma: Centre Ignatien Manresa n. 48.

Cullmann, O. (1998). *Cristología del Nuevo Testamento*. Salamanca: Sígueme.

Cusson, A. (1968). *L'expérience biblique du salut dans les Exercices de Saint Ignace*. París: Bruges.

Daniélou, J. (2006). *Los orígenes del cristianismo latino*. Madrid: Ediciones Cristiandad.

Diez A. (1951). *La Contemplación en la dinámica espiritual de los ejercicios de San Ignacio*. Manresa.

García de Alba, J. M. (2001). *La Fe en Dios Tripersonal*. México: Ed. Univa.

García Mateo, R. (2000). *Ignacio de Loyola. Su espiritualidad y su mundo cultural*. Bilbao: Ed. Mensajero.

García Villoslada, R. (1956). *Ignacio de Loyola, un español al servicio del pontificado*. Zaragoza: Hechos y Dichos.

Granero, J. (1967). *San Ignacio de Loyola: panoramas de su vida*. Madrid: Razón y Fe.

Granero, J. M. (1955). *La contemplación de la tercera semana*. Manresa.

Iparraguirre, I. (1978). *Vocabulario de ejercicios espirituales*. Roma: Centrum Ignatianum Spiritualitatis.

Jeremías, J. (1973). *Teología del nuevo Testamento. La predicación de Jesús*. Salamanca: Ed Sigueme.

Thomas a Kempis, Nieremberg, J. and Lavalle, J. (1925). *Imitación de Cristo, por el venerable Tomás de Kempis*. Turnhout (Belgique): Impr. Brepols.

Loyola, I. (1963). *Obras completas de San Ignacio de Loyola*. Introducción y notas; Iparraguirre. Madrid: BAC.

Ludolfo de Sajonia (2010). *La vida de Cristo*. Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu.

Mateos, J. y Barreto, J. (1982). *El Evangelio de Juan*. Madrid: Ed. Cristianidad.

Melloni Ribas, J. (2001). *La mistagogía de los Ejercicios*. Bilbao: Ed. Mensajero.

PARA AMAR A JESÚS

Osuna, J. (1998). *Amigos en el señor*. España: Salterae.

Rahner, H. (1968). *Ignatius the theologian*. Geoffrey Champan, London, Dublin Melgourne.

Rahner, H. (1968). *Ignazio di Loyola e le donne del suo tempo*. Milano: Edizioni Paoline.

Rahner, K. (1971). *Meditaciones sobre los ejercicios de San Ignacio*. Madrid: Herder.

Roothaan, J. (1946). *Los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*. Ed. El Mensajero del Corazón de Jesús.

Roothaan, J. (1953). *Los Ejercicios espirituales de San Ignacio*. Zaragoza.

Roothaan, J. (1959). *Los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*. Zaragoza: Hechos y dichos.

Solano J. (1956). *Jesucristo bajo las denominaciones divinas en San Ignacio*. Estudios Eclesiásticos 30.

Stanley, D. (1969). *Moderno enfoque bíblico de los ejercicios espirituales*. Madrid: Apostolado de la Prensa.

Suárez. De SS. *Trinitatis Misterio*. Ed. Vives I, 803.

Teilhard de Chardin (1971). *La visión del pasado*. Madrid: Taurus.

Teilhard de Chardin, P. (1967). *Himno del universo*. Madrid, España: Taurus.

Thió, S. (1990). *La intimidad del peregrino. Diario espiritual de San Ignacio de Loyola*. Bilbao-Santander; Mensajero - Sal Terrae.

Vocabulario de Ejercicios Espirituales CIS, 1972.

Buscar y hallar a Jesús en todas las circunstancias de la vida, en todas las personas y cosas es una de las tareas mas preciosas de la vida cristiana; es también un punto central en la espiritualidad de la Compañía de Jesús. Vivir en Cristo, por Cristo y para Cristo fue lo que enseñó San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales y claramente lo encontramos en sus múltiples escritos.

El objetivo de este libro es hacer ver la riqueza de la espiritualidad Cristocéntrica de la Compañía de Jesús, particularmente centrada en la contemplación para alcanzar amor de los Ejercicios Espirituales.





*La Contemplación
para alcazar
Amor a Jesús
en los escritos
de San Ignacio*

se terminó de imprimir
en abril de 2019
en los Talleres Gráficos
de Imprelibros BM
Brillante No. 913
Col. Alcalde Barranquitas
Guadalajara, Jal.
Tel.: 3613-8426

imprelibrosbm@gmail.com